

encontrar a dios en el hombre

I. Doros



LADISLAUS BOROS

ENCONTRAR A DIOS EN EL HOMBRE

SEXTA EDICION

Tradujeron F. Sánchez-Marco y L. Bellido
sobre los originales alemanes
Im Menschen Gott begegnen y Gott für die Menschen

Cubierta: Félix López

© Matthias-Grünwald-Verlag, 1967
Kyrios-Verlag GmbH Meitingen, 1968

© Ediciones Sigueme, 1970

Apartado 332 - Salamanca (España)

ISBN 84-301-0339-2

Depósito legal: S. 372-1977

Printed in Spain

Imprime: Gráficas Ortega, S. A.

CONTENIDO

<i>Introducción</i>	9
1 MEDITACIÓN SOBRE LA VERACIDAD	15
Veracidad con el hermano	20
Veracidad con el propio ser	24
La veracidad que viene de Dios	25
2 MEDITACIÓN SOBRE LA VENERACIÓN	33
Veneración por el hermano	39
Veneración a la propia existencia	43
Veneración a Dios	45
3 MEDITACION SOBRE EL RESPETO	51
Respetar al prójimo	56
Respetar la propia existencia	60
Respetar a Dios	63
4 MEDITACION SOBRE LA ALEGRÍA	67
Alegría en el hermano	71
Alegría en el propio ser	74
La alegría que viene de Dios	76
5 MEDITACIÓN SOBRE LA AMISTAD	81
Cuando se acercaba el día	83
Los dos, ella y yo	84
Apartados del tumulto	85
Nos preguntábamos mutuamente	87
Anhelar	90
Llegamos a tocarla un momento	91
Y volvimos al rumor de nuestros labios	93
6 MEDITACION SOBRE EL AMOR	97
El amor es todo	99

El amor maduro	108
Futuro del amor	112
7. MEDITACIÓN SOBRE LA MAGNANIMIDAD	115
La desidia	117
La angustia	120
8. MEDITACIÓN SOBRE LA SERENIDAD	137
Padre, perdónalos	142
En verdad te digo	145
He ahí a tu hijo	147
Dios mío, ¿por qué me has abandonado?	148
Para que se cumpliera hasta el fin la Escritura	150
Todo está cumplido	151
Y dando una gran voz	152
9. MEDITACIÓN SOBRE LA SINCERIDAD	155
Pureza	161
Ciencia	163
Comprensión	164
Amabilidad	165
Sinceridad como juicio	166
10. MEDITACIÓN SOBRE LA HUMILDAD	171
Dios es a la vez luz y oscuridad	172
Dios es a la vez silencio y palabra	174
Dios es paz que engendra intranquilidad en nosotros	176
Dios es pureza que toca nuestra impureza	179
Dios es a la vez riqueza y pobreza	182
11. MEDITACIÓN SOBRE LA ESPERANZA VIVA	187
Dinámica de la creación	188
La fuerza de la resurrección	193
Testimonio del cielo	198
12. MEDITACIÓN SOBRE LA PLENITUD	207
Que el Dios de la esperanza...	208
... os llene...	209
... de todo gozo...	211
... y paz...	213
... hasta rebosar de esperanza...	219
... por la fuerza del Espíritu Santo	221

INTRODUCCIÓN

En las siguientes meditaciones se intenta buscar una respuesta a la tensión fundamental de la existencia cristiana, que se puede formular en dos preguntas, planteadas desde hace siglos por hombres que a su modo se esforzaban honradamente por ser auténticos cristianos: «¿Cómo conseguiré que Dios sea clemente conmigo?» y «¿cómo llegaré a ser un hombre verdadero?»

Martín Lutero luchó toda su vida con el primer problema. Este hombre, conmovido por Dios, dinámico, sin medida tanto en el amor como en la ira, dominado por el poder de lo absoluto, escribía el 27 de octubre de 1527 desde Wittenberg a Melanchthon: «En mi sed no anhele otra cosa que un Dios clemente». En la misma época, Erasmo de Rotterdam, un hombre sensible y muy culto, intentaba aclarar otra pregunta: «¿Cómo conseguiré una auténtica (bien fundamentada) humanidad?» Las dos preguntas surgieron en un tiempo de grandes cambios en occidente. Fue entonces cuando comenzó la época moderna; la época en la cual nosotros hoy también tenemos que buscar a Dios y cuyos particulares históricos son lo suficientemente conocidos como para que debamos enumerarlos en esta meditación teológica. Una nueva época mundial irrumpió en todos los ámbitos humanos. Había llegado la hora de la máxima activación de las pasiones, sentimientos, conocimientos y esperanzas.

Hoy también vivimos en un tiempo de revolución radical. La transformación total de nuestro modo de sentir y de vivir ha entrado tan fuertemente en la conciencia humana que se ha convertido en tópico el hablar del «fin de la edad moderna». No pretendemos aquí despertar recuerdos históricos ni tampoco reflexionar sobre cuanto los pensadores citados creyeron haber encontrado como respuesta y solución. En todas las épocas de cambio radical se plantean los hombres las mismas preguntas: «¿Cómo conseguiré que Dios sea clemente conmigo?» y «¿cómo encontraré el camino hacia mi autenticidad humana?» La respuesta cristiana estará siempre en la conjunción y.

Encuentro un Dios clemente llegando a ser un auténtico hombre. Ser cristiano significa fundamentalmente creer en Cristo, es decir, en la encarnación de Dios. Dios, infinito e inefable, se ha hecho hombre. Desde entonces en este Dios encarnado se ha transformado el ser humano en gracia. En lo más profundo, en el ser del hombre, mana la fuente de lo eterno: En la zarza del esfuerzo humano por llegar a ser un hombre auténtico arde la llama de lo absoluto. A partir de la encarnación de Dios donde quiera que haya algo humano está presente lo divino. El misterio del ser humano está esencialmente unido con la encarnación de Dios.

En su encarnación Dios ha asumido totalmente la realidad humana. Se ha hecho realmente hombre. Se ha hecho totalmente hombre — excepto en el pecado —, es decir, ha acogido en sí mismo lo que es terriblemente normal, lo habitual, lo que se repite continuamente y no tiene vistosidad.

Meditaremos un poco sobre qué significa en realidad la frase «Dios se ha hecho hombre». Dios: nombre que encierra en sí lo inalcanzable e indecible, sencillamente lo inasequible. Es una gracia de nuestro tiempo el que podemos vivir con todas las fibras de nuestra existencia el «ser-

distinto de Dios». Quizá no exista otro camino: la humanidad sufre hoy la más terrible de todas las experiencias, la lejanía de Dios, para recuperar de esta manera el sentimiento de que Dios es el radicalmente distinto. Ante él son insuficientes las palabras, los pensamientos y los sentimientos. Dios es el «mortalmente-extraño».

Todo esto es realmente así y sin embargo no es del todo cierto. Por eso se añade: Dios se hace. Este absoluto, el totalmente-distinto, lejano e incomprensible se ha sumergido en una situación de cercanía, de contacto; en la existencia del «igual-a-todos-nosotros». Se hizo un niño, vivió entre nosotros una existencia humilde, aprendió el oficio de carpintero, peregrinó de un lado para otro, se cansó y descansó, y terminó su obra de redención entre el sudor sangriento de la angustia y el estertor del abandono. Si el pensamiento humano se hace pedazos ante «Dios», aquí ante el «Dios que se hace» el hombre queda desconcertado.

Nos falta aún el tercer elemento de la afirmación: Dios se hace hombre. En Cristo ha aparecido entre nosotros un hombre lleno de comprensión y bondad. Un hombre que protegió a los pecadores y a los débiles. La «humanidad pura» ha tenido su esplendor en Cristo. Ha existido por fin entre nosotros un hombre que no quebró la caña inclinada y que no apagó la mecha humeante; un hombre que ha repetido continuamente: «no tengáis miedo»; que ha proclamado «un año de gracia del Señor»; y que ha dicho al ladrón: «hoy estarás conmigo en el paraíso». Sólo Dios podía ser tan humano. A partir de la encarnación no podemos imaginarnos algo humano, exceptuado el pecado, que no sea aplicable a Dios. Dios acogió en Cristo la simpatía y la bondad humana.

Una sencilla reflexión teológica quizá nos ayude a conocer con más profundidad la humanidad de Dios. Para comprender de algún modo al Dios encarnado, tenemos

que reflexionar: en Cristo se actuó en plenitud la originalidad del ser humano. La teología con su lenguaje abstracto dice: Cristo vivió sin «concupiscencia». Esta afirmación negativa encierra algo positivo: Cristo vivió la unidad originaria del ser; no estaba dividido entre lo que era y lo que hacía; le era posible asumir directamente en su existencia todo lo que vivía; en sus obras era plenamente él mismo. La humanidad estaba más que nunca integrada en su existencia (inseparable, pero también inconfusa). Era totalmente hombre porque era totalmente Dios.

A partir de este momento los hombres sólo tenemos un camino para llegar a Dios: Cristo. Él fue «el hombre». Esto significa que nosotros todavía no somos del todo hombres, que la verdadera humanidad está presente en nosotros sólo de forma fragmentaria. Estamos inacabados. Se da siempre en nosotros una tensión entre lo que somos y lo que desearíamos ser; entre lo que hemos realizado y lo que nos queda todavía por hacer. Si queremos ser auténticos hombres tenemos que comenzar de nuevo cada día, renovar cada día la decisión de acoger la vida como hombres.

El lenguaje y la filosofía antigua caracterizaron este esfuerzo continuo y a la vez encarnizado por dejar brotar de nuestro ser lo vital, lo bello, lo prometedor de futuro, con una palabra manoseada, que hoy despierta malestar en muchos, la palabra «virtud». La significación y la grandeza escondida en esta palabra, la logra descubrir el hombre, la mayoría de las veces, únicamente cuando se da cuenta de que su vida no ha llegado a ser lo que podía y debía haber sido. El hombre tiene que realizarse a sí mismo y con su esfuerzo madurar en plenitud las posibilidades que lleva consigo. Cuando lo intenta de verdad (es decir, cuando se esfuerza honradamente por convertirse en auténtico hombre), entonces se acerca a lo que

Cristo ha realizado: a la humanidad pura, a la autenticidad humana totalmente vivida. Después de la encarnación de Dios, el hombre, para encontrar a Dios, sólo tiene que llegar a ser hombre. Expresado en términos más enérgicos, con el lenguaje de los padres de la Iglesia diremos: «Dios se hizo hombre para que el hombre se hiciera Dios». Encuentro a Dios en mi propia humanidad. Al «ejercitar» el hombre su humanidad (ésta es la definición de «virtud»), «transparenta a Dios». Dietrich Bonhoeffer decía: «Dios está en el centro de nuestra vida, aun estando más allá de ella».

Esto significa al mismo tiempo que la autenticidad del hombre es humanamente inalcanzable. Nadie es «virtuoso» y mucho menos los que se tienen por tales. La humanidad está siempre en cuestión precisamente porque implica un continuo crecer en la divinidad: el hombre, para ser verdaderamente hombre, tiene que vivir por encima de sus propios límites, en lo inexplorable, y tiene que abandonarse en una dinámica infinita. El Dios encarnado nos saca de nuestra mezquindad y de nuestros hábitos. Si nos contentamos con lo alcanzado, entonces dejamos de ser tal como Dios nos ha creado, hombres abiertos a un perfeccionamiento infinito.

El abandonarse a esta dinámica infinita de nuestra existencia no exige un esfuerzo desmesurado. Dios se ha hecho nuestro hermano, nuestro prójimo. El hombre puede realizar su apertura hacia el perfeccionamiento divino en una sencilla y genuina hermandad: el humilde servicio diario al hermano. «Lo que hayáis hecho con uno de mis hermanos más pequeños, lo habéis hecho conmigo». Por esto el encuentro con el prójimo es ejercicio de autenticidad humana y al mismo tiempo apertura a Dios. De este modo unimos a las dos preguntas planteadas al principio una tercera: «¿cómo puedo encontrar el camino hacia el hermano?» Si colocamos estas tres preguntas en un orden

lógico, tendremos la síntesis del mensaje de Cristo: cuando encuentres el camino hacia el hermano, llegarás a ser un hombre auténtico y al mismo tiempo alcanzarás a Dios.

De este modo hemos encontrado la lógica cristiana de nuestras meditaciones: a través del hermano, conseguir la humanidad auténtica y precisamente en esta humanidad auténtica llegar hasta Dios. Hombre-hermano-Dios: éste será el esquema general de nuestras meditaciones. En lo que se refiere al contenido, intentaremos — no en orden sistemático, pero lógico — hacer una reflexión orante sobre las virtudes existencialmente más significativas y quizá intentar también ejercitarlas un poco. La virtud es, bajo el punto de vista cristiano, la esencialidad humana realizada por medio del esfuerzo propio; pero precisamente por eso algo humanamente inalcanzable. Buscar lo inalcanzable y recibir cada éxito de esta búsqueda como gracia inmerecida, es el misterio del ser cristiano (así como el de la amistad y el amor). Cuanto mayor es el precio tanto mayor es el regalo. Por esto el regalo debe ser tanto más merecido, cuanto más inaccesible es. Se consigue precisamente en su ser de regalo.

Comenzamos nuestras meditaciones desde la raíz metafísica de la inautenticidad humana, la mentira; o más bien, para no quedarnos anclados en lo negativo, partimos de donde el hombre en su positividad realizada «hace hablar» al ser divino, la veracidad.

MEDITACIÓN SOBRE LA VERACIDAD

OBSERVANDO sinceramente nuestra propia vida nos encontramos momentos de honradez, claridad y franqueza; pero ésta no es nuestra situación existencial, pues nuestra vida diaria es en gran parte una mentira. Nos mentimos en cierto modo a lo largo de toda la vida. Todos llevamos máscaras y eludimos lo auténtico. Con el concepto «mentira» no queremos significar tanto una falsificación consciente de los hechos, una afirmación falsa que engaña al prójimo, cuando un acontecimiento central de nuestra existencia, la falsedad de nuestra vida en su conjunto. Intentaremos en primer lugar comprender la profunda inautenticidad de nuestra existencia y el ofuscamiento de nuestro ser, para que de esta manera aparezca más evidente la grandeza y autenticidad del hombre verdadero en la parte final de nuestra meditación.

¿Qué significa «mentira existencial»? Si queremos captar su significado es necesario proceder prudentemente, sin comprometernos por el momento con ninguna definición, contemplando solamente nuestra propia existencia e intentando descubrir la condición en la cual todos vivimos.

Nuestra existencia es en gran medida un *eludir*. No queremos enfrentarnos con las cosas, los acontecimientos y

los hombres. Cuando se elude no se miente aún con la boca, pero se da ya la mentira de la vida. Quizá obramos aún sin mala intención, sin enfrentarnos con nada; sencillamente lo eludimos. Pasamos de largo ante un hombre que yace en la miseria espiritual o material sin inclinarnos hacia él. Incluso puede ser que tengamos «motivos poderosos» y construyamos con frecuencia sistemas de verdad o abramos escuelas de verdad para fundamentarlos. El mentiroso, que miente en su plenitud existencial, quizá profese la verdad a grandes voces y solemnemente, incluso puede suceder que esto le ayude a conseguir «grandes resultados». Pero eso no cambia nada del hecho fundamental: pasamos por encima de la necesidad del prójimo, hasta puede que lo hagamos con rostro sonriente. Una exigencia absoluta nos sale al encuentro y nosotros la eludimos, la pasamos por alto sin darle importancia, la interpretamos y nos la acomodamos de la manera más conveniente.

Vamos a intentar aclararlo con un ejemplo: tres amigos estaban sentados delante de Job; después de haber callado, horrorizados, durante siete días, comienzan a hablar. A este hombre que sufre le alientan, le exhortan y sobre todo le instruyen. De repente se oye a Dios encolerizado, no contra Job que se lamenta y aflige, sino contra quienes le enseñan, le exhortan y alientan. Hablan como personas serias, piadosas y de buenos sentimientos. Dicen «bellas palabras» pero hipócritas, porque no sirven humanamente de ayuda a Job, que estaba a punto de maldecir a Dios. Los tres no penetran en la miseria del prójimo sino que enseñan, hacen apostolado, se dedican a la liturgia y a la predicación. Esto es precisamente lo que ha irritado a Dios. Ciertamente la exposición de sus enseñanzas se puede oír con agrado. Sus exhortaciones están bien hechas, son perfectas. Tres hombres sabios y honrados intentan ayudar a uno que sufre. Sin embargo, acaban

pasando de largo porque no penetran en su miseria. Hubiera sido mejor que se hubiesen callado.

Job responde justamente: «Mi inteligencia es tan buena como la vuestra... Todas estas cosas las he oído a menudo. Yo también podría hablar como vosotros. Si estuvierais en mi lugar también a mí me sería posible encontrar palabras para vosotros y mover la cabeza sobre vosotros. Os consolaría con la boca y no retendría el consuelo de mis labios». Y añade: «Si al menos os callarais, os sería contado como acto de prudencia». Los tres han dicho la verdad, pero no han encontrado al prójimo en su miseria; de esta forma han mentido con su existencia. Para ayudar a Job han predicado «verdades atemporales», pero en realidad no han dicho nada que pudiera ayudarle. No han llevado al hombre que sufría delante de ellos a la verdad, a Dios. Han pronunciado verdades que se transformaron en falsedad, por eso no fueron *testigos de la verdad*. Fundamentalmente estos tres hombres sólo pretendían afirmar su vida, justificarse a sí mismos. No hicieron sitio en su ser a la miseria del prójimo; de este modo han renegado del ser, aunque hayan dicho la verdad.

Hemos mostrado con un ejemplo extremo lo que significa una mentira existencial, una mentira que no tiene por qué estar unida indispensablemente con palabras falsas.

Cuando se intenta penetrar todavía más hondamente en esta falsedad existencial se descubre otra propiedad diferente (mejor dicho, otro «defecto»): podemos llamarla sencillamente *vegetar*. Con ella pretendemos caracterizar la bajeza más honda de la falsedad existencial intentando darle un nombre.

La vida del hombre, de cualquier forma que se mire, es una aspiración al infinito. Pero una existencia de este modo resulta difícil de soportar, porque el hombre pone

resistencia y se defiende de lo que le exige algo. En esta obstinación su vida se contrae, se desarrollan costumbres y normas de vida. La existencia se vuelve mustia e insulsa, pues lo más hondo del espíritu es por esencia «superior a las costumbres». De esta forma la existencia se hace monótona. Se intenta expulsar esta monotonía con diversiones y aventuras, pero ella lentamente va envolviendo toda la existencia en tedio de la vida, en desolación y vaciedad. El hombre se va cerrando, se va haciendo insensible a lo imprevisto y a la gracia. El impulso hacia lo grande se desvanece lentamente así como la expectación de aquello que hace al hombre más auténtico: la esperanza en la belleza, la bondad, el encuentro, la amistad y el amor. La inquietud del corazón se agota. Surge una opaca apatía, se comienza a no entender a los demás y se adopta una postura de repulsa, incluso de enemistad frente a lo nuevo. Cada encuentro disturba nuestras costumbres, nos saca de nuestro carril. No debe suceder nada que pueda alterar o conmover el cuadro bien estable del vegetal.

Es muy posible que este tipo de hombre tenga éxito y sea tenido por «hábil». ¿Pero sabe éste acaso que el hombre en su raíz más profunda es algo abismal, que lo finito lleva consigo lo infinito? Tal existencia no puede abandonarse realmente porque con el abandono de su mismidad se perdería por completo. No experimenta jamás la felicidad que lleva consigo la autodonación y la pérdida generosa (portadora de gracia) del propio ser, cuidadosamente guardado y no por ello más seguro, ya que se trata de algo que en el fondo no se puede asegurar. De esta manera aparece en la existencia del que vegeta una repugnancia profunda, con frecuencia inconfesada, hacia el amor y hacia todo lo que exige espíritu de sacrificio. Las costumbres se hacen poderosas; la vida intenta conservar convulsivamente su propio camino. La existencia se hace «estable». Pero esta supuesta estabilidad es más

bien entumecimiento, y no claridad reconfortante, dureza cristalina de auténtica vivacidad.

Toda la existencia se hace mezquina. A menudo se maravilla uno al encontrarse con hombres que, a juzgar por su talento, su profesión o su posición social, deberían poseer miras amplias, y que sin embargo si se les conoce más de cerca nos descubren sus miras mezquinas y su corazón encogido; les falta con frecuencia un molde espiritual y realmente humano. Por el contrario, es posible encontrar auténtica grandeza humana y miras amplias en hombres normales, sencillos, apenas considerados, si nos acercamos lo bastante a ellos para ver el resplandor de su ser. Mientras éstos viven, aquéllos únicamente vegetan.

La existencia del que vegeta se hace poco a poco indiferente, distraída y sobre todo «inánime». En cada encuentro con el auténtico ser humano experimenta en lo más íntimo su impotencia espiritual. Esta impotencia hace a estos hombres inseguros; aunque a menudo puedan conservar la calma en medio de fuertes conmociones que afectan a las raíces del alma, no están a la altura de los verdaderos problemas de la vida.

Esta inseguridad radical se condensa lentamente en miedo y en *cobardía* existencial. El hombre se vuelve «descontento» en sentido radical: ha perdido el ánimo que le había de llevar a la vida genuina. Se ha perdido en el momento en que se agarraba a sí mismo. Por eso en su vida, aunque externamente aparezca alegre y tranquilo, se da un profundo malhumor, una encubierta disposición melancólica. Lo que nos deja pensativos y extrañados de la existencia humana es el hecho de que se hace verdaderamente estable, solamente cuando permanece «lábil»: plasmable, en búsqueda constante, abierta a lo imprevisto. En cambio, cuando el hombre intenta solamente vegetar, está intentando algo de lo que es incapaz todo hombre: ser totalmente superficial. El gran privilegio del hombre

es sin embargo la «insatisfacción», la ansiosa espera de aquello que aún-se-resiste. El que renuncia a ello renuncia a la vida misma.

Hemos tratado de esbozar la falsedad existencial del ser humano. No hemos hablado de la «mentira» en sentido moral, sino de la «mendacidad» de la vida. Aparece esencialmente en el *eludir* y el *vegetar*. Ahora vamos a intentar vislumbrar lo que propiamente deberíamos ser: hombres auténticos, a partir de la «forma vacua» que todos nosotros somos en gran manera. Queremos hacerlo empleando el esquema fundamental de la existencia humana que hemos esbozado — «el camino hacia el hermano nos conduce a la humanidad auténtica y al mismo tiempo a Dios» — de forma que dejemos salir con ímpetu desde el fondo del corazón el ansia que nos impulsa hacia la veracidad.

Veracidad con el hermano

Ahora nuestro lenguaje va a hacerse más difícil, incluso más inadecuado. Cuando tratábamos antes de la falsedad existencial hablábamos por experiencia personal, ahora en cambio tenemos que hablar sobre algo que sólo nos es posible sospechar y desear ardientemente. Ninguno de nosotros lo ha realizado en su vida, ni siquiera fragmentariamente. La realidad misma que ahora pretendemos considerar es tan sencilla que el lenguaje humano no hace sino complicarla. Se trata de lo «luminoso» de nuestra existencia.

También sería aquí muy importante hablar sobre la veracidad de nuestras palabras dirigidas a los demás hombres. Ésta consiste en que el que habla diga lo que verdaderamente piensa, ve y entiende; de que no falsee, recorte, cambie o desfigure lo pensado, visto o entendido. Claro

que todo esto es válido en el supuesto de que admitamos que el otro tiene derecho a ser instruido por nosotros. Sin embargo, este aspecto importante de la veracidad — la verdad del lenguaje ha sido con frecuencia desfigurada en nuestro tiempo — tenemos que dejarlo entre paréntesis o más bien suponerlo como evidente. Sólo quien lleva una vida cristiana adulta y crítica, quien sabe vencer su timidez y perplejidad y además posee el suficiente dominio del lenguaje, encontrará el modo en que puede y debe decir la verdad en este mundo tan embrollado.

Pero en esta meditación tratamos de algo todavía más importante, que formulamos en la siguiente pregunta: ¿qué aspecto tiene la existencia que no sólo dice la verdad sino que también la hace, la existencia en la que «resplandece» la verdad y se convierte en inmediatez vivida? Debemos proceder con precaución, delineando en primer lugar sólo de manera fenomenológica la imagen de una existencia que «hace» la verdad. La descripción de cómo se nos presenta una existencia «luminosa» ha de ser necesariamente subjetiva: debemos expresar únicamente lo que hemos experimentado o intuitido en el encuentro con hombres cuya existencia «brillaba». No nos está permitido por tanto el esbozar un sistema sino ordenar las cualidades separadas — a primera vista no homogéneas —, obteniendo de esta forma una imagen y no una definición de la veracidad hacia el hermano.

Los hombres verdaderamente honrados llevan en sí la capacidad, para ellos convertida en naturaleza, de despertar en nosotros el amor y la amistad. ¿Por qué? Resulta difícil de decir y más difícil aún de explicar. Quizá porque son totalmente capaces de «acoger»; no pretenden conseguir nada de nosotros y no quieren uncir a nadie a su mismo carro. Nos encontramos a gusto al lado de estos hombres aunque por lo general sean muy tranquilos, silen-

ciosos y con frecuencia vivan aislados. Irradian una alegría nacida de una grandeza íntima. Esta grandeza los convierte en cierto modo en seres sin miedo. Tienen la intrepidez que se requiere cuando un hombre abre sin reparos su alma a otro. El núcleo de un ser «existencialmente veraz» se substrahe al influjo de lo terrible del mundo y de los hombres. Es éste un signo de elección especial, que se revela principalmente en que estos hombres no guardan rencor por las ofensas, más aún no tienen necesidad de perdonarlas. No dan la impresión de tener que hacer esfuerzos para perdonar conscientemente al que les ha ofendido; poseen una silenciosa candidez; no han considerado como tal la ofensa y ni siquiera han creído que fuera ofensa. De esta forma llevan a cabo en sus vidas aquel olvido de sí mismos del que hablábamos antes: en ellos hay espacio para un tú humano, un espacio en el que el otro puede alcanzar su existencia libre.

Con frecuencia tales hombres no dejan detrás de sí ninguna huella visible de su total sinceridad. Desaparecen del mundo con su luminosidad, como si nunca hubieran existido. De este modo se adentran sencilla y silenciosamente en una grandeza todavía mayor. Pues siguen influyendo como fuerza espiritual en la conciencia de cuantos vivieron junto a ellos. Nos juzgan con su veracidad sin condenarnos. Saben distinguir perfectamente lo justo de lo injusto; no aprueban si no se puede hacer, pero no condenan; casi siempre se contentan con desaparecer en silencio. Pero su presencia entre nosotros realiza un verdadero juicio, que nunca o raras veces tiene lugar en los tribunales de nuestro mundo. Nos juzgan en cuanto que se mantienen firmes sin alardes en lo que han visto, en la verdad; pero no importunan. No se da en ellos ese anti-pático «querer-saberlo-todo-mejor».

Este «no-acentuarse-a-sí-mismo» se podría caracterizar como *castidad* sustancial. Estos hombres están obligados

con toda su existencia a la realidad última, a la santidad. Frecuentemente viven en medio de una «santa despreocupación». Muchas veces no tienen ninguna relación con el dinero, lo dan todo y se quedan sin nada para poder vivir. Su existencia es esencialmente despreocupada. Realizan, a menudo sin saber mucho de él, la exhortación de Cristo: «No os preocupéis por el día de mañana». Claro que no todos pueden vivir de esta manera; pero han de darse siempre estos hombres entre nosotros para que la vida permanezca viva.

El hombre veraz une a su actitud de no condenar una *sencillez y transparencia* existencial. Estos hombres son sinceros en el sentido de que al menos ocasionalmente se sienten impulsados por una fuerza interna que les obliga a decir la verdad, que les obliga a ir al otro para decirle: estás jugando con el mundo y contigo mismo, deja ya de hacerlo. A veces sienten de repente como una iluminación: tengo que decirle la verdad a este hombre, de lo contrario no se la dirá nadie. En aquel momento fluye una fuerza especial de ellos. Cuando recapacitan más tarde, ni ellos saben cómo se han atrevido a decir toda la verdad. Surge un temor, tanto en el que habla como en el interpelado: una especie de estremecimiento ante lo santo. Pero junto al temor se da la alegría, incluso el júbilo: el ser irradia en su puro esplendor. Alguien ha aceptado el riesgo de decir la verdad, se ha formado algo estable e inmovible, algo que brilla y arde y que siempre es amor y olvido de sí mismo.

Sin embargo, tenemos también que reflexionar sobre la fragilidad de estos hombres. El ser conciencia viviente del otro es algo insoportable. A la larga no lo puede tolerar ningún hombre. Por eso el hombre veraz es amenazado. Está en el mundo como enviado de la verdad. Pero la misión es al mismo tiempo prueba. Todo lo que hemos intentado describir hasta ahora, la intrepidez, la castidad,

la despreocupación, lleva consigo la posibilidad de la caída. Sólo puede caer quien está en la altura. El desánimo, la inseguridad y la tentación le asaltan a escondidas. Se pregunta: ¿he dicho realmente la verdad que obra el bien; no habré sido demasiado duro; no he estado demasiado seguro? Y muy probablemente ocurrió así.

Veracidad con el propio ser

El apóstol Pablo que a veces penetró de manera extraordinariamente profunda en el corazón del hombre, exhortaba a sus amigos de Éfeso a que «fueran veraces en el amor». La expresión griega resulta casi imposible de traducir: *aletheúein en agápe* (Ef 4, 15); que aproximadamente viene a decir: «verificarse totalmente (decir la verdad, hacerla, serla) en el amor».

Caemos con demasiada frecuencia en la tentación de esgrimir nuestra verdad en los momentos más inoportunos, de modo que por medio de la verdad ofendemos e incluso perjudicamos a otros. La veracidad hacia el hermano tiene que apoyarse en el tacto y en la bondad, pues no nos es lícito usar la veracidad como un bastón. De este continuo autoexamen, que hay que emprender cada día de nuevo, surge una verdad interior a la que no podemos dar otro nombre que el de *humildad*. Precisamente en la medida en que el hombre intenta «decir la verdad» a los demás, reconoce que no está a la altura de las exigencias que proclama para los otros. Esto le hace ser modesto y comenzar a tener paciencia consigo mismo y con los demás, y a dejar madurar en silencio el fruto de la verdad. Con ello se hace más fuerte la existencia: sólo los hombres fuertes pueden ejercitar una *paciencia* viva, es decir, soportar la tensión que surge en ellos entre lo que desearían tener y lo que de hecho poseen, entre lo que desea-

rían conseguir y lo que de hecho logran, entre lo que querrían ser y lo que de hecho son. De esta tensión interior nace una paciencia para con los demás que no es vil condescendencia, sino verdadera indulgencia y bondad.

¿Pero una existencia así no es una carga casi insopportable? ¿Tener que decir la verdad sin serla? Precisamente aquí aparece la experiencia más profunda de una existencia que intenta ser verdad para los demás. Esta experiencia surge de ver la necesidad de ser verdad y la imposibilidad de serlo. Los dos hechos coexisten, irremovibles. ¿Qué sucede en una vida humana que experimenta ser la verdad, sin serla? Tiene la experiencia de Dios. En el «verificarse a sí mismo» sucede algo conmovedor: lo «infinitamente distinto», cuanto no se puede crear ni alcanzar con la fuerza humana, irrumpe en el mundo. ¡Hay que regalar algo con las manos vacías! Lo incomprendible está precisamente en que podamos realizarlo. No se trata aún de una prueba de Dios; pero quien ha experimentado esto una vez no puede sino creer en Dios. En su propia impotencia, que se transforma inmerecidamente en fuerza, reconoce con certeza inmediata a Dios mismo. De esta forma aparece en el mundo:

La veracidad que viene de Dios

El ser absoluto brilla en quien soporta suficiente tiempo esta tensión de su existencia en el mundo: la ardiente presencia de la criatura en la luz de lo infinito. Quizá como mejor podríamos imaginarnos esta transformación del ser humano en la transparencia de lo absoluto sería en las narraciones sobre Cristo resucitado. Allí se vislumbra una transformación radical del ser. Se manifiesta la inmensidad del espacio, del tiempo, de la fuerza y de la luz. Este hombre — por fin uno — se ha convertido en

esplendor, en intensidad de lo real, en llama iluminadora de la autenticidad. Quien quiera tener una idea de lo que esto significa que lea la visión introductoria del Apocalipsis o el relato sobre la transfiguración de Cristo en el monte Tabor.

Quizá hubiera que meditar aquí todos los relatos que nos hablan de las apariciones de Cristo resucitado, para poder captar, al menos aproximadamente, qué significa que un hombre se ha hecho totalmente transparente en lo absoluto. Pero preferimos mostrar cómo han experimentado los apóstoles a Cristo, que es *la* verdad, y cómo se convirtieron en sus testigos, es decir cómo comenzaron a irradiar la verdad de Cristo en el mundo. En el encuentro con Dios encarnado se convirtieron, tal como lo narra la carta a los efesios, en hombres con «los ojos del corazón iluminados» (Ef 1, 18). En un trato vital y diario con Cristo experimentaron lo que sucede cuando el resplandor de Dios se refleja en el rostro de un hombre (2 Cor 4, 6).

En primer lugar esta experiencia les transportó a un estado de *admiración*. Los evangelistas nos narran este estado anímico, que experimentan todos los hombres que han acogido la verdad de Dios, en forma de historias maravillosas, de «milagros». Aquí no podemos esbozar — ni siquiera rudimentariamente — una teología del milagro, tenemos que contentarnos con señalar que *el* milagro era Cristo mismo. Algo totalmente nuevo apareció de repente entre nosotros: «¡Jesús, el salvador, está aquí!» Cristo es verdadera y definitivamente el milagro, el milagro de todos los milagros; Cristo que convirtió a los apóstoles en hombres *admirados* para siempre. Los milagros sólo eran *señales externas de alarma* de esta *admiración*, que aún hoy experimenta todo hombre al que Cristo se acerca bajo cualquier forma.

La admiración creció en los apóstoles hasta el *estupor*. Se han arriesgado al comprometerse con este «hombre

luminoso» que tocaba en lo más profundo su ser trepidante. Por todos los escritos del nuevo testamento se pueden seguir las huellas de este estupor. Con ese hombre no era posible la escaramuza. Él mismo nos visita; su misterio nos asalta. Se nos acerca y nos pregunta: hermano, ¿cómo está tu corazón? De la misma manera Dios preguntó un día: Adán, ¿dónde estás? No se trata de una vaga y no comprometida expresión de la verdad; quien está ante estos hombres conmocionados es una persona.

El estupor brota sobre todo porque Dios aparece en un hombre que me visita, que me obliga a una verdad interior y que me pone a prueba. De esta forma nos encontramos ante la *prueba*: el hombre tiene que examinar incesantemente su actitud ante esta verdad encarnada, hecha hombre. Y Cristo permite que los apóstoles pasen por esta experiencia. Con su propia existencia les obliga a correr un gran riesgo, que está singularmente entretendido por una lucha solitaria, por una duda interior, por la temeridad de la fe, por la inquietud y el «sin embargo» de la esperanza. Pablo exige a todos los cristianos el mismo doloroso autoexamen:

Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe, probaos a vosotros mismos. ¿No reconocéis que Jesucristo está en vosotros? A no ser que estéis reprobados (2 Cor 13, 5).

En esta prueba — podríamos seguir este proceso hasta los más mínimos detalles a través del evangelio — surge el *compromiso* que convierte a estos hombres en testigos de la verdad: una situación nueva afecta al pensamiento, a la sensibilidad, al sentimiento y a toda la vida. A partir de entonces ya no es posible hacer otra cosa que seguir la verdad absoluta que resplandece en Cristo. Ninguna atadura, ningún sistema de pensamiento, ningún poder, ninguna amistad e incluso ningún amor cuenta ya; sólo cuenta Cristo. De este modo el hombre se hace hijo de

la luz: «Si antes erais tinieblas, ahora sois luz en el Señor; portaos, pues, como hijos de la luz» (Ef 5, 8). Nace un «corazón ardiente»; los discípulos de Emaús inventaron esta contraseña como palabra originaria de la experiencia pascual: «¿No ardían nuestros corazones dentro de nosotros mientras hablaba por el camino?» (Lc 24, 32).

Precisamente este corazón ardiente es el *testimonio de Cristo* en el mundo. Tenemos que transformarnos en luz. De ahora en adelante no existe otra posibilidad; estamos comprometidos para siempre a permanecer ardiendo. Una tarea casi insostenible. El cristiano debería sumergirse en la súplica que el Señor pronunció por nosotros en el umbral de la muerte y por medio de la cual nos quiso hacer testigos y partícipes de su luz y de su gloria:

Padre, éste es mi deseo: que los que me confiaste estén conmigo donde yo estoy y contemplen mi gloria, la que tú me diste, porque me amabas, antes de la fundación del mundo (Jn 17, 24).

La fuerza para ser luz la recibe el hombre en forma de gracia que nos visita y nos asalta. La existencia «admirada», «estupefacta» y «probada» se convierte en fuego. Éste es el sentido propio del acontecimiento que nos relatan los Hechos de los apóstoles:

De repente, un ruido del cielo como de un viento recio, resonó en toda la casa donde se encontraban. Vieron aparecer unas lenguas, como llamaradas, que se repartían, posándose encima de cada uno (Hech 2, 2-3).

El resplandor de la gloria aparece en forma de «lenguas»: el iluminado ha de hablar, tiene que levantarse y marchar al mundo de las tinieblas para dar testimonio de la verdad que es Cristo.

La grandeza de lo expuesto se hace evidente del modo más elemental en la figura del primer mártir, Esteban:

joven y lleno de vigor, es el representante de la verdad; invadido por el Espíritu que «procede de arriba», está al mismo tiempo inevitablemente abandonado a los poderes «que vienen de abajo». De repente, el mártir descubre la realidad: «Estoy viendo los cielos abiertos y al Hijo del hombre de pie, a la derecha de Dios». (Notemos la diferencia con Mc 16, 19 donde se dice que el Hijo del hombre «está sentado» y no «de pie» como aquí). Aparece entonces el testimonio, una revelación de su rostro: «Los miembros del sanedrín miraron a Esteban y su rostro les pareció el de un ángel» (Hech 6, 15). Rostro angelical, que significa: rostro que, en medio de la angustia temporal, está ya totalmente transformado por la forma eterna del ser... El resplandor angelical de su rostro es la victoria del primer mártir y sobre todo el símbolo de la fuerza dominadora del cristiano sobre el mundo. Una victoria resplandeciente, pero en el abismo de la muerte.

Esta fuerza que viene de arriba origina en los apóstoles — y éste es el último punto de la descripción de cómo los apóstoles vivieron y sufrieron la verdad de Cristo — una santa *intrepidez*. Pueden y deben decir la verdad a todos los hombres ya que no se trata de «su» verdad ni obran movidos por su propio impulso. Por esto — aunque no sólo por esto — tienen derecho a hablar con libertad, poseen una santa libertad de expresión y el poder de la palabra (*parrhesia*).

De manera especial Juan — profundamente conmovido — ha experimentado y expresado el que a partir de ahora se puede hablar libremente, sobre todo con Dios:

Queridos, tenemos plena confianza (*parrhesia*) ante Dios y cuanto pidamos lo recibiremos de él (1 Jn 3, 21-22).

En esto está la confianza (*parrhesia*) que tenemos en él, en que si le pedimos algo según su voluntad, nos escucha. Y si sabemos que nos escucha en lo que le pedimos, sabemos que tenemos conseguido lo que le hayamos pedido (1 Jn 5, 14-15).

Pero quizá la interpretación más importante de esta intrepidez la encontramos en Pablo. Expresar libremente la verdad es para él la tarea esencial del cristiano: se trata de la irradiación de la gloria de lo absoluto en el mundo. El cristiano se convierte en la manifestación de Dios al mundo. En la segunda carta a los corintios Pablo hace un comentario sobre la intrepidez del cristiano en el testimonio de la verdad (léase atentamente el texto 2 Cor 3, 12-4, 6):

Todos nosotros, a cara descubierta, contemplamos la gloria del Señor como en un espejo y nos transformamos en la misma imagen, de gloria en gloria, a medida que obra en nosotros el Espíritu del Señor (3, 18).

Algo inconcebible: el hombre, atosigado por la duda, internamente desgarrado, inquieto e inseguro en sí mismo, se convierte en reflejo de la gloria y en un Cristo para los demás, en una imagen de Cristo.

Manifestamos la verdad y nos recomendamos nosotros mismos a toda humana conciencia ante Dios (4, 2-3).

Pues no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Cristo Jesús, el Señor..., para que demos a conocer la ciencia de la gloria de Dios en el rostro de Cristo (4, 5-6).

Pero siempre siendo conscientes de que:

Este tesoro lo llevamos en vasijas de barro, para que se vea que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no proviene de nosotros. Nos atacan por todos lados, pero no nos aplastan; estamos apurados, pero no desesperados; acosados, pero no abandonados; nos derriban, pero no nos rematan (4, 7-10).

En un hombre atacado, apurado, acosado y derribado irrumpe la sobreabundancia de la luz de la verdad. Ésta aparece en un doloroso «sin embargo» en el «pero» no aplastados, ni desesperados, ni abandonados, ni rematados.

De esta forma se crea de manera dolorosa y con frecuencia invisible una condición de estabilidad en el mundo, siempre a partir de Dios. Comprendemos el sentido escondido de la afirmación de Cristo: «¿No era necesario que el mesías padeciera esto para entrar en su gloria?» (Lc 24, 26). Vivir como testigos de la verdad que mana de Dios, como testigos de Cristo, es una alegría que no se puede perder, pero una alegría que nace de la tribulación:

También vosotros ahora sentís tristeza; pero volveré a veros y se alegrará vuestro corazón y nadie os quitará vuestra alegría. En aquel día no me tendréis que preguntar nada (Jn 16, 22-23).

MEDITACIÓN SOBRE LA VENERACIÓN

EN esta segunda meditación vamos a intentar penetrar todavía más profundamente en el comportamiento, actuado por Dios, dirigido hacia el hermano y que da sentido a la autenticidad humana; comportamiento que nosotros — a pesar de lo anodino de la palabra — más aún, precisamente porque queremos devolverle su fuerza primitiva, hemos caracterizado como virtud. El hombre es perfeccionado por Dios mismo, cuando se dirige al hermano en el ejercicio de un comportamiento estable. En la primera meditación hemos afirmado que la veracidad, el gusto por lo verdadero solamente puede aparecer en una atención respetuosa que reconoce las peculiaridades de los demás. Ahora vamos a seguir profundizando en el mismo sentido las adquisiciones precedentes.

Pero, en primer lugar, consideraremos una vez más el lado negativo; nuestra propia experiencia nos dice que resulta más fácil hablar de esta parte negativa. Lo que normalmente domina en nuestro corazón es el *desprecio* y la aversión. Incluso podríamos expresarlo con un término más enérgico: la crueldad. Cuanto más avanzamos en la vida, nos damos cuenta de manera más clara con qué frecuencia y a cuántos hombres hemos despreciado interiormente, como dejándonos llevar por un impulso instintivo.

Alguna vez esta experiencia dolorosa de nuestra dureza de corazón puede aumentar hasta tal punto que nos haga caer en la tentación. Nos preguntamos: ¿por qué soy así, por qué ofendo y hago daño a mis mejores amigos? ¿Acaso me ha creado Dios así? ¿Si existe Dios y si es infinitamente bondadoso y omnipotente, cómo puede permitir que los hombres se odien entre sí, que se hagan mal, que el mundo esté plagado de tantas atrocidades que nos vemos continuamente obligados a cerrar los ojos y el sentimiento, ya que de lo contrario no podríamos sobrevivir? ¿Por qué soy tan mezquino, tan deforme interiormente, tan insensible e incluso a veces tan cruel? ¿Existe verdaderamente un Dios? Si realmente existiese no podría llevar en mí tanto horror. Este pensamiento es muy importante puesto que si le damos la vuelta nos hace conscientes de nuestra verdadera tarea cristiana.

Si nosotros somos malos y crueles con los demás, entonces los demás caen en la tentación y Dios deja de existir para ellos. Su vida dirigida hacia el absoluto se quiebra al tropezar con nuestra existencia. Cada vulgaridad que cometemos con otro hombre le está demostrando que no existe Dios. Ciertamente existen tantas cosas bellas, dignas de amor y resplandecientes en nuestro mundo, que podemos advertir en ellas la existencia de Dios con todas nuestras fibras. Sin embargo, todos hemos experimentado cómo la pérdida de un solo hombre nos puede encerrar en el más completo aislamiento; nos falta este ser determinado, esa sonrisa única, y todo a nuestro alrededor queda desierto y vacío.

Pero también puede ocurrir que nos portemos de manera desairada o incluso cruel con alguien que nos necesita. Entonces todo el mundo se convierte en algo despreciable para aquel hombre. Dios quiere estar presente en el mundo, quiere manifestar su bondad en nosotros y a través de nosotros. Se ha querido abandonar a este inaudito

destino. En esto consiste la tarea existencial del cristiano: ser la bondad de Dios para que los hombres puedan descubrir que la bondad y la benevolencia existen, para que se den cuenta de que la existencia «a pesar de todo» es buena. En la medida en que somos cristianos hemos de procurar para los demás la prueba de que mañana será un día mejor.

Los hombres experimentan a Dios en la benevolencia incondicional y en el afecto infinito. Existen pruebas de la existencia de Dios que de manera lógicamente perfecta contradicen a los incrédulos; pero en las crisis profundas de la existencia humana dichas pruebas suponen muy poco o nada. En esas ocasiones tiene que estar presente un hombre cuya existencia sea al menos un «índice» de que el ser humano es apreciado, honrado y acogido en una amistad incondicional; un «índice», por tanto, de que verdaderamente existe alguien que hace posible todo esto: Dios.

Por eso, en un tiempo en que la imagen de Dios se oscurece, es tan importante desechar de nuestro corazón el desprecio, para que toda la simpatía hacia el ser que en nosotros dormita, el sí transparente dado al otro y a nuestra existencia, se convierta en una «prueba de Dios» para los demás. Pero esto sólo puede ocurrir si indagamos primero en la raíz de nuestro desprecio. Esta raíz, en la medida en que nos es posible analizarla, tiene cuatro ramas.

En lo más profundo de todas nuestras acciones encontramos el *egoísmo*. No nos referimos aquí tanto a las formas más burdas del egoísmo humano, aquellas que utilizan la vida de los otros para procurarse ventajas, que quieren pasar sobre los demás para sentir el orgullo de la victoria... Pensamos más bien en ese replegarse sobre nosotros mismos, difícil de describir, que informa y recubre por entero nuestra vida. Sólo ocasionalmente le

es posible al hombre eliminar esta tendencia existencial a repliegarse en sí mismo. Sólo en los grandes éxtasis de la amistad y del amor logra a veces el hombre estar sencillamente «presente» en los demás. Pero por lo general la mayoría de las veces permanecemos encerrados en nosotros mismos, incluso en acciones que externamente parecen desinteresadas. Una sutil autocomplacencia nos aprisiona. Resulta conmovedor ver cómo unos hombres, los santos, que aspiraron a la pura autenticidad humana, lucharon sin interrupción contra este egoísmo que informaba todo su ser y cómo a pesar de todo el egoísmo les derrotaba continuamente. En nuestra inconsciente autoafirmación anulamos diariamente a los hombres que nos provocan. Nuestro egoísmo se esconde a menudo bajo la máscara de pequeños nerviosismos, de «santas» indignaciones, de presunciones y de pequeñas humillaciones que ocasionamos a los demás.

Por detrás de todo esto y quizá también más profundamente, se esconde una singular *incapacidad de amar* por parte del hombre, que traiciona continuamente en su interior a quienes más ama. Sin duda, existen en la vida del hombre momentos intensos, profundos, «nobles», en los que tiende hacia el vértice de la autodonación. Pero después, quizá durante toda la vida restante, no hace otra cosa que retractarse de cuanto había entregado en aquel momento de valentía espiritual y de amor. Con energía inimaginable y con tenaz constancia el hombre tiene que escalar la cima, a lo largo de la escarpada y difícil pendiente de su propia incapacidad de amar, si quiere realizar al menos una pequeña parte de la entrega que se le exige. El hombre no puede amar verdaderamente. Al final no nos queda nada; ni nuestra felicidad, ni nuestra desventura. Nuestra vida es una extraña y dolorosa despedida de aquellos a los que queríamos amar, una despedida de nuestro amor. Somos hombres lanzados a la aventura del

amor sin armas. Cada intento de amor divide nuestro corazón. El tiempo resulta demasiado corto. La verdadera donación la aprendemos siempre demasiado tarde, cuando ya ha pasado la ocasión. En nuestra vida siempre es demasiado tarde. Descubrimos demasiado tarde aquella necesidad humana que aparece a nuestro alrededor; intuimos demasiado tarde que se nos estaba ofreciendo una amistad; reconocemos demasiado tarde que alguien nos amaba de verdad...

Un análisis sincero de la propia incapacidad de amar nos hace descubrir en el fundamento de nuestras acciones algo parecido a una profunda e innata *aversión*. Esta aversión es una velada negación del ser de los demás, es decir, odio. Nuestra aversión se esconde, yace con frecuencia reprimida en el subconsciente y aparece en la esfera de lo consciente siempre bajo formas nuevas, como antipatía, indiferencia e irritación. ¿Quién podría describir e investigar esta aversión humana? Incluso nuestra entrega a los demás encierra a veces una aversión: un lazo superficial de amor o amistad encubre una voluntad de destrucción; ligamos a otro e nosotros para poder de esta manera atormentarlo más.

Todo esto se exterioriza y condensa en nuestra existencia en forma de *rechazo*. Nos endurecemos porque tenemos miedo al esfuerzo que exige el amor. Nos acecha un impulso a esclavizar a los que nos rodean, a apropiarnos como si fueran una cosa. Frecuentemente lo que se llama amor no es sino un impaciente deseo de poseer totalmente al otro. Y de esta forma el otro deja de ser persona para convertirse en cosa. Pero una cosa no es suficiente para satisfacer nuestro amor. Por eso el amor se convierte en odio, en deseo de destruir el decepcionante «objeto» amado, para demostrar al menos que se ha llegado a ser su «poseedor». ¡Con qué frecuencia nuestro amor es sólo un medio de autoafirmación! Nos inca-

pacitamos para escuchar el grito y el gemido del otro. Cuando rechazamos a un hombre que pordioseaba desesperado nuestro afecto, lo entregamos a la destrucción, más aún, en cuanto nos es posible, lo aniquilamos con nuestro rechazo.

Si de verdad creemos en Dios tenemos que poner en orden nuestra existencia. Existencia que hemos de confesar, si somos sinceros, consiste en gran parte en egoísmo, incapacidad de amar, aversión y rechazo. Este orden se llama *veneración*. Dejemos ahora hablar al último anhelo de nuestro corazón, aunque los demás nos llamen soñadores que persiguen lo imposible y nos tachen de seres ridículos. Pues precisamente lo que es humanamente inalcanzable, es digno de conquistarse. Todos nosotros deseamos un orden en el que pueda realmente existir el hombre como persona, como centro de afirmación, amado y digno de amor.

En el mundo tiene que hacerse «justicia». La palabra «justicia» despierta en nosotros un sentimiento desagradable. Pero cuanto más contemplamos el mundo, sus motivaciones, su aspiración al poder y a la autoafirmación, cuanto más profundamente miramos nuestro corazón, tanto más nos damos cuenta de que no vivimos en un mundo «justo». El mundo comenzará a ser «justo» cuando lo bueno sea al mismo tiempo bello, lo verdadero sea bueno y el ser sea luminoso. Este mundo — lo comprobamos en nuestra propia existencia — no existe todavía. Tiene que ser creado a través de nosotros, como un don que recibimos. ¿Cómo sería este mundo «justo»? Un mundo en el que el hombre bueno sería a la vez feliz, en el que el sentimiento del corazón se manifestara a la vez como acción, en el que lo puro fuera siempre bello, en el que la vida de los hombres fuera rica y plena. Y al revés: un mundo en el que los sentimientos rastreros hicieran al hombre odioso, en el que las injusticias trajeran al mismo

tiempo la infelicidad, en el que las culpas se vengaran en los culpables y sólo en ellos, no en los inocentes. Pero la realidad es muy distinta. El esfuerzo por crear un mundo «justo» es lo que llamamos virtud de la *veneración*. Por medio de ella recobra el mundo su forma verdadera. De ella vamos a hablar ahora.

Veneración por el hermano

La veneración por una persona se puede calificar como temor reverencial. Una extraña expresión que comprende a la vez el temor y el honor. Un temor que tributa honor. Es un sacro temor ante la grandeza del otro; por medio de él el hombre renuncia a posesionarse del otro y a utilizarlo para sus propios fines. En lugar de agarrar, se retiran las manos. Lo verdaderamente humano sólo aparece allí donde el hombre se retira, no penetra, no intenta apoderarse. De esta forma surge un espacio libre en el mundo donde el otro puede desarrollar su naturaleza, dignidad y belleza. Romano Guardini dice que cuando una amistad se quiebra o un matrimonio resulta insoportable se debería preguntar el interesado si no ha fallado en la veneración, si no ha tratado al otro como se trata a un mueble.

Todos nosotros nos hemos encontrado con hombres que sabían reconocer la auténtica grandeza. *Reconocer la grandeza*: ésta es la condición fundamental de la veneración. El hombre tiene que saber decir: él es grande, yo no lo soy. Es bueno que en el mundo se dé la grandeza, aunque no se dé en nosotros sino en el otro. Hay que saber afirmar la grandeza porque existe, porque es bella. Es de una importancia vital el reconocerla, aunque nuestra vida se «empequeñezca» ante ella. ¡Es bueno que el otro haya podido conseguirlo!

El hombre lleno de veneración puede descubrir la grandeza también *en el pequeño*, más aún, precisamente en él, incluso en el despreciado y en el indigno, pero sobre todo en el indefenso que es incapaz de afirmarse. El hombre lleno de respeto se siente llamado a dirigir su veneración de manera especial hacia el indefenso. Le resulta evidente ayudar a un niño o a un hombre débil; se siente paralizado por su destino, afectado por él. Si el hombre pretende extraer lo más valioso de su vida, la cual dura sólo unos pocos años que pasan veloces, entonces debe saber que el sentido auténtico de su existencia no consiste en gozar de sí mismo, de su fuerza, sino en llevar a cabo aquello que va a ayudar a la vida, en crear condiciones de desarrollo para la vida, donde quiera que se manifieste.

Esta *grandeza que brilla en el pequeño* se explica en la sagrada Escritura con una misteriosa afirmación: «El que se haga pequeño como este niño, será el mayor en el reino de los cielos» (Mt 18, 4). La grandeza de la pequeñez está escondida en el misterio. Se trata de un triple misterio. En primer lugar, detrás de los pequeños están presentes los seres más poderosos de este mundo, los ángeles: «Mirad que no despreciéis a uno solo de estos pequeñuelos, porque os digo que sus ángeles en el cielo ven siempre el rostro de mi Padre celestial» (Mt 18, 10). En segundo y tercer lugar: de manera todavía más profunda y eficaz aparece la grandeza de los pequeños en que en la pequeñez se hacen inmediatamente presentes el Dios hecho hombre y por medio de él el Padre todopoderoso: «El que reciba a uno de estos niños en mi nombre, a mí me recibe; y el que a mí me recibe, no me recibe a mí, sino al que me ha enviado» (Mc 9, 37). Tres afirmaciones impresionantes que deberíamos meditar profundamente. Los seres indefensos, los desamparados son de tal manera algo santo que están protegidos directamente por la realidad de la creación y de la trinidad. Todos los hombres

grandes de verdad protegen a los niños, a los indefensos, a los débiles y a los que han sufrido alguna desgracia; van a su encuentro con confianza, sin ninguna intención pedagógica sino como cosa natural. Esta actitud hace el bien, libera, consigue que todos los que tenemos que vivir juntos en el estrecho marco de nuestro mundo lo hagamos sin herirnos mutuamente.

El hombre que muestra a todos respeto con una gentil cortesía y con diligencia sencilla, triunfa siempre y en todas partes de modo radical sobre lo que amenaza con sofocar la misma vida. «Sofocar-la-vida» es algo a lo que muy difícilmente podemos dar un nombre. Quizá la descripción más adecuada fuera «el-pensar-mal-de-la-vida». Se componen del afán de poder, hastío y envidia. Por el contrario, lo positivo que resplandece en un hombre que *piensa bien de la vida* es una actitud de acogida, el querer bien y la bondad. En cualquier lugar en donde se tropieza uno de estos hombres con la vida, su primer impulso no es el de desconfianza y crítica sino el de respetar, aceptar y ayudar al desarrollo.

Ya aquí comenzamos a sospechar lo difícil que es para nosotros el hacer resplandecer tal bondad en el mundo. El bueno experimenta continuamente el sufrimiento. Pero el sufrimiento exige ser comprendido; requiere ayuda y compasión. Esto cansa y exige un *esfuerzo* que a veces consiste sólo en saber encontrar una palabra precisa que pueda aliviar la necesidad en que se encuentra un hombre en un determinado momento. Es necesaria también una gran *paciencia* para escuchar el lamento de los hombres y comprenderle en su peculiaridad. Muchas veces nos sabemos de memoria qué nos van a decir. El sufrimiento humano es con frecuencia tan banal que tenemos que contenernos con toda la fuerza para no descubrir de modo violento su insulsez y falta de originalidad. Y sin embargo para el que lo padece se trata de un sufrimiento único.

La veneración debe prepararse a acoger continuamente con paciencia al mismo sufrimiento y a no decir al otro, que quizá se lo toma demasiado en serio: me aburres con tu eterno lamento. Con frecuencia servirá de aliento una tácita e íntima *sonrisa* sobre la singularidad de la existencia humana, una sonrisa que nos prepara para salir de nuevo al encuentro de la necesidad del otro con bondad y comprensión. Para ello se necesita silencio interior y serenidad. Esta veneración silenciosa alimenta la vida y brota de él una benévola comprensión.

Comprender significa en primer lugar que el hombre desarrolla una finura de sentimientos y una capacidad de vibrar al unísono, que es capaz de superar la lejanía existente entre los hombres. De este modo surge una comunión de benevolencia. Pero esto únicamente se consigue por medio de la experiencia, una experiencia que sin duda es maestra: la mirada se hace cada vez más clara, el sentimiento más sensible, la adaptación más fácil. Todo esto es sólo posible si el hombre sabe liberarse de sus relaciones instintivas de simpatía-antipatía y trata de aceptar al otro como es. No se puede dividir el mundo en simpático o en antipático, sino que hay que decir a cada ser: tienes derecho a ser tal como eres.

Esta actitud silenciosa, bondadosa y llena de comprensión ante el ser extraño es a la vez *humildad*. Se esfuerza sobre todo por no hacer la vida peor de lo que es. Cuanto más se penetra en el mundo del corazón, se da uno cuenta mejor y más profundamente de que cada palabra odiosa que se pronuncia envenena el aire a toda la humanidad; que cada mentira y cada violencia arrojan la existencia de nuestros prójimos a una confusión aún más profunda. El hombre lleno de veneración por la vida de los demás reza de este modo: Señor, he ocasionado mucho mal en tu bello mundo; tengo que soportar pacientemente lo que los demás son y lo que yo mismo soy; concédeme que pue-

da hacer algo para que la vida sea un poco mejor allí donde tú me has colocado.

Esta humildad intenta realizar el urgente mandato de Cristo: «No juzguéis» (Mt 7, 1). Se cae en la cuenta de que la mayoría de los juicios de un hombre sobre otro, en el fondo, no son sino afirmación de sí mismo: tú me eres simpático, el otro no; a ti puedo necesitarte, al otro no. De esta forma se va desvelando poco a poco la santidad del ser a quien piensa bien de la vida. La mirada de uno de estos hombres sabe descubrir en nosotros lo que todavía no somos, pero que deberíamos ser, despierta en nosotros posibilidades y esperanzas que están latentes. De esta manera aprendemos que nosotros mismos, a pesar de nuestra pequeñez y mediocridad, somos grandes de verdad y nos hacemos conscientes de nuestra propia santidad.

Veneración a la propia existencia

Si uno intenta aceptar su propia existencia como santa, es decir, como inviolable y digna de respeto, entonces está realizando la *liberación*.

En primer lugar y de manera singular la *liberación de uno mismo*. Se da cuenta de que lo auténtico, lo verdaderamente merecedor de veneración en la propia existencia no es el propio yo, sino lo que resplandece detrás de él: la alteridad misteriosa. El que con toda honradez se aprecia a sí mismo, no es a él a quien se aprecia. ¿Quién soy yo para poderme apreciar con mi orgullo, mi ridiculez y mi cansado fracaso? Y sin embargo descubro en mí una frontera que limita con lo absoluto y sobre la que no puedo decir nada; noto también que avanzo hacia lo infinito, hacia algo sublime, más allá de lo que podría expresar; que soy infinitamente más, que conozco infinitamente más, que intuyo y aspiro a más de lo que nunca pudiera

realizar; descubro que este infinito inefable me es más cercano que mi propia mismidad, que por tanto no soy yo mismo; descubro que no puedo afirmar nada sobre esta característica de mi existencia ni siquiera a modo de semejanza, ya que dicha semejanza sería contrariada por una desemejanza casi mortal y precisamente por eso vivificante. Soy digno de respeto en lo que yo no soy y que sin embargo pertenece a mi existencia; a esta sacralidad que encuentro en mí la debo una veneración particular. Debo aceptarme: mi situación vital, mi ambiente, mis amigos, mis fallos, mi época histórica, mi destino externo e interno, la orientación de mi vida, mi carácter, mi espantosa mediocridad, mi perplejidad. De este modo digo sí a los demás, a lo inefable, a lo absoluto y definitivo. Ser un hombre auténtico consiste en experimentar en la limitación finita una infinita liberación y en vivirla de manera creyente para los demás. En la liberación de mí mismo aparece mi propia mismidad.

Esta liberación de mí mismo significa al mismo tiempo un *tomar distancia del mundo*. Con la palabra «mundo» indicamos nuestros instintos, prejuicios y reflejos nerviosos. Lo auténtico de la existencia humana se eleva sobre todo ello. El hombre no puede agotarse en sí mismo, en sus atascamientos y prejuicios, en sus decisiones provisionarias, en la fuerza de la cotidianidad, en sus posiciones definitivamente conquistadas. Lo auténticamente humano consiste en percibir lo imponderable, lo nuevo; consiste en la apertura y en la disponibilidad del ser humano a una insospechada plenitud.

Si el hombre quiere ser verdaderamente hombre tiene que saber decir no a la limitación de su propio ser y de su mundo. Tiene que introducirse en lo impenetrable. No puede estar satisfecho de sí mismo, de sus amigos, opiniones y convicciones, del «buen Dios» que se ha fabricado. De este modo se apodera del hombre una santa

despreocupación, una osadía vital, un obedecer a la voz de lo todavía-mayor. ¿De qué nos sirve el permanecer siempre lo mismo y que el mundo permanezca sólo mundo, si de lo poco no conseguimos algo más?

La veneración por nosotros mismos significa, por tanto, una apertura hacia lo absoluto que vive en nosotros. Tal forma de vida — lejos de sí mismo y de la mezquindad del mundo, es decir, una vida de veneración incondicional — es verdaderamente una exigencia. Si queremos llegar a ser hombres, nos creemos capaces de cualquier cosa; la autenticidad humana exige valentía. Resulta muy difícil el aceptar la vida de los demás y nuestra propia vida. Pero esto es precisamente lo que quiere Dios de nosotros. Ésta es la razón por la que resulta imposible superar la vida humana de forma puramente humana. La veneración al hermano y a uno mismo, presuponen una veneración todavía mayor: veneración a Dios.

Veneración a Dios

Esta expresión encierra un doble sentido según el significado objetivo o subjetivo que se le dé.

Veneración por el hombre ante Dios. También este aprecio debe ser logrado a través del esfuerzo. Para llegar a ser familiares de Dios, para saber estar con él, es necesario un esfuerzo propio, la práctica de la oración. Esta práctica tiene que ser querida, superándose a sí mismo; debe ser hecha con fidelidad, siempre de nuevo, siempre desde el principio. El hombre tiene que encontrar tiempo para orar; de este modo alcanzará, como gracia inmerecida, la cercanía de Dios. Un elemento esencial de esta práctica es que el hombre se abra totalmente a lo absoluto; no debe buscar en Dios su propio provecho, sino sólo abrirse, entregarse sin reservas.

Precisamente en la medida en que el hombre se entrega desinteresadamente al absoluto crece en él lo auténticamente humano. El hombre está sencillamente presente, sin alardes. La exterioridad se abandona del todo y brilla la autenticidad, que invade la existencia humana. Esta total liberación del hombre de sí mismo ante lo absoluto, se llama *adoración*. Sólo Dios es bueno; sólo él es digno de adoración; sólo él es grande. En la adoración el hombre se inclina ante el absoluto. No sólo profundamente, sino hasta llegar a lo absolutamente profundo. No sólo hasta la frontera interior de su intimidad sino más allá de ella, hasta lo más profundo y esencial. Tal adoración obra como luz pura, como aire fresco. De la adoración surge una confianza incommovible, la conciencia de que a pesar de todas las dificultades e incertidumbres, a pesar de todas las fuerzas que nos atacan, a pesar incluso del propio yo, estamos seguros y protegidos por la omnipotencia de Dios.

Nos debería hacer pensar el que en la oración cristiana se multipliquen las peticiones, las acciones de gracias e incluso la alabanza, mientras que la adoración, acto esencial en la relación con el absoluto, apenas se da. Ciertamente la adoración hoy resulta difícil; por eso tiene que llevarse a cabo con esfuerzo. Experimentamos diariamente tantas impresiones, exigencias y obligaciones, que corremos el peligro de abandonar la adoración, de no concentrarnos en el punto central que da sentido absoluto al ser; corremos el peligro de no poder estar ante él de manera totalmente desinteresada, sin decir nada, sin hablar, a lo sumo diciendo la palabra más esencial de nuestra existencia: tú. El trasiego cotidiano de nuestro mundo ha desplazado y soterrado a Dios. Tenemos que «luchar» de nuevo para lograr una adoración viva. Sin ella faltará el aprecio a nuestros hermanos y a nosotros mismos. Pero, ¿cómo quiere Dios que le adoremos?

Veneración de Dios a los hombres. El absoluto nos ha «hecho fácil» la adoración al abandonar en Cristo su inaccesibilidad. Este es el misterio de la encarnación: Dios está entre nosotros, sin protección, expuesto a nuestras palabras y obras. De este modo nos libera de las ataduras de nuestra pequeñez. Por él lo intocable se hace tangible y accesible lo inaccesible. Dios se comporta con tal «delicadeza» que nos sale al encuentro por todos los caminos.

La santa delicadeza de Dios comenzó mostrándose en el acto de nuestra creación. Podemos sintetizar la obra de la creación como acto de veneración. En la Escritura leemos: «Dijo Dios: hágase, y fue hecho». Por medio de una silenciosa y sencilla palabra, nos creó. Suavemente, sin ruido creó el mundo, la vida y la humanidad con la facilidad de su omnipotencia. La discreción es la verdadera característica de la creación. Dios no nos chilla, no nos fuerza al crearnos, sino que deja sitio al ser, retira su omnipotencia y su ser que lo llena todo, para que podamos existir. La creación es un contacto suave, infinitamente delicado, una veneración hacia el ser.

Esta delicadeza de Dios que se llama creación se hizo en Cristo todavía más delicada, más discreta, más suave. En Cristo Dios ha honrado a la humanidad entera y por tanto a cada uno de nosotros. «Mira, que estoy a la puerta y llamo» (Ap 3, 20). La fuerza de Cristo era muy suave: «No disputaré ni gritaré» (Mt 12, 19). El que habló así de sí mismo era aquél — esto es lo que debemos considerar en la oración — al que «ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra» (Mt 2, 18) y que podría haber hecho pedazos todas las cosas con una vara de hierro «como se rompe un vaso de barro» (Ap 2, 27). No luchó nunca contra nadie ni humilló a ningún hombre. Su ser, inundado de una veneración cósmica a toda la creación, era un abrazo amoroso a la vida en germen, amenazada y expuesta, un gesto de respeto. Irradiaba una paz que llegaba a

todo, incluso a los animales. Una mirada profunda a la figura íntima de Cristo nos permite comprender la frase insignificante del evangelio de Marcos: «Permaneció cuarenta días en el desierto en medio de fieras salvajes» (Mc 1, 13). El reino de la paz con el que el hombre siempre había soñado entró con él en el mundo.

El paciente Job intuyó esta delicadeza encarnada de Dios: «No temerás la desventura si viniere. Te reirás de la devastación y del hambre, no temerás a las fieras salvajes. Harás alianza con las piedras del campo y paces con las bestias de la selva» (Job 5, 22-23). E Isaías de modo aún más penetrante dice: «Gozaos y alegraos por lo que voy a crear... Antes que ellos me llamen les responderé yo. Todavía no habrán acabado de hablar y ya los habré escuchado» (Is 65, 18. 24).

Deberíamos meditar aquí sobre todo cómo defendió Cristo a los pecadores delante de los justos (Lc 5, 31; 15, 1-7; 18, 9-14); a los indefensos contra los poderosos (Mc 10, 14); a María ante Marta y Judas (Lc 10, 41 y Jn 12, 7). En Cristo aparece entre nosotros un Dios que renuncia a hacer sufrir a cualquier ser. Con ello se convirtió en «el guía de la vida» (Hech 3, 15). Él nos prometió que seremos saciados, que llegará un día en el que podremos reír abiertamente, que heredaremos una tierra que durará eternamente. Qué poco hemos comprendido esta discreción de Dios. A todos nosotros se nos pueden aplicar las palabras dichas a Pedro: «Vuelve a envainar tu espada» (Jn 18, 11).

Todos encerramos en nosotros un innato desprecio que oscurece el rostro de Dios en el mundo. Este desprecio se compone de egoísmo, incapacidad de amar, aversión y rechazo. Sólo nos será accesible la auténtica humanidad cuando descubramos en los demás, sobre todo en los pequeños e indefensos, la grandeza; si nos esforzamos por desarrollar en nosotros al hombre auténtico que piensa

bien de la vida; si ejercitamos la paciencia intentando comprender a los demás y no juzgamos a nadie. Esto nos libera para lo auténticamente humano, nos libera de nosotros mismos y nos distancia de la miseria de nuestro mundo cotidiano. De este modo nos hacemos disponibles para la adoración, para una existencia serena en la presencia del absoluto. Pero se trata de algo tan difícil que el mismo Dios «tuvo» que hacerse hombre para que supiéramos cómo se puede vivir en nuestro mundo esta serenidad delicada, callada y suave, que se llama veneración. La auténtica humanidad sólo es posible a partir de Cristo. Y al revés: donde se realiza una humanidad auténtica allí está Cristo presente.

Hemos meditado sobre dos virtudes, sobre dos maneras de conseguir una humanidad auténtica: la sinceridad y la veneración. A través de ellas aparece una nueva dimensión del ser en el mundo, el *altruismo*, que expresa una experiencia humanamente originaria: la vida solamente se nos da si la ayudamos a desarrollarse. O de un modo aún más profundo: todo nace de la donación. Esta experiencia nos abre nuevos horizontes. Pero aún nos queda algo por hacer. No es suficiente el ejercicio de la sinceridad y la veneración en nuestro mundo. Si queremos ser desinteresados, no podemos contentarnos con ser solamente desinteresados. Tenemos que entregarnos aún más, tenemos que «desgastarnos». Tenemos que llegar a ser cada vez más una sola cosa con el hermano y así hacernos más auténticamente humanos y acercarnos aún más a Dios. Nuestro altruismo tiene que desembocar en el servicio. Sobre esto hablaremos en las dos meditaciones siguientes.

MEDITACIÓN SOBRE EL RESPETO

EN esta tercera meditación profundizaremos cuanto hemos indicado hasta ahora. Hemos visto cómo nuestro ser, al vivir honradamente la veracidad y la veneración, se concentra cada vez más en el tú, en el hermano y cómo se hace cada vez más «desinteresado». Precisamente en el altruísmo experimenta el hombre de modo más acusado que el ser es santo, digno de respeto. De aquí brota el coraje para vivir, el coraje para la entrega y el servicio. No se trata por tanto de una actitud confusa, sino de una exigencia que nos lleva a abandonarnos a la vida con alegría y con una serena benevolencia. El haber experimentado la sacralidad del ser nos impulsa a protegerla con una entrega activa, sobre todo cuando ese ser está amenazado. Se pone uno al servicio de la vida.

Pero esto solamente puede ocurrir cuando se respeta la vida, cuando se la honra y se la ayuda a ser más bella, aún más viva. De esta manera la vida se hace «intensa». Se encuentra de nuevo gusto por la vida, por la felicidad, pero sobre todo por la alegría de los demás. Se empieza a ayudar a los demás para que encuentren la orientación de su vida, para que se liberen de todo aquello que les pudiera cerrar el camino a la felicidad; se les promete más vida y se les confirma su derecho y su deber a vivir,

a desarrollarse; se despierta en ellos un santo entusiasmo por la felicidad. De esta forma se da más ímpetu y agilidad a la vida, se la honra y se desarrolla, se logra en los demás una vida más plena y una autenticidad más segura. Se «honra» una criatura cuando se le atribuye un suplemento de ser, más aún, cuando «se le exige» más de lo que la apariencia externa directamente nos muestra, es decir, que por debajo de la mera apariencia se descubre en ella algo más grande, más digno y más elevado, a lo que prestamos nuestra ayuda para que se desarrolle. Para esto es necesaria una buena dosis de magnanimidad; una simpatía hacia lo grande, convertida ya en carácter.

Pero para poder corresponder a la vida con ese respeto, para poder aumentar en el ser lo que es bello y nos hace felices, es necesario que el hombre sepa experimentar con su propio esfuerzo la belleza y excelencia del ser. ¿Hacemos esto? ¿Somos entusiastas de la vida? Desgraciadamente nuestra meditación ha de comenzar de nuevo con una descripción negativa.

Generalmente la vida se nos hace pesada y mustia. A veces no podemos más. Lo que apenas hace unos años nos alegraba y despertaba en nosotros el amor, nos parece de repente indiferente e incluso molesto. Nos contentamos con ir tirando. Ya no sentimos gusto por la vida, ya no nos atrae lo que está vivo: nos vamos contentando con soportar, con ir tirando fatigosamente. Todo pierde su color y se hace aburrido. No se tiene ya ningún interés por lo que se hace. Esta gran desilusión que nos produce la vida se manifiesta en un humor amargo, en juicios distraídos y en ceños fruncidos. Hacemos aquello que estamos obligados a hacer. Soportamos el propio destino. Pero el cansancio se apodera de nosotros. La alegría desaparece. Nos refugiamos en diversiones para escapar de un aburrimiento todavía mayor. Nos quejamos (esta es una mala señal) de estar agobiados por el trabajo y

por las preocupaciones. Todo se nos hace inútil y trivial. No encontramos gusto en nada. Nos incapacitamos para saborear lo bueno de la existencia.

¿Qué hemos alcanzado en la vida? ¿Hemos conseguido realmente algo? La profesión que al principio se tomó con gran entusiasmo se hace poco a poco pesada, incluso llega a perder su sentido. El trajín diario, el trabajo estúpido, las cosas sin provecho, sin sentido. ¿Cómo vamos a encontrar todavía alegría en las cosas que con tanta frecuencia hemos traicionado?

También las personas que nos rodean nos resultan aburridas: ya les hemos dicho todo lo que nos parecía interesante; ya no podemos decir nada más que sea verdaderamente importante; por otra parte tampoco esperamos gran cosa de los demás. Surge en las relaciones con los demás hombres un aburrido vacío, una indiferencia desmoralizante. En las circunstancias tristes nos entristecemos y en las alegres nos alegramos, sencillamente porque las cosas son así. Empezamos a no tomar ya las cosas de manera tan trágica. Todo se hace vago. Sólo se tiene una exigencia, la de «dormir», quizá no tanto física cuanto existencialmente; no queremos luchar más; quisiéramos que todo nos saliera sin dificultades y nos colocamos una máscara de actividad y decencia para ocultar tras ella nuestro sueño. Si nos despertáramos nos daríamos cuenta de que había que cambiar todo. La vida se ha empequeñecido en mí. ¿Debo salir de nuevo al aire libre? Entonces, mejor mi indiferencia y cansancio; al menos se puede seguir viviendo, aunque sea con breves respiros, con pequeños pasos, como un sonámbulo: al menos se aminora la angustia ante lo que es grande y totalitario en sus exigencias.

Esta perniciosa tibieza es una especie de anemia espiritual; es la consecuencia de un continuo «ceder». Lo vivo de la existencia se descompone poco a poco. Al principio

quizá no se nota nada. Pero súbitamente todo deja de crecer; los árboles de la propia existencia cesan de producir frutos; la tierra buena se convierte en pedregal. Incluso el pecado se convierte en costumbre, en una parte de mí mismo a la que odio y a la que sin embargo no puedo abandonar. Un vacío mortal me rodea. Ya no soy nada, sólo cansancio, de mí y de los demás. He dejado de amar la vida. Soy un muerto aún antes de mi muerte.

Éste es el círculo en que me muevo. Las horas transcurren mudas y melancólicas. Ya no tomamos partido, ni juzgamos la situación; se deja que los demás decidan sobre la vida. Se convierte uno en silencioso espectador de sus propias acciones, lejos de la vida, lejos de sí mismo, en una pavorosa ausencia. Se va desarrollando una extraña costumbre que, en su forma positiva, sólo se encuentra en los místicos: se elimina casi toda la conciencia y se aprende a resolver incluso los trabajos más importantes con un mínimo de inteligencia y de sentimiento. Los sentidos perciben todavía el color, el gusto, el olor y las formas; sin embargo todas estas impresiones no llegan a penetrar en nuestro yo. Externamente se lleva una vida independiente. Se puede tomar parte en reuniones y conversaciones, pronunciar palabras inteligentes, incluso dar conferencias que conmuevan. Pero mientras el cerebro y los labios realizan este trabajo y mientras el hombre se va convirtiendo en una personalidad conocida e importante, se permanece lejos, se vive la propia vida, cerrado en sí mismo, sin incentivo para lo más grande y lo más bello.

A veces este hombre puede ejercer incluso una potente fuerza de atracción. Los compañeros son atentos con él, hablan de él, le halagan, tratan de conquistarle, se sienten impresionados y conmovidos por él, pero en el fondo también se sienten molestos. Él no busca a nadie y sin embargo atrae. Esto es quizá lo más extraño de este hombre vacío interiormente. Frecuentemente irradia una fuer-

za intensa; una fuerza sin objeto, que, impotente, se envenena a sí misma. Reina en él una sorprendente frialdad interior, aunque externamente se muestre delicado y amable. En realidad existe también una poderosa e intensa frialdad, una pasión fría: ¡el hielo a veces puede llegar a quemar! Los hombres que viven a su alrededor sospechan que está cargado de misteriosas riquezas, pero en su interior permanece amorfo, sólo se encuentra vacío. Como si la vida se hubiera «congelado» en él.

Pero este hombre no está sólo alejado de los demás sino de sí mismo. Si el corazón no vive, el hombre está como «bloqueado en sí mismo». De esta forma nace la lejanía existencial: no se puede penetrar en él ni explorar su interior. Está cerrado. Pero en su interior no hay nada que merezca la pena de ser protegido por esta cerrazón. Resulta inalcanzable, no puede beneficiar ni ayudar a nadie, no puede pertenecer a nadie; no puede recibir, no puede enriquecer con lo que únicamente hace rico: el amor que se entrega a sí mismo.

Cuando uno de estos hombres vive en sociedad puede aparentar una fuerza fascinante, pero en él hay algo muerto. Existe, pero no experimenta la existencia. Piensa, pero no lleva sus pensamientos hasta las últimas consecuencias. Trabaja con los hombres, pero no vive las relaciones humanas. Con su capacidad, con su genialidad abstracta, produce en los otros una emoción que enciende todo su ser para después abandonarlos, deshonrarlos y destruir su grandeza.

Pero no continuaremos con esta «fenomenología negativa». Habría todavía que decir muchas cosas, sin embargo es mejor dejarlas para que cada uno las analice en su propia conciencia. Solamente pretendíamos describir el camino descendente que nos lleva a descubrir la falta interior de vida; apuntar los momentos de peligro a los que todos estamos expuestos: el «deshonrar» la vida.

Superar este vacío interior es quizá nuestra tarea más importante en el mundo y ante Dios. Debemos dejar madurar la vida hasta que consiga en nosotros y por nosotros su forma plena.

Respetar al prójimo

El otro no se nos «da» inmediatamente. Tenemos que «buscarlo» cada día dejándonos conducir por la lealtad, tenemos que salir a su encuentro con confianza. Pero, ¿qué es lo que fundamenta esta confianza? Sólo la confianza. Apenas se puede fundamentar. Precisamente en ello está la grandeza, el gran «sin embargo» del respeto, es decir, la confianza en la vida. Si el hombre, a pesar de todas sus desilusiones, permanece junto al otro, entonces va creciendo lentamente algo que ayuda, que ofrece bondad y que trae esperanza. De repente surge una nueva promesa. El mundo experimenta a través de nosotros su vitalidad, su belleza y su dignidad. El otro es sólo dichoso si lo aceptamos como felicidad, de tal manera que se note que somos felices por él. Hacer felices a los demás aceptando su ser como felicidad, esto es el respeto desinteresado.

Se respeta al ser extraño cuando se le *acoge* sin reticencias: acto que se realiza solamente en la silenciosa y siempre más intensa fatiga de aceptar el ser del tú. No se espera a que sean los demás quienes acepten nuestro ser, quienes nos busquen, sino que somos nosotros quienes nos preocupamos por ellos, quienes compartimos sus preocupaciones y quienes nos hacemos responsables de ellos. Esta silenciosa acogida y esta activa preocupación aumentan en el mundo el resplandor y la luz.

Bajo esta actitud yace una extraña *fragilidad*, de la que sin embargo mana fuerza: el desprendimiento que

acepta el destino, que no condena ni juzga, al menos radicalmente. Pues en realidad no se acepta el destino ajeno sin que no se mezcle algo de sus propias exigencias, sentimientos y autoafirmaciones. En cuanto que este desprendimiento afirma toda la existencia del otro, se va convirtiendo en una fuerza que eleva. No supera el presente en lo imposible y utópico, sino que intenta despertar la vida, encontrar una salida en una situación desesperada. Se preocupa por los demás, intenta valorar y examinar las situaciones, abrir un camino.

Resulta conmovedor ver cómo florece la vida cuando se le da *confianza*; cómo cambian los hombres cuando se les valora y se les trata en función de ese valor; cuando por medio de un silencioso y discreto respeto se les muestra que encierran en sí algo bueno, bello, digno de amor, algo que vive en ellos como una promesa aún no desarrollada. Sin esperanza en lo grande la existencia humana se atrofia, perece la misma vida. Pierre Teilhard de Chardin escribe sobre esto certeramente:

Aunque los llamados técnicos y críticos dicen que la nueva generación es menos ingenua que la pasada y que ha dejado de creer en un futuro y en una plenitud del mundo, ¿han pensado los que tales cosas escriben que todo movimiento espiritual desaparecería del mundo si tuvieran razón? Parecen creer que la vida trazaría pacíficamente su círculo aun cuando se viera privada de la luz, la esperanza y la seducción de un futuro inconmensurable. Quizá daría flores y frutos durante un par de años todavía, pero por pura fuerza de inercia. Su tronco estaría separado de las raíces. Aun cuando la humanidad tuviera a su disposición cantidades ingentes de energía material, sin este amor a la vida, pronto dejaría de querer crear una obra que sabe condenada sin remisión. La humanidad se sentiría herida en el impulso de su fuerza motriz, se disolvería por odio o rebelión y se convertiría en polvo.

Esto nos muestra que la esperanza, un optimismo radical y el «gusto por la felicidad» forman el elemento

característico de la vida del hombre. Al día humano le corresponde esencialmente y en doble sentido el comenzar como mañana: como *la* mañana y como *el* mañana. Como el frescor naciente que despeja la noche y como el porvenir que, detrás del hoy, subyace en el futuro. Liberación de la opresión y del aire viciado, apertura al aire fresco y a amplios horizontes, esto es lo que exige la vida. *Incipit vita nova* — la vida nueva comienza —, así expresa Dante el talante fundamental del hombre que va creciendo en la vida. También Pablo afirma lo mismo: «Andemos en una vida nueva» (Rom 6, 4). La esencia del hombre se desarrolla en la grandeza de ánimo; éste es el impulso escondido del alma, la expansión del espíritu hacia la grandeza todavía esperada; los antiguos lo indicaron con la expresión *extensio animi ad magna*. El respeto es conservar, o mejor, alimentar en el hombre esta apertura a lo grande.

¿Puede el hombre salir de sí mismo, conseguir este desprendimiento? ¿Cómo puedo hacer del otro un hombre que se supera? ¿Cómo puedo mantener abiertos a mis amigos? ¿Cómo puedo hacerles comprender que la vida comienza precisamente ahora y que la verdadera encarnación del hombre está en camino todavía? La única solución es reconocer en los demás algo más grande, demostrarles con mi actitud ante ellos que su vida está abierta a una plenitud absoluta.

Por lo demás este es también el sentido de los *sacramentos*. Sacramento significa que un acto humano encierra en sí un valor absoluto, algo digno de un respeto absoluto. El agua, con la que diariamente nos lavamos; el estar fuertes y el crecer; la comida como expresión de una íntima y recíproca convivencia; la conversión de una existencia descarriada en el arrepentimiento y en el coloquio lleno de benevolencia humana, gentil y amistosa; la tendencia hacia lo absoluto e incomprensible; el amor rea-

lizado con cuerpo y alma, la ayuda a los demás, la sexualidad vivida fielmente; el acompañar a los enfermos, a los que sufren y a los que mueren, y en general la realización fiel de nuestra vida diaria: todo ello esconde infinitos misterios y por eso un valor absoluto. Los sacramentos significan que nuestra vida está esencialmente abierta, que el hombre encierra en sí una *autotrascendencia* (auto-superación) inalcanzable y que sólo en ella y por ella es hombre. Nosotros anunciamos todos los sacramentos, más aún, los acercamos — implícitamente, es decir, inclusiva o anticipadamente — a aquellos hombres que respetamos y a los que creemos capaces de ser más de lo que pueden aparentar.

Lo que debemos demostrar a los demás con nuestro *respeto*, no es una simple fe en el progreso, sino una fe en un futuro absoluto, insuperable, que vive ya en todos nosotros. Sólo a partir de ese inexpressable e insuperable misterio puede afirmarse y realizarse el desarrollo y el progreso humanos. Únicamente en un mundo proyectado hacia una plenitud absoluta se puede esperar humanamente, se puede estar alegre: no me puede «pasar» nada. Incluso si no consigo nada, incluso si mi vida se desmorona, si pierdo toda perspectiva, permanece intacto mi misterio interior, mi futuro absoluto. En la medida en que penetro en este misterio absoluto alcanzo lo esencial de mi ser.

Este talante fundamental de la *serenidad* existencial debe resplandecer en todo cristiano que vive en este mundo; todo cristiano debe experimentar que la vida está «liberada» de verdad. Hay un futuro absoluto por delante de nosotros. Seamos por tanto hombres que impulsan la vida hacia adelante. Por otra parte, este misterio que llevamos en nosotros es además una gracia individual, un misterio personal, un *carisma* insustituible. Mi vida encierra algo insustituible: una tarea absoluta. Si yo falto

del mundo, si no me perfecciono humanamente, entonces no solamente falta «algo» en el mundo, sino que éste se oscurece y se hace opaco. Soy indispensable en el mundo. El demostrar con palabras, con hechos, con la convivencia y en general con toda mi actitud que el otro es indispensable, se llama respeto; no es todavía amistad y amor, pero crea en el mundo un lugar para la amistad y el amor; es una simpatía hacia todo el ser del otro.

Quien trata a los demás con esta simpatía fundamental y universal (todos hemos experimentado lo difícil que resulta), ejercita la virtud del respeto que desarrolla la «persona». En la autodonación y en el olvido de sí mismo se crea una nueva naturaleza. En el respeto a los demás, la propia persona llega a ser verdaderamente «sí misma», alcanza el núcleo esencial y vive ese proceso existencial que podemos llamar autorrealización.

Respetar la propia existencia

Si nos acercamos a otro hombre con el respeto que da confianza y que reconoce su insustituible absoluteidad, descubriremos que también nuestra propia existencia es «digna de respeto». Es un hecho singular. La personalidad es estable y al mismo tiempo flexible. Esto nos distingue de los animales. Un animal está «estabilizado»; vive seguro, guiado por sus instintos; fijo en su ambiente, a pesar de la lucha frecuentemente enconada, por la existencia. El hombre por el contrario, debe buscar desde el principio su puesto en el mundo y en esta búsqueda tropieza y se equivoca con frecuencia. Es inestable, excéntrico, existencialmente no consolidado, inseguro. La «estabilidad», el encontrar la propia existencia, la propia persona, es lo que antes denominábamos como autorrealización. Se adquiere cuando el hombre descubre lo abso-

luto en otro hombre y lo respeta. El hombre se hace esencial, reconociendo la esencialidad de los otros. De este modo logra un crecimiento del propio ser en profundidad.

Este hombre que describimos es, como antes decíamos, *sereno*. Ha descubierto en la vida una dignidad, un significado santo que no puede ser amenazado por ningún peligro externo. De esta manera vive en una tranquila imperturbabilidad de ánimo. No es fácil quitarle la calma en las distintas situaciones de la vida, en el dolor y en la alegría, en el peligro y en el miedo. Sólo los que pueden tratarle más íntimamente se dan cuenta de que detrás de esta serenidad con frecuencia late un gran *ardor espiritual*, un ardor que no destruye sino que crea y conserva.

La serenidad sostenida por una alegre vivacidad, es justamente lo contrario de la dejadez; es *fuerte*. Al mismo tiempo es una conmoción del alma internamente inquieta, viva y abierta a múltiples estímulos. Por ello un hombre de este tipo es interiormente *dinámico* a pesar de su impasibilidad e imperturbabilidad (que no se ha de confundir con la indiferencia). La agilidad de su entendimiento se muestra en sus encuentros comprensivos y en la receptibilidad de todos los estímulos; la movilidad de su corazón en su simpatía y generosidad. Este hombre es autoconsciente e incluso — si se interpreta bien la palabra — «orgullosa», consciente de su profunda dignidad, de una dignidad que no proviene sin embargo de él y que no está fundamentada en su esencia. Por eso esta actitud de auto-respeto está siempre unida a la *humildad* que no se envanece y que es modesta delante del absoluto y de los demás hombres. Esta humildad se convierte en una silenciosa *disposición para el sacrificio*. La realidad del mundo no le impide crecer hasta el infinito, darse si es preciso. De esta manera quien respeta a los demás hombres crece en riqueza, profundidad e intensidad de espíritu.

En él reconocemos una forma peculiar de *eficacia*; vive y obra «en virtud del espíritu», para expresarlo con palabras bíblicas. La acción procede de la claridad y diaphanidad de su ser, de una sencillez creadora y fecunda. Está identificado con su destino, que no le angustia, pues está por encima de las angustias, miedos, conmociones e imprevistos de la vida; vive tranquilamente «con» su destino y éste a su vez con él. De esta manera podemos comprender el que posea una capacidad peculiar para la amistad, el encuentro y el amor. Su ser se abre a los demás porque pretende descubrir en todas partes el misterio en el que él y todos los seres estamos sumergidos.

Esto nos muestra un nuevo rasgo esencial de su existencia, la *melancolía*, que no es otra cosa que la experiencia de la grandeza de la existencia y al mismo tiempo la experiencia de una profunda incapacidad para realizar esta grandeza. Propiamente es sólo nostalgia. Es la «necesidad del nacimiento» del absoluto en la existencia finita; la inquietud que experimenta siempre el hombre que debe vivir en la proximidad del absoluto. Éxtasis y tormento a la vez. Tales hombres experimentan el «abismo», una ruptura de los niveles. Su vida cotidiana se quiebra al estar bajo la responsabilidad de una experiencia de lo absoluto y de lo que es digno de respeto absoluto. Al mismo tiempo se quiebra su camino hacia el absoluto, ya que como criaturas tienen que vivirlo de manera limitada y no pueden producir jamás por sí mismos este absoluto. Sin embargo ésta es la situación auténticamente humana: la situación del límite.

Es relativamente fácil hablar sobre esta melancolía esencial, pero es muy difícil soportarla. La melancolía, la experiencia íntima sobre la importancia del significado de la vida, puede devaluar muchas cosas, degradar muchas formas y muchos valores, hacer muchas cosas accidentales e incluso llevar al hombre hasta el vacío y el tedio.

Por otra parte el hombre «melancólico» guarda la más profunda relación con la plenitud de la existencia. Puede percibir la luminosa variedad del mundo y oír toda la gama de sonidos. El melancólico es aquél en el que el exceso del flujo vital se desborda y tiene en cuenta la libertad de toda existencia. Su existencia es «suprafinita», es decir, «tiende al infinito». Precisamente en el enriquecimiento de su ser siente la propia insaciabilidad, un vacío más profundo, una desolación, y de nuevo la añoranza.

La inquietud y la insaciabilidad de la existencia son la prueba del otro, más aún, del absolutamente-otro. Y con ello nos encontramos ante la paradoja de que el hombre solamente se encuentra a sí mismo, solamente puede reconciliarse consigo mismo, cuando vive más allá de sí mismo, cuando experimenta que su plenitud está precisamente en su no-plenitud. Pues la auténtica satisfacción y el total acallamiento de la añoranza es imposible; surge la tristeza y de nuevo la añoranza, una profunda nostalgia al tomar conciencia de que el hombre no puede por sí mismo realizarse plenamente.

Para respetar a los hombres hay que comenzar por respetarse a sí mismo. Pero no se puede uno respetar a sí mismo si no respeta en él lo que trasciende infinitamente a nuestra mismidad: Dios.

Respetar a Dios

Vamos a saltar todos los pasos intermedios para adentrarnos inmediatamente en lo esencial. Hubo un hombre en el que Dios respetó totalmente al ser humano: Cristo. En él ha subrayado incondicionalmente lo infinito de nuestra existencia. Casi todas las frases importantes de Cristo en el evangelio comienzan con el amén, con el sí. En Juan incluso de forma repetida (cf. Jn 1, 51; 5, 19). En Cristo

se pronunció el gran sí a la realidad humana. Sólo pretendemos de la forma más sencilla posible hacer un elenco de las citas de la Escritura que nos muestran de qué manera el Dios encarnado respetó a los hombres.

«Cristo Jesús, el Hijo de Dios, el que Silvano, Timoteo y yo os hemos anunciado, no fue primero “sí” y luego “no”; en él todo se ha convertido en un “sí”; en él todas las promesas han recibido un “sí” Y por él podemos responder “amén” a Dios para gloria suya» (2 Cor 1, 19). «Él es fuego ardiente que consume» (Heb 10, 27), es decir, que arranca al hombre fuera de sí. «Hecho está; yo soy el alfa y la omega, el principio y el fin; al que tenga sed yo le daré gratuitamente del manantial del agua de la vida» (Ap 21, 6). «Pero el que beba del agua que yo le daré, nunca más tendrá sed: el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna» (Jn 4, 14). La plenitud está aquí: «Olvido lo que dejé atrás y me lanzo a lo que está por delante, corriendo hacia la meta para alcanzar el premio a que Dios me llama desde lo alto en Cristo Jesús» (Flp 3, 13-14). «La gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo» (Jn 1, 17). En él «se manifestó la bondad de Dios nuestro salvador, y su amor a los hombres: él nos salvó» (Tit 3, 4). Él nos aseguró: «Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28, 20). El más profundo anhelo del hombre se ha convertido en realidad: «Mirad, yo voy a enviar sobre vosotros la promesa de mi Padre» (Lc 24, 49). Desde entonces el mundo es una apertura total: «Nada se oculta; todo está patente y descubierto a los ojos de aquél a quien hemos de rendir cuentas» (Heb 4, 13). La benevolencia absoluta abraza por medio de Cristo al universo entero: «Recapituló en Cristo todas las cosas del cielo y de la tierra» (Ef 1, 10). Al comienzo de su actividad apostólica dijo Jesús al Bautista: «Déjame ahora pues conviene que

cumplamos así toda justicia» (Mt 3,15). Y verdaderamente la cumplió: «Jesús dijo: todo está cumplido. E inclinando la cabeza, entregó el espíritu» (Jn 19,30). Este inclinar la cabeza en la muerte fue *la* obra a que estaba destinada la vida de Cristo. Dios ha dicho sí en Cristo a nuestra naturaleza humana, con sus mezquindades e insignificancias, pero también con su esperanza y apertura a lo absoluto.

Desde ahora en adelante cuando un hombre piensa en el futuro, cuando respeta la vida, cuando ayuda a la vida en su maduración, cuando nutre en sí la esperanza de algo todavía mayor, cuando se enfrenta a la vida con benevolencia, entonces este hombre está de rodillas, aun cuando vaya sentado en un tren o de pie en un autobús. El pensamiento nunca es capaz de agotar el absoluto, Dios, sus caminos y decisiones.

A pesar de todo, el hombre que respeta a los demás ha llegado a la meta. Cada vez que conoce con amor lo absoluto en los otros, fluye hacia él el absoluto y es absorbido en el Dios encarnado. Su vida es una vida en Dios y precisamente por eso una vida en el mundo. Está orientada desde lo más profundo a Dios. Esta orientación hacia Dios permite a estos hombres repartir fuerzas y vida en el mundo. Pueden ser incluso muy sencillos y hasta puerilmente ingenuos; estos hombres verdaderamente poseídos por Cristo poseen un especial espíritu vivificador y santificador. No son un milagro y sin embargo algo milagroso se manifiesta en ellos. Viven en un estado de teología antigua caracterizada como *fruitio Dei*. Viven en este estado quizá sin saberlo, sin darse cuenta de ello. Estos hombres se han encontrado a sí mismos y a los demás en el respeto a Dios.

MEDITACIÓN SOBRE LA ALEGRÍA

CUANDO preparaba esta meditación sobre el misterio de la alegría cristiana caí en la cuenta de lo rápidamente que agota el hombre su vocabulario cuando tiene que hablar sobre la alegría. Las expresiones nos traicionan. La forma de hablar suena a hueca y artificial. Quizá sea la música la que llegue a expresar más plenamente una alegría intensa. Pero también en ella esto sucede como un veloz coronamiento y un rápido final de una lucha difícil y fatigosa. ¡Qué elocuente es por el contrario el hombre al hablar de su pena, su dolor o su desgracia! Si se quitasen dichos temas de la literatura apenas quedaría algo de ella. Parece como si el hombre se sintiera más en casa cuando se halla en la sima del dolor, que cuando vive en los dominios de la alegría. En el fondo de esta observación se encierra una profunda verdad: la miseria y el dolor brotan directamente de nuestra existencia. Cuanto de modo más sublime se desarrolla una criatura más sensible y delicada se hace ante el dolor. El hombre tiene que aprender a «ejercitar» la alegría como virtud.

Es verdad que la auténtica alegría nos viene únicamente como regalo. Brota de Dios. La alegría humana es una participación gratuita en la alegría de Dios, en el ser de Dios, que es el ser privilegiado de la máxima alegría.

Las fuentes de la auténtica alegría están por tanto allí donde la criatura sale al encuentro de Dios. La alegría no es parte integrante de nuestra existencia, pero solamente en ella logra plenitud nuestra existencia. Por eso lo más auténtico de nuestra existencia es gracia. O como dice Pascal: «El hombre supera infinitamente al hombre». La alegría, por tanto, no puede ser considerada como una mercancía o como una provisión que está fuera en el mundo, en las capas externas de nuestro ser. No pertenece a la esfera de la diversión y de la distracción. Más tarde volveremos sobre estos pensamientos. Ahora vamos a intentar describir — tal como lo hemos hecho en las anteriores meditaciones — el estado negativo de la falta de alegría, una situación que quizá sea de las más corrientes en la experiencia de nuestra vida. ¿De qué momentos se compone este estado de falta de alegría?

En primer lugar está, sin duda, en la *dejadez*. En nuestras vidas hubo un tiempo de ardor, de existencia ferviente y viva, de participación apasionada. Ahora todo es gris y penoso. El fuego de la exigencia y del anhelo se ha apagado. Aparece la inercia, la incapacidad de vivir de manera ferviente; lo fácil, lo demasiado fácil que llega a cansarnos. No es lo difícil lo que nos debilita, sino lo demasiado fácil. No se aspira ya a cosas grandes. Se contenta uno con lo que el destino ciego nos ha dado. «¡No hay que pensar demasiado! ¡No hay que esperar demasiado! ¡Todos lo hacen así! ¡Siempre se ha hecho así!».

Hay en nosotros una desconfianza innata ante la alegría, ante lo original. Por eso a veces es necesario hablar claro y fuerte, tal como se vio obligado a hacerlo Cristo, él que era todo amor, bondad y misericordia, para sacudirnos a nosotros, dormidos, apáticos e indiferentes. Se vio obligado a rasgar la dura costra de nuestra medianía y utilizar el terrible martillo de sus palabras. Se vio obligado a abrir la prisión de nuestra dejadez que nos ahoga,

seca y ciega. Cristo nunca utilizó un lenguaje «devoto» y adormecedor. A los posesos no los reprendió, sino que los liberó. Quizá la posesión actual sea la dejadez, la decepción existencial y la debilitación de nuestro tiempo. Quizá los «posesos» de hoy se ven atormentados por el poder de la tristeza.

Es necesario estar muy prevenido, pues el poder de la dejadez es como un resbalar suave, imperceptible, del cual no está libre ninguna vida, oficio, temperamento e incluso santidad. ¿De dónde proceden el cansancio y la tristeza? En primer lugar de pequeñas causas: demasiado trabajo, inseguridad, culpas, separación, soledad, enfermedad, recaídas, incompatibilidad de la fe con la dura realidad, moral impracticable, Iglesia que decepciona... La lista se podría continuar indefinidamente. La vida está plagada de fronteras, decepciones e imposibilidades. Uno se encuentra cansado y ausente. Sobre todo ausente de sí mismo. Pero lo peor de todo está en que cuando uno se ha hundido profundamente en esa ausencia, resulta imposible el darse cuenta de su estado. ¡Feliz por el contrario el que conoce su desgracia y sufre con ella, el que verdaderamente puede ser desgraciado y no se contenta con sólo dormir!

Esta dejadez origina en nuestro ser una profunda *frustración*, un descontento «malo». Se está descontento de todo. Se siente uno sin sustancia, un «don nadie». Esto nos empuja a buscar con prisa nerviosa nuestra afirmación, estímulos, impresiones, riqueza. Se apoya uno en cosas externas para olvidarse de sí mismo, precisamente porque le es imposible olvidarse. Se critica enormemente a los demás. Se vive en un estado de ánimo en el que todo se nos muestra oscuro. Reina un clima morboso en el pensar y en el sentir.

De esta manera surge la *trivialidad* existencial. La vida es completamente nivelada. Resulta fácil llevar una vida dejada, frustrada e infeliz; esto no exige esfuerzo.

Para ser feliz se tiene uno que esforzar. Lo que puede acontecer en una vida sin alegría, puede ocurrir de la misma manera en todos los demás hombres. El ser humano sin alegría se hace «generalidad». No existe para él nada extraordinario.

Esto nos explica el que una existencia sin alegría sea *mediocre*. En torno a ella el mundo quizá funcione bien, pero es romo y sin relieve. Lo alegre y lo prometedor es morbosamente suprimido. Todo «lo que brota del corazón» se considera como ilusión y es sustituido por lo que está a mano, lo alcanzable y lo posible. El mundo se presenta en un estado preocupante: todo es gris, corriente, monótono, perceptible, valorable; lo original y lo nuevo se dejan a un lado con un gesto cansado, se tienen por cosas secundarias y sin importancia.

El ser sin alegría se hace macizo, impermeable. La vida se convierte en lugar común. No se piensa que un ser pueda ser algo más que un fenómeno. Pero a la larga sólo lo misterioso es soportable; solamente lo misterioso puede ser verdaderamente amado. Sólo una cosa sobre la que se dispone puede estar *sin misterio*, pero no una persona a la que se dirige una mirada. En donde quiera que el hombre experimente una alegría auténtica, advierte inmediatamente el misterio. Por el contrario, en un mundo sin misterio y sin alegría, la vida se hace insustancial. Las palabras pierden su significado: no nos acercan ya a las cosas, sino que nos las alejan. Surge la charla insustancial, un torrente de palabras sin valor.

Es difícil el soportar una vida así. Por eso quien carece de alegría cae en un *desasosiego* existencial. Quien carece de alegría y ha vaciado y desvalorizado su mundo no encuentra tiempo alguno para la admiración, para detenerse y entusiasmarse asombrado. Su programa es un amargo estar en ningún sitio. Perseguirá muchas cosas, pero se encontrará siempre con la misma dejadez, frustra-

ción, mediocridad y falta de sentido. Esta es la causa del llamado descontento «malo» (existe también uno bueno), de la intranquilidad, de la agitación, de la curiosidad, de la inseguridad y de la distracción. Quien carece de alegría desearía estar en todos los sitios, pero en realidad no está en ninguno

Una vida de este tipo provoca con el tiempo la *extenuación*. No hay nada que deje espacio para la empresa arriesgada, la entrega y la responsabilidad. La existencia se convierte en lánguida e inerte, cansada y estúpida, oscura y mezquina. El que se descarga acaba cansándose, sin embargo el que libremente carga con el «peso de la alegría» se hace joven y ágil.

Alegría en el hermano

La auténtica alegría no es un entusiasmo ajeno al mundo ni tampoco una «emigración hacia el interior». Al contrario. Al desprenderse uno de sí mismo y caminar hacia el hermano se siente alegría. Sólo la entrega nos proporciona el valor para afrontar la realidad, la sintonía del corazón con todas las cosas, una suave luz en todo, que llamamos alegría. El camino de la alegría pasa por el *altruismo*. En la propia existencia tenemos que liberar algo nuestro del encarcelamiento, de la inercia y de la tristeza. En la medida en que intentemos desprendernos de las ataduras de la mezquindad sentiremos nacer en nosotros una fuerza y una viveza escondida. Las encontraremos como el residuo de una llama, como una brasa tapada durante mucho tiempo que comienza de nuevo a arder apenas recibe un poco de aire. Esto es lo que nos ocurre cuando nos abrimos al hermano. El servicio sencillo al hermano a lo largo de cada día, es el prerequisite de la alegría.

En el día de la ascensión de Cristo a los cielos, después que Cristo desapareció de los ojos de los apóstoles, ellos se fueron con gran alegría. Así nos lo cuenta el evangelio de Lucas. ¡Una alegría especial! La figura del Señor escapó de su vista y de sus sentidos y con él su esplendor directamente visto. Pero el corazón de los apóstoles había sido inundado ya por la alegría antes, cuando la luz misteriosa del esplendor del rostro de Cristo irradió sobre ellos el primer día de la semana pascual. Allí, por medio del acontecimiento pascual, apareció una nueva relación con el Señor, únicamente sensible y visible — al menos así lo creo — para los sentidos internos. En el rostro de Jesús resplandecía el fulgor de Dios, el fulgor del reino de Dios, el fulgor de la gran reconciliación y misericordia. Ésta era precisamente la luz que entonces «brillaba más fuerte que el sol y que relucía más pura que la nieve». Y el corazón de los apóstoles se transformó. Lo indecible les tocó. Su corazón ardía.

Sin embargo en el día de la ascensión ocurrió una transformación aún más significativa. Justamente la marcha de Cristo provocó en los apóstoles una plenitud de alegría, un nuevo estado de plenitud y madurez. Por eso volvieron con gran alegría a su pequeño mundo. Al mismo tiempo que el Señor desaparece de los sentidos, se coloca por encima de la limitación de las representaciones y de la capacidad de imaginación humana, y penetra en aquello que ningún ojo vio, ni oído oyó, ni corazón humano experimentó. Contra todas las tendencias humanas de repente vieron claramente los apóstoles que a partir de este momento tenían que buscar la alegría en lo invisible, detrás de todo lo visible, es decir, cayeron en la cuenta de que podían encontrar la alegría en todas partes porque Cristo estaba presente en todas partes. A partir de entonces el hombre no tiene que mirar extasiado al cielo para encontrar la alegría, sino que tiene que consa-

grarse a las tareas terrenas. El hermano, por tanto, se ha convertido en el lugar de la alegría. De esta manera comenzaron los apóstoles a reconocer y experimentar vitalmente que lo invisible y lo indecible está en lo visible.

A veces ocurre lo mismo entre nosotros, los hombres. Cuando uno se siente tocado por la fuerza de la amistad o del amor, entonces comienzan los sentidos a percibir lo invisible. Lo que se les comunicó a los apóstoles en la ascensión de Cristo sólo es una experiencia común a todos los hombres (claro que en una forma sublime): el Señor se separó de ellos (Cristo penetró en un presente que afecta a todo el cosmos), y ello les sirvió para comprender que en todas partes del mundo vive algo impenetrable, misterioso, algo que ilumina y da felicidad. Precisamente al marcharse la alegría absoluta, Cristo, se hizo cercana de una forma total. A partir de este momento no tenemos que hacer otra cosa que salir de nosotros mismos y caminar hacia el hermano; de esta forma encontramos la alegría y la felicidad total. La ascensión de Cristo a los cielos fue un acontecimiento interior; un suceso que no hace relación a Cristo sino a nuestros corazones. Ya la resurrección fue una ascensión a los cielos. Cristo, en cuanto hombre, marchó a donde ya estaba en cuanto segunda persona divina: al esplendor divino. Por tanto no necesitaba «subir al cielo». Pero nosotros tenemos — en un esfuerzo extremo de actualización — que tener en cuenta que si él se marchó de nuestro lado, también nosotros si queremos encontrar alegría y plenitud tenemos que salir fuera de nosotros mismos. La ascensión de Cristo revela la estructura fundamental de la verdadera alegría: *el salir fuera de uno mismo.*

La ascensión a los cielos condujo a los apóstoles al mundo; es decir, fuera de sí mismos. Marcharon hacia Jerusalén, eligieron a Matías, predicaron en pentecostés, tuvieron que enfrentarse duramente con su pueblo, expe-

rimentaron los roces de una comunidad que se formaba y crecía lentamente; marcharon por todo el mundo y afrontaron todas las dificultades. De esta forma tropezaron cada vez más intensamente con los problemas, con la necesidad, con las luchas del mundo, experimentando día a día sus amenazas y sus tenebrosas maquinaciones. Nada les fue ahorrado, así como nada se ahorraron a sí mismos. Pero la alegría invisible permanecía. Por encima de las necesidades, por encima de la pobreza, de la bajeza y de la culpa, supieron ver con los ojos que descubren lo invisible, el espíritu de la reconciliación y de la gracia eterna. El espíritu de la alegría estaba presente en el mundo. La alegría de Dios marchó con los apóstoles por los caminos del mundo. «Henchido estoy de consolación, estoy que rebose de gozo en medio de toda esta tribulación nuestra» (2 Cor 7, 4).

Con ello hemos encontrado la ley fundamental de la alegría humana: *entrar en la angustia del hermano*, tomar su carga y ayudarle a soportar su miseria. El camino hacia la felicidad es el servicio y la ayuda silenciosa, el plantar la alegría en el mundo.

Alegría en el propio ser

En la medida en que uno comunica alegría siente alegría. Éste es el resultado de nuestra reflexión. Por tanto la alegría es el fruto de un esfuerzo consciente, de un continuo desprenderse de sí mismo. Es difícil tener alegría en nuestro mundo. En primer término vamos a recopilar los pasajes más esenciales del evangelio, es decir, de la alegre nueva, que consideramos como el fundamento de la alegría.

Otro le dijo: te seguiré, Señor; pero déjame antes despedirme de los de mi casa. Jesús le dijo: nadie que después de haber puesto la mano sobre el arado, mire atrás es apto para el reino de Dios (Lc 9, 61-62). No os preocupéis, pues, por el día de mañana; que el día de mañana se preocupará de sí mismo: bástele a cada día su propia malicia (Mt 6, 34). El que quiera venirse conmigo, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga. Mirad, el que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por el evangelio, la salvará (Mc 8, 34-35).

Este desprendimiento de sí mismo procura una *liberación interior* en la existencia cristiana y engendra alegría y conversión. Aquí deberíamos reflexionar sobre los sorprendentes acontecimientos que el evangelio repetidamente nos narra: la alegría de Zaqueo, jefe de publicanos, que descendió del árbol y recibió con alegría a Cristo en su casa (Lc 19, 1-10); las murmuraciones de los llamados justos contra Cristo porque comía con los pecadores y publicanos (Mc 2, 15-17); la pecadora arrepentida del frasco de alabastro (Lc 7, 36-50); la parábola de la oveja extraviada y del dracma perdido (Lc 15, 4-10); la historia del hijo pródigo que vuelve a su casa (Lc 15, 11-32); y sobre todo la sorpresa de que el señor de la viña recompensa con el mismo jornal a los que se presentaron a última hora y a los que aguantaron todo el calor del día (Mt 20, 1-16).

Por un lado, se exige de nosotros una entrega total, pero por otro, Dios toma el más pequeño signo de entrega como una donación total. ¡Exigencia y liberación a la vez! En la vida rige una frase que a primera vista parece descabellada: el camino de la alegría pasa por la renuncia. Pero toda renuncia está en función de la plenitud y toda abnegación lleva consigo una voluntad de renovar la vida. Sería una insensatez el pregonar el dolor y la renuncia por sí mismos. Ya hay bastante dolor en el mundo. Pero el desprendimiento de sí mismo en función de la entrega al hermano hace posible lo que aparentemente es imposi-

ble. Incluso en una necesidad extrema apenas soportable puede ser el hombre feliz, supuesto que no busque su propia felicidad. Los santos hablan, hasta cantan y exultan de desbordante alegría en medio de espantosas angustias externas. Francisco de Asís, lleno de alegría, cogía dos trozos de madera y con ellos tocaba el violín, cantando y bailando. Y Francisco Javier, como un niño juguetero, lleno de alegría, tiraba una manzana al aire y la recogía de nuevo, mientras caminaba por las estepas heladas del Japón, despojado de todo y asediado por el fracaso.

La alegría sólo se siente cuando uno se abre y se da. Si nos contentamos con ceñirnos a nosotros mismos, nos encontramos oprimidos por todo lo que de alguna manera nos atañe: enfermedad, dolor, pobreza, deshonra, fracaso. Pero si nos hemos consagrado al servicio del hermano, si nos hemos dado a los demás, entonces todo lo que tengamos que padecer pierde su importancia y su valor.

La alegría que viene de Dios

La alegría cristiana que todo lo invade resulta posible, tal como antes lo hemos indicado, porque Cristo por medio de su ascensión a los cielos es para nosotros todo en todas las cosas. Podemos «salir» totalmente de nosotros mismos; en todas las situaciones de la vida, en todas partes, encontramos aquel que nos prometió una superabundancia de alegría. Por tanto, para describir esta alegría cristiana, esta liberación de la existencia creyente, tenemos que reflexionar todavía más profundamente sobre lo que sucedió con la ascensión de Cristo a los cielos.

En la narración de la ascensión que nos ha dejado Lucas en los Hechos de los apóstoles y al final de su evangelio, dominan dos elementos que determinan toda nuestra situación cristiana en el mundo: los apóstoles miran

hacia Cristo, quieren salir del mundo con él. Pero al mismo tiempo se les da el mandato de dirigir su mirada a la tierra y proseguir su tarea humana. Clemente de Alejandría, al comienzo del siglo III, describió de la siguiente manera en sus *Stromata* esta tensión fundamental de la existencia cristiana: el cristiano perfecto es «mundano y supramundano» a la vez. Ésta es la fórmula más precisa de la realidad que se nos abrió con la ascensión de Cristo.

Supramundano. El cristiano tiene que estar convencido de que su existencia carece de importancia, de que a esta vida sigue un estado eterno de alegría y felicidad. No debe dar demasiada importancia a todo aquello que le podría apartar de la vida eterna. Para él nada es demasiado grande. Nada puede impresionarle. En el rostro de un cristiano debería estar presente siempre una suave sonrisa: no seáis obstinados en dar a todo demasiada importancia; todo pasa, de hecho nada fundamental puede ocurrir; lo mejor sería subir inmediatamente con Cristo; no os dejéis impresionar por nadie, los «otros» tienen que darse importancia pues a menudo no tienen nada más; en realidad todo esto carece de importancia y de significado; vivimos de un Dios que está más allá del mundo y vivimos en él; con la esperanza, es decir, con el anhelo de nuestro corazón cristiano estamos ya en «la otra parte»; por eso no existe nada que pueda conmover nuestra existencia. Nuestra plenitud está más allá de todo lo terreno. Aquí no tenemos ciudad permanente. Cristo tomó nuestra vida consigo. A la luz de esta superioridad del cristiano sobre el mundo y de su supramundanidad podemos explicarnos que el mismo cristiano tenga que penetrar en el mundo de tal forma que casi olvide el cielo.

Mundano. Solamente con una actitud semejante se acepta el mundo en serio. No son la apariencia, el éxito, la justicia propia y el propio enriquecimiento los que hacen progresar al mundo, sino aquello que adquiere su

plenitud por pura bondad humana. Pero el hombre sólo es capaz de esto, cuando tales cosas se convierten en relativas para él. Al ser Dios mayor que todas las cosas, puede ser encontrado en todas las cosas, incluso en las de apariencia más pobre, en las más insignificantes. Puede salirnos al encuentro en todos los caminos. Por eso en el fondo todo es importante en el mundo. Tan importante que Ignacio de Loyola podía decir:

Si Dios me dijera: si quieres morir ahora te regalaré inmediatamente el paraíso, pero si quieres seguir viviendo en la tierra seguirás corriendo peligro, entonces yo contestaría: aun con peligro, prefiero seguir viviendo en esta tierra para poder servirte más.

En esta actitud brota una continua disposición para escuchar la llamada de Dios en todas las situaciones del mundo, una radical capacidad de servicio al prójimo, una apertura de corazón ante todas las cosas que existen.

Desde este punto de vista se podría lograr una «*espiritualidad de la ascensión*» que fuera la actitud última del cristiano respecto a la realidad. Esta actitud es doble.

En primer lugar, el cristiano debe ser desmedido con todo lo grande. Dios es el infinitamente grande. Nada que no sea Dios nos basta. Nuestra vida es — tanto aquí en la tierra como en la eternidad — un caminar sin fin hacia lo ilimitado. Cada logro es únicamente el comienzo de una nueva búsqueda. Por eso el cristiano debe estar siempre preparado para nuevas tareas. Tiene que tener el ánimo suficiente para estar insatisfecho. Tiene el deber de no fijar su morada de modo estable en ninguna parte, debe estar en continuo caminar hacia el Dios de la paz. En su interior tiene que reinar un santo descontento. Debe probar todas las posibilidades, buscar todos los caminos y proyectar continuamente nuevos planes. Todo lo conseguido, por el hecho de haber sido conseguido, es para

él una cosa ya resuelta. Solamente lo todavía no conseguido es digno de ser alcanzado. De esta manera el hombre permanece abierto a Dios y a cada una de sus nuevas llamadas, sin atarse a ningún medio elegido como definitivo. Lo más grande, lo más bello, lo más santo, no es lo suficientemente grande, bello ni santo para él. No se deja — por muy paradójica que suene la frase — empequeñecer por lo grande. Su anhelo es siempre mayor que la más grande realización.

Pero en segundo lugar, el cristiano debe buscar a su Dios infinitamente grande en todas partes, es decir, incluso en las cosas pequeñas. De manera silenciosa, tranquila y modesta debe cumplir la tarea que Dios le ha asignado, precisamente porque en esta pequeñez encuentra a Dios infinitamente grande. Debe usar todas las cosas, incluso los medios más inadaptados, si puede servirse de ellos. Debe introducir la grandeza de su anhelo eterno en lo pequeño de las realizaciones terrestres. Su anhelo debe estar siempre abierto hacia arriba, hacia el que es siempre mayor. La medida completa de su ser es precisamente la falta de límites. Sin embargo, este anhelo tiene que permanecer inmerso en la pequeñez de lo que es alcanzable en la tierra.

Quien ha logrado unir en su vida la inmensidad de lo grande y la limitación de lo pequeño, está viviendo la ascensión de Cristo en su propia realidad humana. «No dejarse empequeñecer por lo más grande y sin embargo permanecer inmerso en lo más pequeño», ésta sería la fórmula exacta de la actitud cristiana surgida de la ascensión. Tranquilidad en la inquietud, paz en la guerra, aceptación de los límites propios en un continuo anhelo hacia lo ilimitado, contentarse con las cosas más insignificantes sin dejar de perseguir lo más perfecto: ésta es la actitud que con la ascensión de Cristo a los cielos se ha convertido en ley fundamental de la santidad. En un hombre que

vive en esta actitud se equilibra la tensión entre el cielo y la tierra. En él, el cielo toca la tierra y la tierra adquiere una consistencia eterna. Este hombre se alegra con todo su ser. En él aparece el hombre como alegría; alegría que proviene de Dios.

Del ejercicio de estas dos cualidades de la autenticidad humana, el respeto y la alegría, brota el *servicio*, el saber ayudar con alegría, el crear dinámicamente y con atención amorosa un mundo menos complicado, una confiada espera en la criatura atormentada. La vida de Jesús fue una continua fidelidad a la ayuda y al servicio. Muestra de ello fue el vivir toda una vida en un mundo pequeño y enemigo, en un oscuro rincón de nuestro planeta, repartiendo consuelo, tranquilidad y paz interior, aun cuando quizá el gran mundo pagano le hubiera aceptado con una disponibilidad mucho mayor.

Todavía un último pensamiento que sintetiza las anteriores meditaciones y que nos sirve de puente para las siguientes: un hombre de profunda experiencia que pasó muchos años en un campo de concentración siberiano, escribía una vez la frase siguiente de una enorme autenticidad existencial:

Buscaba a mi Dios y él desaparecía; buscaba a mi alma y no me era posible encontrarla; busqué a mi hermano y encontré las tres cosas.

MEDITACIÓN SOBRE LA AMISTAD

SOBRE la amistad y sobre el amor, estas «cosas fundamentales» de la existencia, no se puede hablar partiendo de un esquema preestablecido. Hay que volver a aprender la amistad y el amor, en este mundo con frecuencia tan carente de amistad y de amor, a través de los hombres que han experimentado profundamente esta realidad. Por eso hemos elegido dos textos que, a nuestro modo de ver, expresan la auténtica grandeza de la amistad y del amor. El primer texto está en el libro 10, capítulo 9, de las *Confesiones*.

Dice Agustín:

Cuando se acercaba el día en el que ella había de dejar esta vida, sucedió que los dos, ella y yo, estábamos solos asomados a la ventana desde la que se podía ver el jardín de la casa, que entonces habitábamos en Ostia a orillas del Tíber, apartados del tumulto, para recuperarnos de las molestias del largo viaje de travesía. Nuestra conversación era extraordinariamente agradable. Nos preguntábamos mutuamente cómo sería la vida eterna de los santos. Recorríamos paso a paso todo el mundo, considerando internamente tus obras y admirándonos. De esta manera alcanzamos nuestro espíritu, pero también lo sobrepasamos para llegar al reino de la fecundidad inagotable. Y al hablar de este modo y anhelar la verdad llegamos a tocarla un momento con toda la fuerza del corazón. Entonces suspiramos y volvimos al rumor de nuestros labios, allí donde la palabra comienza y finaliza.

Hasta aquí el texto. Un proceso sorprendente. Ocurrió entre la madre y el hijo, pero puede considerarse como una descripción fundamental de la intimidad entre dos personas, como una exposición de lo que sucede en toda amistad.

Ya con la primera lectura de este texto caemos en la cuenta de que en la amistad aparece un conocimiento, *un conocimiento común*. Dos personas se compenetran; todo su ser vibra al unísono. En la amistad se «capta» la existencia de otra persona. Pero esto lleva consigo el que la existencia en el mismo acto sea también captada por lo absoluto. Para comprenderlo hay que empezar a cultivar la amistad, hay que introducirse en la aventura de la amistad y de esta manera, en el estar juntos de dos seres finitos, se experimenta la fuerza de atracción de lo absoluto. Este conocimiento del otro no es en modo alguno teórico, sino que se consigue en una directa compenetración: como un descanso existencial del hombre en el ser del otro. Para ello es necesario que la mirada sea sencilla, incluso ingenua. Esto solamente puede lograrse mediante una tranquilidad interior. Y al mismo tiempo, en este silencioso estar juntos, en la misma ventana, se obtiene un conocimiento íntimo acerca de Dios. Cuando dos amigos están juntos advierten lo absoluto, más aún, el absoluto.

Este texto de Agustín es uno de los pocos documentos de la vida interior que poseen una indestructible fuerza vital y que pueden convertirse en regla de la existencia. En él se refleja una experiencia de sublime intensidad. Por una parte se trata del testimonio de una historia personal en el sentido más estricto de la palabra, pero por otra se trata de un testimonio que todos nosotros ya hemos vivenciado. En la vida de cada uno de nosotros se dan estos momentos. A veces incluso nos es posible el recordar la fecha exacta de la vivencia, y cuando pensamos en ello volvemos a experimentar el sabor agradable

de aquel cambio interior, de la misma forma que Agustín, después de haber transcurrido años, sabe todavía en qué ventana estaban exactamente cuando reconocieron a Dios. De repente, improvisadamente, surge una intimidad espiritual entre dos personas y al mismo tiempo irrumpe una experiencia de lo absoluto en el alma de ellas.

Vamos a intentar delinear siete momentos fundamentales de todo este contexto para mostrar lo que puede surgir en una amistad humana vivida de modo auténtico.

Cuando se acercaba el día en el que ella había de dejar esta vida

En primer lugar una consideración histórica: la existencia de Mónica estuvo impregnada por un fuerte sentido religioso de la maternidad que rodeó la incipiente vida cristiana de Agustín y que la convirtió en una existencia consciente. En el libro 9 de las *Confesiones* cuenta Agustín lo profundamente conmovido que quedó por la muerte de su madre. De alguna manera él mismo murió con su madre: «Mi alma fue herida profundamente y mi vida quedó desgarrada, pues su vida y la mía habían llegado a formar una sola».

La experiencia de Agustín nos muestra claramente que la amistad es algo más que el mero estar juntos. El amigo forma parte de mi ser. Si deja de estar a mi lado, entonces, en cierto sentido, he muerto con él. ¿No flota sin embargo sobre toda amistad la amenaza de la separación? Precisamente por eso existe un riesgo al contraer una amistad, al hacer de otro hombre una parte esencial de nuestra existencia. En toda separación, en toda partida — que no tiene que ser necesariamente la muerte —, muere algo en nosotros. Esto crea en toda amistad auténtica una dificultad especial: si ya no estás a mi lado, si te vas,

me encuentro en cierto modo anulado. Y precisamente en esta unión íntima toda amistad se encuentra con un límite, es captada por lo absoluto.

Con ello hemos tocado algo esencial en la amistad: mientras existe amistad hay una experiencia de lo absoluto, de un Dios. En la amistad se actúa inconscientemente un anticipo de la totalidad del ser. Por eso tiene el carácter de la superación. Cuando dos seres se compenetran en su interior mutuamente se superan. Más adelante nos detendremos ampliamente en este punto. Pero ya ahora podemos afirmar que la presencia de lo absoluto en el mundo se perpetúa existencialmente por medio de la amistad. En la amistad se ilumina todo el conjunto de nuestra existencia. Por medio de la amistad adquieren las cosas de este mundo una luz sobreabundante, surgen a la realidad como de una luz divina. La amistad puede ser una actualización inconsciente de la presencia de lo absoluto en el mundo. Es un proceso auténtico pero a la vez el más oculto de la intimidad humana. Vamos a describirlo ahora más detenidamente con una aclaración posterior de la visión de Ostia.

*Los dos, ella y yo,
estábamos solos asomados a la ventana*

Se instalaron en la seguridad de la casa para mirar hacia fuera, hacia lo incierto. Cuando se asomaron a la ventana, felices y compenetrados, se apropiaron el mundo del exterior. En su mirar a la vez nacía una comunión, una amistad con el mundo. La verdadera visión de las cosas aparece en la intersubjetividad, en la amistad vivida y experimentada. Resulta conmovedor en este relato cómo dos personas, ayudándose mutuamente, intentan avanzar hasta los límites más remotos de la existencia. Ninguno

de los dos podía recorrer el camino solo. Ninguno de los dos marcha por delante, ni la madre, ni el hijo, sino que los dos abren camino y los dos siguen. En la amistad no existe la preferencia. Una conversación de este tipo comienza quizá con palabras banales para tomar improvisadamente, como sin quererlo, una dirección insospechada y llegar hasta donde se experimenta lo sublime. Agustín define la conversación como «extraordinariamente agradable». El encuentro de los amigos con el absoluto se da en un espacio de suavidad, simpatía, conformidad y tranquilidad. Lo más delicado tiene la mayor fuerza. Lo absoluto se nos da como gracia, como *charis*, como encanto que se concentra en el rostro del amigo.

Dante ha sabido expresar con gran fuerza poética y contemplativa este elemento misterioso. En el canto 28 del *Paradiso* describe con pocas palabras un episodio conmovedor. Beatriz mira a Dante con una sonrisa amorosa, atrayendo con su belleza toda la fuerza de la mirada de Dante. Pero al contemplar el poeta a Beatriz se estremece al ver que en sus ojos refleja a Dios rodeado por un círculo de fuego compuesto de ángeles. Se trata de un símbolo de lo que puede ocurrir en la amistad de dos frágiles seres terrestres.

Apartados del tumulto

Aquí nos presenta Agustín un nuevo rasgo esencial de la amistad vivida. Hay dos componentes:

Estar juntos. La amistad es esencialmente estar juntos. Lo extraño está en que es imposible explicar por qué se ha elegido precisamente a este amigo como amigo. Asumamos todas nuestras «inclinaciones» hacia una persona, todo nuestro aprecio, simpatía, admiración o respeto. La suma de todas estas inclinaciones no nos da

todavía la amistad. El hombre encuentra en la amistad la individualidad de la otra persona. Dice: es algo bueno el que tú existas. Sustrae a esa persona del tumulto de otras relaciones humanas.

Pero, ¿por qué es algo bueno para el amigo que la otra persona exista? No va a hacerse más rico, ni va a tener ninguna ventaja, ni va a ir más deprisa en su carrera. No, no es en este sentido en el que es algo bueno que el amigo exista. ¿Le llamamos amigo porque estamos contentos junto a él, porque no quiere nada de nosotros, porque a su lado nos sentimos libres? Esto también. Pero esto no es todavía lo peculiar de la amistad. En la amistad no recibimos cosa alguna, nada. El hombre se restituye a sí mismo. Antes de que hubiera tenido este amigo no era «él mismo» todavía. Era sólo el «papel» que desempeñaba o tenía que desempeñar en el mundo. También el otro, el amigo, tiene la misma experiencia consigo mismo. Los dos «son» en la medida en que están «juntos», en que forman un nosotros. Esto implica algo inestimable: cada uno se recibe a sí mismo del otro con una mutua donación. Su ser de ahora en adelante es un «ser-con». Constituyen una unidad de ser. El ser de uno se convierte en parte del ser del otro y al revés. De aquí nace la casi inquietante exigencia de la amistad, de mantener puro el propio ser, de evitar toda caída, el egoísmo, el afán de poder, la pereza del corazón, la maldad, para que todo esto, toda esta confusión del propio ser no pase al otro contagiándolo o envenenándolo. De esta manera se realiza en la amistad — con frecuencia de forma inconsciente — una continua purificación.

Apartamiento. No es una casualidad el que en el texto de Agustín se haga notar que estas dos personas que se amaban se encontrasen «apartadas del tumulto». Los dos están a gusto juntos y no quieren ser estorbados por los demás. Detrás de esta actitud de «repliegue» se

insinúa algo más profundo. La soledad externa es únicamente un símbolo del éxtasis conjunto y de la reserva. La plenitud de la autenticidad solamente se abre al hombre que adopta ante el ser una actitud de cortesía reservada, y esto se aprende únicamente en la amistad. Newman bautizó esta actitud como «la sabiduría del caballero». Es la noble actitud de aquel hombre que no fuerza ni hace daño a nadie. En ella se superan la preocupación por un fin, la ficción y el endurecimiento interior.

Solamente en una actitud pura, desinteresada y libre, en la «reserva», que se aprende en la amistad, comprende uno rectamente las cosas. De esta manera nace una mirada tranquila, libre y serena del mundo. ¿Qué me pueden importar las fealdades del mundo, mi tristeza o cansancio, mi mezquindad? Tengo un amigo que me comprende y su amistad significa para mí mucho más que todas las ofensas y contrariedades que debo vivir diariamente. De esta forma surge una existencia «libre», una actitud serena frente al ser. Este apartamiento interior no es una huida. Al contrario. Solamente por medio de la amistad comprendemos la belleza íntima de las cosas. La serenidad interna deja que las cosas se iluminen desde su interior y modela la realidad. Ahora nos resulta fácil comprender por qué en la narración se dice:

*Nos preguntábamos mutuamente
cómo sería la vida eterna de los santos*

La comunión entre Mónica y Agustín se dirige hacia lo eterno. Ésta es la característica de toda amistad. En la amistad se da una incondicional afirmación del ser. Se pronuncia la palabra que da consistencia: ¡debes ser! Debes desarrollar todas las posibilidades que tu ser encierra; debes ser más bello, más luminoso, más poderoso y diná-

mico de lo que eres; además, para mí eres el mundo; tengo experiencia del mundo solamente en la luz de nuestra amistad; un mundo sin ti dejaría de ser bello para mí. Esta es la verdadera palabra del amor. Gabriel Marcel en *Le mort du demain* hace decir a uno de los personajes: «Amor, quiere decir: no morirás». Lo mismo puede decirse de la amistad. En toda relación humana que sea profunda, ya se trate del amor o de la amistad, está afirmada y comprendida la inmortalidad. No puede ser que esta criatura se pierda. De la amistad humana surge una evidencia directa de la inmortalidad y con ello un anhelo directo de la plenitud eterna.

Se sabe — no por experiencia propia sino por los otros — que la vida ha de tener una consistencia eterna, que debe realizarse en un estado de extrema claridad. Para Agustín y Mónica este estado de la *vita beata* no era un espacio existencial, sino precisa y concretamente la vida de los santos: el cielo.

El cielo es la dinámica interna de toda amistad. En toda amistad es percibido ya el cielo, quizás en un débil reflejo pero no por eso falso. El renunciar a la plenitud total de la amistad sería no sólo renunciar a lo esencial de la amistad, sino que supondría el matarla en germen. ¿Para qué aceptarnos mutuamente de manera infinita si esa aceptación no puede convertirse nunca en total? Sin la aceptación del cielo — lo sepa el hombre explícitamente o no — es imposible vivir la amistad. En definitiva, esto significa que sin el cielo la tierra resulta inhabitable. Con la amistad demostramos al mundo y a nosotros mismos que tiene que existir la plenitud eterna. La amistad, por tanto, puede considerarse como un conocimiento anticipado del cielo. El cielo pertenece esencialmente y de manera inseparable a toda experiencia de amistad, aun en el caso de que los amigos no puedan darse cuenta de ello, al menos de forma explícita.

Quizás habría que aludir aquí a la amistad de los discípulos de Emaús. Permanecieron juntos. Habían abandonado todo; habían huido. Pero no se habían separado. Cuando una amistad humana se mantiene fielmente hasta el fin, hasta el quebrantamiento de todos los sueños y esperanzas, entonces está muy cerca el Dios que creíamos lejano. Los dos discípulos no han cesado de hablar, ni de estar juntos. De esta manera dieron ocasión a Cristo de «introducirse» en su conversación. Con este singular suceso Cristo nos dice: mantén fielmente tu amistad, tu destino de comunión con los otros; si puedes todavía pronunciar la palabra «tú», no estás perdido. Es posible que al pronunciar esta palabra comience yo a ser aquél con el que hablas.

La gran ocasión del hombre actual — los discípulos de Emaús son un símbolo de nuestra situación en el mundo — es la amistad vivida sinceramente. Aun cuando la amistad no es un sacramento en sentido estricto, sin embargo podemos estar convencidos de que es un signo concreto de la presencia de lo absoluto en el mundo y de que puede realizar todo lo que esperamos de un sacramento. Lo sacramental, lo que lleva a Cristo, no se limita en nuestro mundo redimido a los siete sacramentos. Estos sólo son «puntos de concentración» de la presencia del Resucitado. Existen otros lugares de encuentro con el Señor que son tan eficaces o incluso que pueden ser más eficaces que los propios sacramentos.

El cielo, lo esencial del ser, en el que todo llega a su autenticidad, está por tanto presente en la amistad. Los amigos lo experimentan — quizá sólo inconscientemente — de continuo. De esta forma la amistad despierta el anhelo.

Anhelar

El anhelo creciente de la amistad que nace de la experiencia de lo absoluto, es al mismo tiempo una experiencia de una amenaza fundamental. En la luz de la amistad vislumbramos que no vivimos todavía en un mundo sano, que aún no estamos en el lugar que nos corresponde, que las puertas de nuestro ser están extrañamente cerradas. Al conducirnos la amistad hasta la luz del ser tenemos una dolorosa experiencia: anhelamos siempre más de lo que comprendemos; percibimos siempre más de lo que de hecho poseemos. Lo alcanzado, lo ya realizado, se ha convertido en algo interiormente vacío en la medida en que lo hemos alcanzado. Esta decepción existencial pertenece a la esencia de la amistad.

La decepción de la amistad que consiste sobre todo en que no somos suficientemente amigos de nuestros amigos y en que fallamos en la honradez y verdad de la amistad, cala muy hondo en nuestra existencia. Se trata de una decepción ante la totalidad del mundo, que comienza cuando un hombre en una conversación íntima con un amigo anhela la claridad del ser y piensa haber captado lo definitivo, la felicidad. Al día siguiente se da cuenta de que todo se ha desmoronado, que ya no hay nada. Uno se siente como el hombre que intenta palpar en sueños un objeto que ve, pero que no logra nunca tocar. O como el hombre del cuento que se miró al espejo y no divisó rostro alguno. En los *Sonetos a Orfeo* dice Rilke: «Fuimos despedidos allí donde sólo esperábamos ser saludados».

En *La acción* de Maurice Blondel, uno de los ensayos más significativos de la filosofía contemporánea, se analizan los componentes dinámicos de nuestra experiencia y de la «insatisfacción» propia de la amistad: lo absoluto de nuestro anhelo, precisamente aquello que nos da el

anhelo, es el motivo de nuestra decepción existencial; a nosotros, que anhelamos sin medida, únicamente puede saciarnos Dios con su plenitud sobrenatural. En el fondo ninguna amistad humana nos es suficiente. El ser del amigo consiste únicamente en despertar el anhelo absoluto, es decir, en ser un precursor; en su ser finito e incompleto se nos abre un más allá trascendente. Nuestra amistad es siempre sólo insinuación y símbolo; un monte con muchas cimas invisibles; puertas que se abren como en un sueño para mostrarnos únicamente un nuevo pasillo y una nueva puerta. Quizá sólo seamos uno para el otro como «esbozos», y la tristeza que surge entre los amigos provenga de una profunda decepción en nuestra búsqueda de lo absoluto.

El ser captados por el absoluto que se oculta en el amigo, el ser transportados por él a lo ilimitado y comprender en todo ello que el otro, a cuyo ser nos hemos entregado totalmente, no es la plenitud: en esto consiste la gran melancolía, pero a la vez la felicidad de la amistad. La esencia de la amistad consiste en acoger lo infinito en lo finito.

Llegamos a tocarla un momento con toda la fuerza del corazón

Agustín utiliza ahora la imagen de una «elevación» para describirnos la irrupción de lo absoluto en la amistad. El platonismo, por el que Agustín estaba fundamentalmente influido en su modo de pensar, dio forma sistemática a la experiencia de lo elevado. Existe una altura que únicamente se puede alcanzar con un gran esfuerzo del alma, con la osadía del sentimiento, con un vuelo sublime del espíritu, con el *eros* platónico. En toda experiencia genuina el corazón humano tiende hacia este «lugar

metafísico» que está «más allá» de todas las cosas. Solamente se puede alcanzar lo auténtico y lo absoluto con lo que los pensadores y místicos platónicos llamaron «vértice del espíritu», «culmen del afecto», «cima de la existencia».

Se trata de una profunda experiencia humana: subir, alcanzar la luz, elevarse sobre las nubes de nuestra existencia. Pero, en el fondo, de lo que habla Agustín es de una extrema conmoción de la existencia ante el totalmente-otro, ante la santidad de lo absoluto; el arder del espíritu en el fuego del encuentro con Dios. De este proceso se dice que dura «un momento» y que se realiza «con toda la fuerza del corazón».

El amigo es el lugar del encuentro con el absoluto. Pero este encuentro no puede convertirse en estado. Por eso no existe ninguna amistad como algo dado; hay que construirla y alcanzarla siempre de nuevo con fidelidad. Lo auténtico, lo que anima el ser, solamente lo tocamos por un momento. Pero mientras nos detenemos con el tú humano en la amistad, estos momentos de la experiencia del absoluto se hacen más densos. El corazón, es decir, la existencia ardiente, late en la amistad hacia arriba. No es posible otra descripción de este proceso: sentimos a Dios únicamente en el latir de nuestro corazón, es decir, sabemos únicamente de él, que nuestro corazón inflamado por el amigo, late hacia arriba, hacia el totalmente-otro. Esto nos es suficiente. Ahora sabemos que Dios debe ser la auténtica plenitud de sentido, el único y a la vez definitivo: lo sentimos precisamente en ese desesperado esfuerzo de la amistad, insaciable con lo terreno. Sabemos que él existe precisamente en la amistad; en su limitación terrena, en nuestras ilegitimidades, dispersión e insatisfacción experimentamos cómo nuestro corazón descontento late hacia el totalmente-otro. No sabemos mucho más sobre Dios. Ésta es en sus líneas más fundamentales

la estructura de nuestra experiencia de Dios: intuir lo absoluto en el «oscuro» espejo de nuestra existencia, que ha llegado a ser espejo gracias a la amistad.

Y volvimos al rumor de nuestros labios

Cuando después de estos momentos de «alto vuelo» espiritual se pone uno de nuevo en contacto con la superficialidad de lo diario, nuestra alma se siente invadida por una gran decepción, por el sentimiento de un vacío insoportable. Lo auténtico se hace extraño, débil e insignificante en el mundo de lo corriente y de lo cotidiano. Lo que nos ha dado un amigo no podemos explicárselo a nadie. Cuando uno comienza a expresar en palabras lo más peculiar de la experiencia de su amistad, la conversación se hace hueca y suena a falsa. Incluso se avergüenza de proclamarlo ante otros hombres. Este sentimiento de irrealidad puede hacerse tan fuerte que uno se pregunte a sí mismo si no se ha equivocado. Entonces se convierte en un hombre «inseguro». El que verdaderamente ama está siempre inseguro. En esto consiste su grandeza. Ocasionalmente, en uno de esos benditos momentos que le proporcionan ánimo y confianza, logra tener una seguridad interior. Después de la primera conmoción de la amistad y en la amistad de lo absoluto, deberíamos reflexionar con un recogimiento sereno y orante qué es lo que la amistad nos ha aumentado en ser, qué es lo que en ella ha sucedido, por qué en cuanto hombres, precisamente en un encuentro de este tipo, somos trasladados por encima de los límites de nuestra humanidad a lo insondable. Una amistad humana puede conducir hasta la desesperación; y, sin embargo, no hay otro camino hacia lo absoluto. Así está estructurado nuestro ser humano. Hay que mantener estos dos elementos unidos: la amistad y la

total apertura hacia Dios, que en realidad son un solo elemento.

La amistad traspasa la frontera de la propia mismidad. Esto es doloroso. En el amor, el otro se convierte en mi propio yo. De esta manera su dolor se hace también propio. Cada golpe que le afecta, me afecta también a mí, A mi pobreza se añaden ahora los defectos, los fracasos, el cansancio y las preocupaciones del otro. Esta unidad de ser hemos de realizarla en la fidelidad. Hay que aceptar sobre uno mismo las consecuencias de la amistad. La amistad puede también convertirse en un lazo gastado y duro. A veces tiene uno que vivir la destrucción del otro hombre y a la vez regalarle en cada momento un presente creador. El hacer esto cuando nuestro impulso interior se ha apagado, cuando estamos profundamente cansados y hastiados, cuando nuestra propia existencia va perdiendo colorido, cuando nuestro corazón se debilita, es la auténtica y sincera amistad. No existe una amistad feliz, de la misma manera que no existe un «amor feliz», como canta una poesía de Louis Aragon. El soportar este dolor de la amistad y el sentir precisamente ahí una alegría especial, no sólo es posible sino exigido por nuestra condición de cristianos. La amistad es una condición preliminar, esencial para la vida y la vitalidad verdadera.

Ignacio de Loyola en sus famosas «Reglas para hacer sana y buena elección», nos da un valioso consejo sobre cómo debemos decidir en las situaciones importantes de nuestra vida.

Se dice en los *Ejercicios*:

Debo mirar a un hombre que nunca he visto ni conocido, y deseando yo toda su perfección, considerar lo que yo le diría que hiciese y eligiese para mayor gloria de Dios nuestro Señor y mayor perfección de su ánima, y haciendo yo asimismo, guardar la regla que para el otro pongo (n. 185).

Ignacio apela aquí a un impulso muy profundo del corazón humano, a la entrega incondicionada a otro ser. Pero, casi todas las veces que un ser nos ha salido al encuentro, hemos ahogado este impulso puro de amistad y acogida. Siempre hemos traicionado a nuestros amigos en uno u otro aspecto, quizá deseándoles algo malo, quizá no ayudándoles en sus necesidades. O quizá también les hemos traicionado poniéndonos demasiado en primer plano, no dejándoles libres, aferrándonos a ellos, en una palabra, queriendo ser Dios, es decir, el indispensable.

Para ninguno de nuestros amigos somos — hasta lo más profundo y escondido de nuestro corazón — verdaderamente amigos; esto lo sabe muy bien Ignacio. Por eso nos aconseja representarnos una «pura amistad», es decir, imaginarnos un hombre completamente desconocido, nunca visto, un hombre que reúna las características del conjunto de la humanidad y al que deseemos toda la perfección posible. De esta manera puede irrumpir toda la simpatía hacia el ser escondida en nuestro corazón y pronunciar el sí transparente al otro. Con esta disposición deberíamos reflexionar sobre qué le diríamos a este hombre si se encontrara en nuestra situación y tuviera que elegir o decidirse.

Este consejo revela una gran sabiduría y un gran conocimiento del corazón humano. Con frecuencia un hombre totalmente inseguro y confuso en lo que a él se refiere, puede aconsejar con una claridad sorprendente a otro hombre sobre qué es lo que ha de hacer. En esto reside una gracia especial de Dios: la gracia de ser gracia para otros. En la enseñanza de Ignacio hay algo más que una norma psicológica. Ahí está en germen toda una teología, una doctrina sobre la gracia de la amistad humana y quizá también una orientación para el futuro humano.

MEDITACIÓN SOBRE EL AMOR

✱ **E**N esta meditación queremos reflexionar sobre la actividad cristiana más fundamental: el amor. Esta palabra resulta hoy — quizá ha sucedido lo mismo en todos los tiempos — tremendamente «equivoca». Ciertamente sobre el amor se pueden decir frases grandilocuentes; pero solamente aquel que lo haya experimentado podrá comprender cuál es la esencia más íntima del amor. ¿Quién es el hombre cuya existencia ha llegado a ser radicalmente auténtica? El cristianismo responde: el hombre que ama.

Vamos a intentar esbozar una imagen real y coherente de esa realidad que se llama amor; que nos sobreviene como un destino y cuyo poder incomprensible sentimos en nosotros. Proviene de lo profundo del inconsciente y es como una necesidad interior, como una fuerza que nos arrastra violentamente cuando la sentimos. Cuando se ama no se puede hacer otra cosa que amar. El amor actúa en nosotros como una extraordinaria fuerza de choque, casi dolorosa. «Estoy enferma de amor», dice la esposa en el Cantar de los cantares. Por eso mismo el amor puede convertirse también en una asoladora catástrofe de nuestra existencia. Esto significa, por tanto, que el hombre debe aprender a amar, a dominar esa excitación de toda la persona que se eleva misteriosamente desde su alma. No debe

dejar crecer sin fin determinado y sin sentido toda tendencia amorosa, sino que tiene que ir conformándola, dándole su plenitud o negándosela. De esta manera el amor auténtico y maduro es una «virtud», es decir, una actitud frente al mundo fatigosamente aprendida. Si no se «aprende» bien, el amor puede producir un dolor sin medida. Resulta enigmático: «tenemos que» amar y al mismo tiempo «aprender» ese amor en medio de dolores y contrariedades. El mero «sentimiento» del amor puede inflamar al hombre hasta una fiereza demoníaca. ✕

Será conveniente no utilizar en esta meditación palabras altisonantes. Las cosas delicadas hay que tratarlas con delicadeza. En toda la historia del espíritu occidental no hay otro texto (quizá con excepción de la «Contemplación para alcanzar amor» de san Ignacio de Loyola) más fundamental sobre el amor como «actitud aprendida», que el capítulo 13 de la primera carta del apóstol Pablo a los corintios. Intentaremos considerar este texto de manera meditativa (no exegética) y aplicarlo a nuestra existencia. Es quizá la expresión más densa y significativa de la actitud del cristiano en el mundo. Dice Pablo:

Ya podría yo hablar las lenguas de los hombres y de los ángeles; si no tengo amor, no soy más que un metal que resuena o unos platillos que aturden. Ya podría tener el don de profecía y conocer todos los secretos y todo el saber; podría tener una fe como para mover montañas; si no tengo amor, no soy nada. Podría repartir en limosnas todo lo que tengo y aun dejarme quemar vivo; si no tengo amor, de nada me sirve.

El amor es comprensivo, el amor es servicial y no tiene envidia; el amor no presume ni se engríe; no es mal educado ni egoísta; no se irrita, no lleva cuentas del mal; no se alegra de la injusticia, sino que goza con la verdad. Disculpa sin límites, cree sin límites, espera sin límites, aguanta sin límites. El amor no pasa nunca. ¿El don de profecías? Se acabará. ¿El don de lenguas? Enmudecerá. ¿El saber? Se acabará. Porque inmaduro es nuestro saber e inmadura nuestra pro-

fecía; pero cuando venga la madurez, lo inmaduro se acabará. Cuando yo era niño, hablaba como un niño, sentía como un niño, razonaba como un niño. Cuando me hice un hombre, acabé con las cosas de niño. Ahora vemos en un espejo de adivinar; entonces veremos cara a cara. Mi conocer es por ahora inmaduro; entonces podré conocer como Dios me conoce.

En una palabra: quedan la fe, la esperanza y el amor: estas tres. Pero la más grande es el amor (1 Cor 13, 1-13).

Este estupendo texto sobre cuyo contenido antropológico-filosófico vamos a reflexionar, es una curiosa serie y mezcla de afirmaciones, comparaciones, contraposiciones e interpretaciones. Pero un análisis más detenido nos va a dar por resultado que no existe otra manera de hablar sobre el amor. Lo más peculiar consiste en que Pablo no se preocupa por definir el amor. Lo delimita respecto a otras virtudes y aptitudes; gira en torno a él; enumera sus propiedades. Todo esto encierra ya una afirmación significativa: no se puede hablar sobre el amor; hay que haberlo sentido; hay que haber sido conmovido por él. El amor es una vivencia originaria de nuestra vida. Pero lo que es realmente originario resulta inasible; no podemos ni debemos «discutir» sobre ello. Lo esencial escapa siempre a nuestros esfuerzos intelectuales y a nuestras palabras. Solamente se da como experiencia.

El amor es todo

Ya podría yo hablar las lenguas de los hombres y de los ángeles; si no tengo amor, no soy más que un metal que resuena o unos platillos que aturden.

No es nuestra intención analizar al detalle lo que Pablo trataba de decir a la comunidad de Corinto, sino más bien saber lo que él mismo había sentido. Seguramente existían en Corinto hombres «espiritualmente do-

tados» que llegaron al culmen de lo humanamente vivenciable y que podían expresar lo indecible aunque de manera balbuciente. Aquí no tienen importancia las particularidades históricas y psicológicas de esta «glosolalia». Lo importante para nosotros es la experiencia fundamental: aunque hables lo más sublimemente que un hombre pueda, aunque hables incluso como los ángeles, si no tienes amor, todo es pura «hojalata»; no has realizado ni experimentado lo auténtico; tu hablar resultará agradable, incluso hará vibrar y conmoverá los corazones. Pero, ¿qué hay detrás de todo esto? Nada; el vacío; pura oquedad. Pronuncias palabras que no captan lo auténtico. Tu lenguaje, tus palabras son conmovedoras, sugerentes, clarificadoras, sencillamente estupendas. Pero tú no estás detrás de tus palabras y tu lenguaje se convierte en insignificante, «lejano», entristece a quien lo escucha. Te buscas únicamente a ti mismo, quieres causar impresión. Si todavía no has amado nunca, ¿cómo te atreves a hablar sobre lo auténtico? Tus palabras se perderán, pues no son más que una autosatisfacción y una grandiosa autopresentación. Demuestra antes que colocas a los demás por encima de los intereses de tu propia existencia, que quieres librar al otro de todas las preocupaciones, dolores y heridas que puede causarle nuestro mundo. Protege primeramente al otro, si es necesario incluso contra sí mismo. Lucha por el otro, defiéndelo, dale vida y crecimiento interior. El amor para Pablo es ante todo un acto de servicio. Pero nuestras palabras son siempre huecas y vanas. Primero tenemos que probar existencialmente que nuestras palabras son honradas. Resulta sencillo seducir al otro. Pero ni siquiera los discursos más llenos de contenido sirven para nada si detrás no está el amor, que se comunica de manera callada y silenciosa, con un simple estar juntos y con permanecer fieles. Cualquiera puede decir bellas palabras. Pero el verdadero lenguaje del amor suena

totalmente distinto. Lo que verdaderamente suena en él es la entrega personal y no la emoción o una explicación inteligente.✕

Ya podría tener el don de profecía y conocer todos los secretos y todo el saber; podría tener una fe como para mover montañas; si no tengo amor, no soy nada.

Una nueva delimitación, todavía más impresionante. «Profeta» es un hombre que sabe explicar los acontecimientos del mundo en la perspectiva de la gracia de Dios. Un hombre conoce «todos los secretos», cuando puede permanecer extasiado ante lo inexplicable y abrazarlo con toda la sensibilidad de su existencia, con una penetración siempre creciente en la verdad oculta. Un hombre «cree» cuando — aunque quizá todavía dudando interiormente — se adhiere a una realidad no reducible a la materia de nuestro mundo; cuando es absorbido, hasta lo más profundo de su existencia, por un absoluto que no puede explicar; cuando por medio de esa fuerza interior que le absorbe puede a veces hacer cosas que «sorprenden» a los demás, incluso a las leyes del universo; un hombre, en fin, que puede «mover montañas».

Con estas tres propiedades se ha esbozado un cuadro sugerente de la existencia humana: existencia profética, científica y creyente. Antropológicamente: una dinámica que comprendiendo todo el ser del hombre parte desde lo auténtico hacia lo auténtico. Pero incluso a esto dice Pablo, no. Todo esto no vale realmente. Ni la profecía, ni la ciencia, ni la fe, aunque importantes e indispensables, constituyen el último fundamento, sino el amor.

¿En qué consiste este amor al que Pablo coloca en un lugar tan preeminente? Cuanto más intensamente lo delimita Pablo respecto a otros «dones espirituales», resulta más patente que no somos nada si no amamos.

Podría repartir en limosnas todo lo que tengo y aun dejarme quemar vivo; si no tengo amor, de nada me sirve.

Karl Barth dice a propósito de este pasaje:

Existe en realidad un amor sin amor, una entrega que no es entrega; un paroxismo del egoísmo que tiene la forma, hasta en los más mínimos detalles, de amor auténtico y extremo a Dios y al hermano, pero que no tiene en cuenta ni a Dios ni al hermano... Sólo cuenta el amor y no los actos de amor en cuanto tales, ni siquiera los más grandes, pues se pueden realizar también sin amor y entonces carecen de significado, más aún, van contra Dios y contra el hermano.

Si antes hemos definido el amor como un hacer, ahora añadimos el «desprendimiento» como elemento esencial del amor. También en un supuesto «amor» nos podemos buscar a nosotros mismos. De la misma manera puede perderse el amor en actos a primera vista desinteresados. Se pone en evidencia de este modo una singular propiedad del amor: el «no saber nada de sí mismo», el «no mirarse a sí mismo», el desinterés. Se puede entregar todo, incluso la propia vida, pero si no se hace totalmente «gratis», entonces no vale nada.

✧ Hemos llegado al borde de lo indecible. Quizás el verdadero amor consista en lo que expresa el verso del salmista: «Me he convertido en una bestia de carga delante de tu rostro, en un puro vacío...». Este «no saber nada de sí mismo», esta pureza de la entrega, este «no querer nada de los demás», esta «aceptación del ser extraño» tal como es, significa amor: sin este desprendimiento fundamental no somos nada, por más actos de amor que realicemos. No amamos, sino que sólo buscamos nuestro propio yo. Quien ha amado alguna vez comprenderá esto: incluso la bondad puede causar mal al otro, incluso con la entrega se le puede ofender. Mientras que el amor no se libere del propio yo, no es amor. ✧

El razonamiento de este sorprendente texto es inexorable pero al mismo tiempo beneficioso. Nos descubre las verdaderas dimensiones del ser humano. De manera sorprendente Pablo prosigue en una dirección inesperada. Nos describe — de forma positiva al principio y después negativa — las propiedades de esta actitud esencial del hombre, sobre la cual antes había afirmado que él nada podía decir.

Propiedades del amor

La descripción del amor que hace Pablo es muy fragmentaria. Se puede sospechar que este hombre ha experimentado el verdadero amor; precisamente por ello le resulta imposible hablar sobre él. El núcleo de su pensamiento no proviene tanto de su cerebro como de su corazón; por eso tiene una extraña lógica que solamente el corazón puede comprender. La experiencia que vibra en él suscita pensamientos fragmentarios, conocimientos intuitivos, cada uno de los cuales apunta a lo esencial.

El amor es comprensivo

✦ Pablo comienza de forma positiva a expresar su experiencia del amor. La descripción comienza con una propiedad de poca apariencia pero llena de vida: la comprensión. Significa en el fondo que un hombre puede perseverar largo tiempo al lado de otro, incluso hasta la muerte; que sabe aguantar al prójimo, no con una negligencia indiferente, sino con fidelidad creadora. Es la valentía de «soportar» al otro, de ayudarlo a realizar su existencia; la valentía de vivir en el tiempo probando siempre de manera diferente y nueva la entrega al ser amado; la valentía para no romper el hilo del amor, sino demostrarle mediante la vivencia de cada momento que

el otro en todas las situaciones de la vida puede contar con que permaneceremos a su lado.

Sin esta valentía de la entrega perseverante y fiel, la convivencia entre los hombres puede convertirse en un infierno. La autoeducación para una fidelidad dispuesta a la renuncia, el no capitular ante la tarea de la perseverancia, la superación lenta de los roces, el dominio de la volubilidad del instinto, son condiciones esenciales del amor auténtico y del auténtico ser humano. Bajo este punto de vista el amor consistiría en un eterno existir incondicional para la persona del otro.✕

*El amor es servicial
y no tiene envidia; no presume*

✧ Esta comprensión callada, humilde y abierta al ser del otro en todas las situaciones de la vida, tiene que estar sustentada por una servicialidad que en la sagrada Escritura aparece como «suavidad» (en todas sus acepciones). Es una tranquila imperturbabilidad en una convivencia que está amenazada por tanta agitación, nerviosismo e inquietud; es además la silenciosa aceptación de los defectos y de las inconstancias del ser amado, de su rechazo, de su desasosiego interior, de sus desfallecimientos corporales y espirituales; es el respeto maduro al otro con consideración, gentileza y simpatía.✕

Un amor de esta clase no es envidioso, no busca el reconocimiento que le corresponde, no lucha contra las otras personas, no tiene enemigos; no busca la ocasión de coger en fallo al otro ni se preocupa de catalogar los fallos de los demás; no convive con ese rencor malsano hacia los demás que destruye la vida y que en el fondo no es sino autojustificación.

Un amor servicial y sin envidia, tampoco presume. No se pone en primer plano, escucha incluso cuando el

otro «dice tonterías», no coloca su yo en el **escaparate** de la admiración o de la compasión.

Ahora vemos lo sencillo, luminoso y claro que **es este** amor del que habla Pablo; pero también caemos en la cuenta de cuánto esfuerzo y superación exige a diario y a cada momento. Son pequeñas cosas, inadvertidas e incluso evidentes, pero de las que resulta la actitud más profunda hacia el ser. Sin embargo estas cosas tan «evidentes» no lo son tanto cuando se intenta realizarlas cada día.

*El amor no se engríe;
no es mal educado ni egoísta*

Pablo busca ahora por otro lado. Quiere mostrar la figura del amor verdadero y maduro en el espejo cóncavo de las negaciones. Es curioso cómo encadena esta serie de negaciones.

En primer lugar dice que el amor no se engríe. Con ello piensa en una importante propiedad del amor, que su expresión simbólica nos hace evidente, pero que sin embargo resulta difícil de expresar con palabras. Se refiere al hombre que no se hace más grande de lo que en realidad es; que no encierra en sí nada hueco y vacío; que no sobrevalora su propio yo, sus deseos, sus ambiciones y su importancia. El amor verdadero no llena con su propio ser el espacio de la existencia, sino que más bien se aparta, deja espacio libre para que la vida pueda prosperar. No se llena de insignificancias, sino que deja penetrar al ser del otro, su sensibilidad, su alegría, sus pensamientos, su existencia individual, dentro de sí mismo. Únicamente el que sabe aceptar el regalo del ser ajeno ama verdaderamente. Por el contrario «se engríe» el que acentúa continuamente su yo expulsando a los demás del espacio existencial. El amor, en cambio, significa

discreción, desprendimiento interior, no acentuarse a sí mismo; ofrece a los otros aquello de lo que quizás él mismo se priva; incluso se alegra de que el prójimo sea más importante.

El amor verdadero se reconoce en que «no es mal educado». No hay que entender esta expresión de manera moralizante. Alude a un proceso interior: la finura y la delicadeza del amante. En el amor no se puede ser grosero porque se está de tal manera preso por el ser amado que uno se siente obligado, por un impulso interno, a ser delicado con él. El embrutecimiento del amor se traduce inmediatamente en un descenso de modales. El amor lleva en sí algo noble. Reconoce lo bueno en el otro y le hace sentir y trata de mantener alejado lo desagradable para que no se originen molestias ni sufrimientos. Esta actitud consiste sencillamente en hacer posible la vida a los demás, en superar las situaciones violentas, en respetar la sensibilidad de los demás, es decir, en reconocer la dignidad de la otra persona.

De esta forma surge *la* propiedad esencial del amor: no es «egoísta». Esto es terriblemente difícil. En la vida de todos nosotros aparece alguna vez el hastío. ¡Es tan descorazonador no ser más de lo que uno es! Siempre lo mismo, siempre la miseria de la propia existencia. Queremos progresar, aun a costa de los demás. Pensamos que todos nos decepcionarán e intentamos huir de nosotros mismos. En esto se esconde el peligro más importante que amenaza a la esencia misma del amor: la tentación de utilizar a los demás hombres para que afirmen y enriquezcan nuestro yo.

¿Cómo es posible que el hombre supere este impulso? Hemos llegado de nuevo al límite de lo explicable. A mi parecer, la única respuesta es: por medio del amor. Este es el secreto del amor, lo insondable de una entrega olvidada de sí. La esencia del amor está en «superar sin

darle importancia esta oscura tentación que el amor tiene que superar en el hombre amante» (Karl Barth). El amor, mientras ama, no puede buscarse a sí mismo. Es incapaz de ello.

Ahora el pensamiento de Pablo experimenta un brusco cambio de dirección. Pasa a describir la victoria del amor en la vida de cada día.

El amor no se irrita, no lleva cuentas del mal; no se alegra de la injusticia, sino que goza con la verdad.

✕ Una característica esencial del amor consiste en el «desprendimiento» de toda la existencia; uno no se harta de los demás, no se le «crispan los nervios» fácilmente. El amor no se enemista con nadie, supera radicalmente la «irritación».

Esta superación consiste en primer lugar en «no llevar cuentas del mal», en no contabilizar las faltas ajenas, en no tener en cuenta lo malo que sin duda el tú querido lleva consigo. El amor auténtico no puede nunca pronunciar la perversa frase que tan a menudo se oye: «Te perdono, pero no lo olvido» ✕ En la segunda carta a los corintios vuelve a insistir Pablo en el mismo pensamiento:

Mas todo esto viene de Dios, que por Cristo nos ha reconciliado consigo y nos ha confiado el ministerio de la reconciliación. Porque a la verdad Dios estaba en Cristo reconciliando el mundo consigo y no imputándole sus delitos, y puso en nuestras manos la palabra de reconciliación (2 Cor 5, 18-19).

✕ El «llevar cuentas del mal» puede transformar con el tiempo incluso al ser más querido en un monstruo, en una «cosa» que ya no se puede soportar. Pertenece a la esencia del amor el no «llevar cuentas», ni contabilizar.

Esta actitud desprendida del amor no tiene nada en común con aquella otra que «se alegra de la injusticia»,

con la vileza interior de quien ve con satisfacción que el otro haya dado un mal paso, que algo le haya salido mal o que por fin «haya quedado en ridículo». En una vida así se quiebra la autenticidad del amor. Desde aquí sólo hay un paso hasta la soberbia, hasta la monstruosa frase que el hombre se atreve a decir delante de Dios, que se dejó crucificar y despreciar por nosotros: «Señor, te doy gracias, porque no soy como los demás hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni como ese publicano».

En Pablo, por el contrario, se dice del amante que «goza con la verdad». Es una alegría que brota a la luz de la existencia ajena; un profundo querer bien. Me alegro de que el otro haya logrado un alto grado de conciencia, de libertad, quizá también de éxito en el mundo, de desprendimiento y de entrega. Es la actitud en la que Dios se nos presenta desde la creación del mundo hasta la eternidad. Juan la sintetizó en unas pocas palabras que expresan lo esencial del cristianismo: «Dios es mayor que nuestro corazón» (1 Jn 3, 20).✕

El amor maduro

Las exigencias que hasta ahora nos ha expuesto Pablo son tan altas, que el apóstol cae en la cuenta de repente que este amor es humanamente inasequible. Debemos tener paciencia con nosotros mismos. Si queremos amar, debemos empezar siempre de nuevo, siempre con nueva iniciativa y libertad, con aguante y perseverancia en aquello que nos queda todavía por hacer y que nunca conseguimos. En cuatro expresiones nos muestra Pablo este proceso de maduración del amor. El auténtico crecimiento se realiza siempre lentamente. Paciencia — en su forma existencialmente realizada — en el hombre que se cons-

truye, que se comprende rectamente a sí mismo y sus relaciones con los demás.

El amor disculpa sin límites, cree sin límites, espera sin límites, aguanta sin límites

✧ En primer lugar aparecen cuatro sencillos conceptos. Disculpar, creer, esperar y aguantar. ¡Con qué frecuencia al amar somos explotados! Estamos indefensos, perdemos nuestra mismidad, nos sentimos como un juguete. El otro se toma quizás el amor demasiado a la ligera. El amor tiene que disculpar esta decepción y aguantarla con fe y esperanza. Pero frecuentemente nos encontramos tan cansados, que lo único que deseamos es terminar de una vez. No creemos ya en el otro, porque sentimos e incluso tenemos pruebas de que somos engañados. No esperamos ya en un verdadero cambio. Este amor no puede aguantar más.

Pero, si somos honrados, hemos de ver la realidad desde el otro punto de vista. Ciertamente existen situaciones en las que uno reconoce que el supuesto amor no ha cristalizado en una comunión verdadera. Entonces hay que apartarse de él. Pero si se ha iniciado una unión, quizá dolorosa, entonces el único remedio es la disculpa, la fe, la esperanza y el aguante. ¿Qué sería de nuestro mundo si nadie pudiera aguantar junto a un tú? ✧

Con estas cuatro propiedades del amor maduro en realidad Pablo no hace sino descubrir la única actitud de fondo: mediante mi amor desprendido doy al otro la posibilidad de amar; le hago sentir, cuando estoy junto a él, que está seguro en mi mirada, que puede perfectamente ser el que es o el que desearía ser; que mi ser no le oprime; que no le echo en cara lo que es; que veo en él al que debería ser. Quizá despierten en él — no de una vez sino a lo largo de los diferentes encuentros —

nuevas posibilidades. Con ello le hago sensible a su autenticidad humana.

El amor no pasa nunca. ¿El don de profecías? Se acabará. ¿El don de lenguas? Enmudecerá. ¿El saber? Se acabará.

Pablo vuelve ahora al punto de partida de su exposición, pero como en una espiral se coloca en un nivel más elevado. Lo que llevarán nuestras manos al final de la vida no serán nuestros rendimientos y aptitudes. Lo que construye nuestra existencia verdadera y duradera para la eternidad, es justamente el soportar la carga del amor, nada más. Todo lo que hemos conocido, todo lo que tanto nos ha conmovido interiormente, todo lo que hemos podido expresar y formular, es decir, toda la esfera de nuestro dominio y actuación en el mundo, todos nuestros rendimientos se transformarán un día. Sólo el amor posee una continuidad radical. El amor es lo único que llegará intacto e íntegro a la plenitud eterna. El amor es una «línea continua»; es el presente de la promesa cumplida. Pablo expresa esto con mucha más claridad en la frase siguiente, que relativiza de una manera radical todos nuestros éxitos:

Porque inmaduro es nuestro saber e inmadura nuestra profecía; pero cuando venga la madurez, lo inseguro se acabará.

✧ Realmente en nuestra vida no podemos llevar nada a feliz término. El ansia, el anhelo, el querer, van siempre por delante; la realización queda siempre atrás. Solamente el amor posee consistencia. Todo lo demás es una realización fragmentaria. Lo que hace años, incluso hace meses, le parecía a uno tan claro y evidente, de repente se mues-

tra pobre e inexpresivo; no simplemente sin valor, pero sí como una realización fragmentaria.

Ciertamente en una existencia vivida intensamente se realiza una profundización. Nos asalta el deseo de la quietud, de la interioridad, del recogimiento. Pero esta quietud exige un aprendizaje. De lo contrario se atrofia algo en nosotros y permanecemos insertos en el engranaje de pensamientos fragmentarios, en la inquietud del anhelo y de la angustia. Es necesario saber detenerse ante un pensamiento importante o ante una cuestión seria. Sólo entonces alcanzaremos la interioridad y la profundidad verdaderas. Hasta que no hagamos del silencio una forma de vida no brotará de la existencia algo así como sabiduría y comprensión tranquila, que en el fondo no es otra cosa que amor. Este amor es el que permanece. Solamente el amor puede realizar la auténtica unidad de la vida, la conciliación de las diferencias, de las divisiones, de las paradojas y contradicciones que dificultan nuestro pensamiento y nuestro lenguaje, la unión plena con los amigos, con la naturaleza e incluso con la propia vida. De lo contrario nosotros mismos seremos una realización fragmentaria; seres extraños en un mundo extraño. Por eso dice Pablo:

Cuando yo era niño, hablaba como un niño, sentía como un niño, razonaba como un niño. Cuando me hice un hombre, acabé con las cosas de niño.

El apóstol no habla aquí contra esa grandeza, elogiada en el evangelio, que se llama infancia; no va por tanto contra la sencillez y la inmediatez del espíritu, ni tampoco contra la capacidad de ser o hacerse interiormente inocente, que son propiedades de la autenticidad humana muy difíciles de alcanzar. Habla contra el «infantilismo», que no quiere madurar y que permanece continuamente sujeto a lo momentáneo. Por eso al adulto que juega con la vida

y que no sabe tomar con seriedad sus deberes y sus tareas, le llamamos «infantil».

Precisamente este infantilismo irresponsable de pensamiento, de lenguaje y de juicio nos cierra el camino del amor auténtico, ya que el amor, tal como lo hemos indicado antes, lleva consigo una gravedad especial e incluso un riesgo amenazador. En el amor hace falta «ser constante»; no se puede jugar con él o eludirlo irresponsablemente. Nuestra existencia madura hacia lo esencial exponiéndonos a la preocupación, a la seriedad y al desgaste del amor. Solamente de esta manera «nacemos» a nuestra propia existencia.

Pero, ¿hacia qué futuro se dirige este «nacimiento» del hombre que tiene lugar en el amor? Sobre ello habla Pablo en la cuarta parte de este denso texto.

Futuro del amor

¿En qué consiste la promesa de la existencia madura en el amor? El apóstol la expresa en tres frases:

Ahora vemos en un espejo de adivinar; entonces veremos cara a cara.

Pablo se refiere a nuestra visión fragmentaria que — como en todos los espejos — es siempre «al revés» y que (se trata de un espejo antiguo que no era más que un trozo de metal finamente pulido) refleja los rasgos de manera borrosa. Vivenciamos lo esencial en un medio extraño formado por conceptos e intuiciones; todavía no se nos da como experiencia directa de tú a tú. En el fondo experimentamos casi todo «al revés»: Dios está muy «cerca» y nosotros creemos que está muy «lejos»; Dios está muy «lejos» y nosotros creemos que está muy

«cerca». Esta forma de existencia se transformará totalmente. Dios será radicalmente un tú, lo veremos cara a cara, de forma directa, sin intermediarios, en un mirar y en contacto recíproco. En la medida en que ame se realizará entre Dios y yo lo que lejanamente sospechan los amigos y los amantes en el momento más sublime de su comunión: yo soy tú y tú eres yo. El amor se despliega hacia una perfectibilidad absoluta. Esto significa:

Mi conocer es por ahora inmaduro; entonces podré conocer como Dios me conoce.

En esta frase insignificante está contenida la plenitud de la promesa de nuestro amor todavía terreno. Conoceremos a Dios tal como él nos conoce, es decir, penetraremos en la inmediatez de su mirada y de su presencia. Ciertamente seguiremos siendo criaturas, pero comprenderemos a Dios con todas las fibras de nuestra existencia, tal como él nos comprende. En realidad esto significa que llegaremos a ser Dios. La dinámica fundamental de mi existencia terrena se desarrolla en una penetración creciente en el absoluto. Por ello Pablo dice finalmente:

En una palabra: quedan la fe, la esperanza y el amor: estas tres. Pero la más grande es el amor.

También en este eterno cara a cara quedan la fe y la esperanza, aunque transformadas en una relación inmediata con Dios y elevadas a la contemplación, pero no obstante reales. La fe permanece: un continuo cara a cara y una amorosa entrega; la esperanza permanece: un poder y un querer recibir todavía más del amor eterno. Ciertamente estas dos deben cambiar su «forma» terrena. No adquirirán su plenitud con la oscuridad y palidez

terrenas, sino con una penetración creciente en la luz y felicidad de un Dios siempre «creciente».

Así interpreta Ireneo de Lyon este pasaje de Pablo:

Dios tiene que ser siempre el más grande. Y esto no sólo en este mundo sino también en la eternidad. Por ello Dios permanece siempre como maestro y el hombre como discípulo. Sin embargo el apóstol dice que cuando todas las cosas hayan desaparecido permanecerán todavía la fe, la esperanza y el amor. Pues la fe en nuestro maestro permanece para siempre y además podemos seguir esperando el recibir algo más de Dios como don... Precisamente porque es la bondad y porque posee unas riquezas inagotables y un reino sin fin.

Pero el amor es lo más grande. ¿Por qué? Porque él y sólo él puede adquirir su plenitud sin cambiar la forma. Nuestra fe y nuestra esperanza pertenecen todavía a lo fragmentario; permanecen eternamente pero deben tomar una forma radicalmente nueva: la forma del seguro, tranquilo, pero — por la finitud de Dios — eterno caminar en Dios. Sólo el amor permanece tal como es, si realmente es amor. Esto significa por tanto que se puede y se debe interpretar ya como una anticipación de lo definitivo. Presencia del cielo en nuestra vida terrena.

MEDITACIÓN SOBRE LA MAGNANIMIDAD

TODOS hemos experimentado de diversas formas que nuestra vida es grande, está abierta a lo inverosímil e inalcanzable, y nuestro ser supera esencialmente nuestro existir. También hemos experimentado que si el hombre quiere permanecer en su condición humana debe desarrollarse continuamente por encima de sus propios límites, debe comenzar siempre de nuevo, debe estar dispuesto para las exigencias y urgencias de algo todavía mayor. La plenitud de sus anhelos es mayor que su realización concreta. La continua superación de sí mismo, el anhelo de lo inasible, es la paradoja de la existencia humana. El hombre por naturaleza debe realizarse en una apertura, disponibilidad y dirección hacia lo absoluto. Más aún, todo esto ya lo hemos experimentado; pero no basta con haberlo experimentado. El hombre auténtico vive continuamente su existencia a partir de esta experiencia. Una existencia que tiene el valor de responder a las exigencias con renovado anhelo de superación, está realizando lo que los antiguos designaron como *magnanimitas*, la virtud de la magnanimidad.

¿Cómo sería un hombre que realmente llevase a cabo la grandeza de su existencia? No se «mediría» por la exterioridad de su existencia, de su destino concretamente

realizado. Su alma estaría llena de sentimientos y sensaciones. El que reconozcan sus méritos no le supondría gran cosa. Se diría para sí: ninguna alabanza ni reconocimiento alaban ni reconocen lo que soy en lo más profundo de mi ser. Los contratiempos y las injurias, los golpes del destino no le afectarían en lo esencial. Pasarían de largo ante lo más auténtico de su persona. Su medida real estaría en el anhelo, es decir, en el impulso más íntimo y más secreto de la existencia hacia la grandeza existencial. Su existencia sería «ardiente». En él se haría realidad lo que Tomás de Aquino designa con una extraña expresión, *opinio vehemens*: el entusiasmo, la energía y la fuerza concentrada del sentido. Saldría al paso de su vida, de sus encuentros, de los diferentes acontecimientos de su existencia, de todo lo que le ocurriera, con toda su alma; estaría verdaderamente «presente». No de manera exaltada, sino con una seguridad tranquila y pacífica, pero también con una intrepidez que todo lo emprendería.

Según la teología medieval la *tranquilidad*, la *serenidad* y la *intrepidez* son los tres componentes esenciales de la magnanimidad, que consistiría en un impulso escondido del alma que en todas las situaciones vitales busca la *grandeza*, que no se deja oprimir por nada, que siempre ve y encuentra salidas.

Si todo esto que hemos intentado explicar ahora brevemente se realizara en un hombre como actitud estable, entonces hablaríamos de la virtud de la magnanimidad o mejor del valor para la grandeza. En dicha existencia habría sitio para lo extraordinario. No sería un vulgar eslabón de un engranaje. Este hombre tendría que sufrir mucho: las copas de los árboles más altos son las más sacudidas. Las tempestades acometen a los grandes. Pero al mismo tiempo tendría una espléndida sencillez, que se reflejaría en su lenguaje. Expresaría las verdades más grandes con las palabras de un niño. ¿No resulta sorprendente

que los grandes reformadores del Carmelo — Juan de la Cruz y Teresa de Avila — cuando hablaban de la dureza y el dolor de la experiencia mística, lo hiciesen con poesías y canciones en las que se trataba de amor y de flores? En esta grandiosa actitud frente al ser no estaría mezclada ninguna arrogancia. Este hombre consideraría su auténtica grandeza como un regalo inmerecido. Lo cual pertenece a la más profunda legitimidad del auténtico ser personal y encuentra en el evangelio su confirmación: la criatura más humilde puede estar convencida de tener ante sí un destino grandioso; de tal modo que le es lícito recitar con sencilla evidencia e ingenuidad todas las frases del Magnificat.

¿Qué es lo que nos impide manifestar diariamente esta alegre liberación del alma, esta generosidad del sentimiento, de la vida, del pensamiento y del compromiso vital? Los autores espirituales de la vida monástica nos advierten sobre dos peligros, dos estados del espíritu, que repliegan al hombre en sí mismo y en su estrecho mundo: la desidia y la angustia.

La desidia

La desidia (*acedia*) no tiene nada que ver — según los clásicos de los escritos monacales, como Casiano o Bernardo de Claraval — con la ociosidad o la pereza de las que nos han precavido nuestros maestros, nuestros padres y hasta los hombres de negocios. Su contrario no se llama diligencia y espíritu de trabajo, sino magnanimidad o grandeza de ánimo (*magnanimitas*). La desidia y el tedio no son pecados de la juventud. Son más bien un «demonio meridiano» que le asalta al hombre en el medio de su vida, en la situación crítica de su «segunda conversión». Es una tentación que acomete al espíritu desilusionado

de la vida, de tal manera que su significado pleno se conoce solamente en el círculo de los ya formados, en las celdas de los monjes. San Buenaventura dice que esta tentación es tan especial y única que los habitantes de este mundo apenas la pueden comprender y darle nombre. Consiste en una tristeza única, en un desánimo ante la grandeza del alma, en una huida del espíritu de sí mismo.

El hombre invadido por ella pierde el gusto por todo. Querría abandonar su núcleo más íntimo y evadirse en la actividad, en el mundo de los compromisos, del éxito, en la maraña de lo insignificante. Es la inerte tristeza del corazón que no quiere o no puede exigirse ya la grandeza. Es la huida de sí mismo, la náusea y el aburrimiento ante lo grande, la desesperación de una sequedad interior, la desolación interior de la debilidad.

Esta huida ante lo esencial se muestra en la agitación errante del espíritu; en la palabrería; en una insaciable curiosidad; en el desorden de ver, oír y experimentar; en el desasosiego interior; en un espíritu invadido por toda clase de representaciones e imágenes; en la inestabilidad del lugar y de las decisiones; en la indiferencia apática; en la pusilanimidad; en una extraña indisposición hacia los demás y en un continuo rencor y descontento contra todo lo que ofende al propio ser.

Hemos ordenado este elenco sirviéndonos de los análisis de Gregorio Magno, Casiano y Tomás de Aquino. Más o menos contiene todos los síntomas de aquello que Kierkegaard caracterizó como «desesperación de la debilidad» en su obra *Enfermedad de muerte*, o que Heidegger designó como la «existencia cotidiana» en *Ser y tiempo*: la triste, malhumorada y estúpidamente egoísta renuncia a la grandeza.

Hemos encontrado en Gregorio Magno una breve indicación sobre cómo vencer esta desgana y parálisis del impulso del espíritu. Dice así:

El pecado de la desidia espiritual, de la desgana del alma sólo se puede superar si el hombre piensa de continuo en los bienes celestes. Es imposible que un espíritu que se alegra esperando serenamente en cosas tan alegres, se sienta desanimado.

Este pensamiento es algo más que un piadoso consejo. Aquí encuentra su expresión la actitud esencial de la existencia cristiana: el cristiano vive desde el cielo. Las llamadas «realidades últimas» son de hecho las «primeras». El hombre tiene que intentar comprenderse radicalmente a partir de su plenitud. Lo que se realiza en la existencia cristiana es en el fondo solamente un «nacimiento». El cristiano vive, en cuanto es cristiano, en la alteridad radical, en una grandeza única, en un futuro insuperable que se llama cielo. Por eso el gusto por la felicidad, la confianza, la alegría de lo grande, no pertenecen *también* al cristianismo, sino que caracterizan toda la realidad cristiana como esperanza y orientación hacia adelante, como el amanecer de un día esperado. Un hombre comienza a ser cristiano cuando demuestra a su prójimo mediante una actitud ejercitada y vivida que nuestra vida está aún en devenir, que Dios nos ha preparado una alegría eterna, que caminamos hacia una vida infinita y plena.

En definitiva ser cristiano consiste fundamentalmente en testimoniar en todas las situaciones, incluso en las más difíciles, la liberación, la gozosa tendencia hacia lo grande. En cuanto cristianos no tenemos tiempo ni siquiera para estar tristes, desanimados o abatidos, para contentarnos con nuestros éxitos olvidando la esperanza. Tenemos tan poco tiempo y existen tantas cosas en la que podemos y debemos esperar...

Esto exige de nosotros fidelidad en la esperanza y constancia en la espera. Conforme a ello debemos medir nuestro ser cristiano, nuestro testimonio cristiano en el

tiempo actual. Hoy día no necesitamos cristianos cansados, disgustados, satisfechos. El futuro es un problema básico para el hombre actual. Este hombre sabe que está al comienzo de su desarrollo tanto biológico como espiritual. Por eso la mejor prueba de la verdad del cristianismo que podemos dar, es testimoniar con nuestro pensamiento y con nuestra vida que el cristianismo es la religión de la esperanza radical, que los cristianos forman el germen auténtico de una nueva humanidad y que, por tanto, donde el cristianismo es «radicalmente esperado», se encuentra ya presente actuando, aunque sólo sea bajo formas extrañas y desconocidas, pero en definitiva reales.

La angustia

La angustia es uno de los fenómenos más corrientes y a la vez más difíciles de describir en la vida del espíritu. Puesto que invade la vida de todos nosotros y es nuestro mayor tormento, hemos de procurar analizarlo con gran cuidado. Resulta fácil entretener a los hombres cuando son felices. Pero es difícil decir o escribir unas pocas palabras que puedan ayudarles en los momentos difíciles. Y los momentos de angustia son los más difíciles de nuestra vida. Son difíciles porque nos «estrechan». La palabra angustia, derivada de la latina *angustus* («estrecho»), significa «estrechez». La vivencia de la estrechez es esencial para comprender la verdadera angustia. Ya en el seno materno se encuentra el hombre «estrechado». De pequeño es una criatura completamente indefensa, que perecería si se le quitase la amable asistencia y el cuidado de la familia. El hombre conserva de su origen histórico-evolutivo el oscuro recuerdo de las luchas y necesidades a que ha estado expuesta su vida en un largo y enmarañado devenir. Su estructura psicológico-individual se cana-

liza en el curso de un desarrollo que lo fija cada vez más en determinadas formas de conducta, reacciones, sensaciones y decisiones. Más tarde o más temprano llega el tiempo en el que tiene que enfrentarse con la vida, tomar responsabilidades e intentar la difícil conquista de la vida.

De todos estos influjos externos e internos se compone su destino, como un devenir incontrolado, como una trayectoria de la vida. La amplitud del espíritu se estrecha y solamente así se hace posible el destino individual. Su pensamiento queda atado en el ejercicio de conexiones racionales. Sus decisiones son dictadas en gran manera por las necesidades externas y por los condicionamientos históricos y culturales. Sus sensaciones, la mayor parte de las veces corren paralelas a las directrices establecidas por la moda.

Todo esto inquieta al hombre, pues sospecha que detrás de todo ello hay algo más profundo, más escondido. Piensa ser juguete de fuerzas que no pertenecen a su ser. Y en realidad, lo es. Está expuesto a fuerzas extrañas, a las que teme. Este temor, frecuentemente llamado «angustia no objetiva», es un sentimiento que acecha en lo profundo del hombre. Acompaña al devenir del individuo humano en todas sus fases. Sus apariciones concretas, superficiales y en el fondo no amenazadoras, sólo son en realidad puntos de concentración: en ellos queda a flote lo que está oculto en el fondo del ser humano: una «angustia no objetiva» que no es una «angustia ante algo», sino «simplemente angustia». En ella es tocado el núcleo más íntimo del hombre por «algo» que le es imposible determinar o localizar y a lo que por eso mismo no puede responder con una actitud clara.

En esta angustia no objetiva el hombre se siente amenazado hasta en la última dimensión de su ser. Lo amenazante no es una parte del mundo presente. La amenaza está en todos los sitios. Todo está impreg-

nado por ella. En todas partes donde se experimenta una angustia concreta, objetiva, asciende de lo profundo del ser humano algo «sin fondo» e inexplicable, algo paralizante y aniquilador, una radical estrechez del ser humano.

El lenguaje agota aquí todas sus posibilidades. La muerte, la enfermedad, el rechazo del amor; su pérdida posible y necesaria, y todo aquello que puede ser nombrado como objeto de angustia, no se identifican con esta profunda experiencia: el ser entero se desvirtúa, se hace inseguro, humanamente inhabitable. El ámbito de la existencia se desfigura, la consistencia interna de la persona se desmorona. Imágenes de la angustia originaria se alzan sobre el alma y nos atacan de noche y de día. Imágenes espantosas que dispersan los pensamientos y las sensaciones. Se aparecen fantasmas de rostros desfigurados, siempre momentáneamente, en una luz oscilante y terrible. El verdadero tormento de todo esto es la propia perplejidad, el no poder hacer nada por uno mismo.

En el capítulo 17 del libro de la Sabiduría se describe la noche de la liberación de Israel de una forma que hoy llamaríamos «interpretación psicológico-experimental». Egipto es asaltado por la angustia. Es la noche de la impotencia. Se dice textualmente:

Durante aquella noche verdaderamente inerte, nacida de las profundidades del inerte hades, en un mismo sueño sepultados, al invadirles un miedo repentino e inesperado, se vieron, de un lado, perseguidos por espectrales apariciones y, de otro, acobardados por el abandono de su alma. De este modo cualquiera que en tal situación cayera, quedaba encarcelado, encerrado en aquella prisión sin hierro; ya fuera labrador o pastor, o bien un obrero dedicado en la soledad a su trabajo, sorprendido, sorprendido soportaba la ineludible necesidad, atados todos como estaban a la misma cadena de tinieblas. El silbido del viento, el melodioso canto de las aves en la enramada, el ruido regular del agua que corre impetuosa, el

horrísono fragor de rocas que caen de las alturas, la invisible carrera de animales que saltando pasan, el rugido de las fieras más salvajes, el eco que devuelven las oquedades de las montañas, todo les aterrizaba y les helaba de espanto. Estaba entonces el mundo entero iluminado de luz esplendorosa y sin traba alguna se ocupaba en sus quehaceres; sólo entre ellos se extendía espesa noche, imagen de las tinieblas que les esperaban recibir. Aunque, todavía más que las tinieblas ellos se eran a sí mismos insoportables. Entretanto se hallaban tus santos en grandísima luz.

En esta descripción se nos da un cuadro de la angustia total. Se describe una angustia cósmica, un mundo totalmente formado por la angustia, en el que todo está en función de ella. Un mundo así es inhabitable, el aire no se puede respirar. Y como la amenaza es anónima, el hombre no puede defenderse contra ella. Surge una estrechez desconcertante. No se puede confiar en nada. Ningún pensamiento ni reflexión nos puede sacar de esta situación.

No pretendemos aquí discutir si esta confusión total de la existencia proviene de una culpa, de una tara psicológica o de otras causas que la psicología profunda intenta aclarar. En último término todo esto no importa. Tenemos que superar lo que hemos llegado a ser, se presenten o no momentos culpables y morbosos, mediante la gracia de Dios. Nuestra existencia está ahora impregnada ampliamente por las fuerzas de la desidia y de la angustia. Esta existencia y no otra es el lugar donde se experimenta lo absoluto, el puesto privilegiado para nuestra salvación.

Precisamente la angustia nos puede conducir a la experiencia más elevada de lo absoluto. En ella se encuentra nuestra existencia literalmente «oprimida por la estrechez». Mientras el hombre se siente a sí mismo y siente su existencia como sin salida, como algo que no posee ningún apoyo interior, entonces se da cuenta de que solamente en Dios su vida tiene consistencia; en Dios,

que no pertenece a las estructuras de este mundo ni al ensamblaje de su propia vida psíquica. En la experiencia de la absurdidad y en el tormento de la angustia despierta el impulso de la huida. La nada, lo aniquilante avanza amenazador y produce en el alma una confusa situación desconcertante, un mundo que el hombre no puede soportar; entonces éste con las últimas fuerzas de su existencia se arroja en los brazos divinos, confiándose a la protección del ser. De esta forma una experiencia profundamente negativa en el límite extremo de su actualización, se convierte en pura positividad, en la experiencia de Dios.

Agustín, que en su vida sintió los abismos de la desesperación, intentó dar un último sentido a la absurdidad radical. Decía: «El hombre errante que grita en el abismo, supera el abismo. Su mismo grito lo levanta por encima del abismo». Sigamos con un poco de atención este pensamiento. Nos conducirá al centro de la interpretación cristiana de la vida: el hombre no se basta a sí mismo, no encuentra tierra bajo sus pies; lo único que puede esperar es la misericordia y fidelidad de Dios, el misterio de su amor insondable.

Aquí aparece el concepto central de *providencia*. ¿Cómo se podría explicar en concreto al hombre de hoy, qué es esa profunda experiencia de la religiosidad que llamamos providencia? Incluso hoy se debería poder decir muy brevemente lo más auténtico y decisivo, como lo hizo Felipe con el intendente de Etiopía. En la historia de la humanidad existen «palabras primigenias» en las que se condensa toda la experiencia religiosa de cada época, y que basta con que se pronuncien para comprender directamente su significado. En la sagrada Escritura y en el curso de la historia de la fe y de la salvación ya encontramos una variedad de estas palabras primigenias, que siempre reflejan e implican la totalidad, pero al mismo

tiempo el acceso de una época a la totalidad de la experiencia cristiana. Amor al prójimo, hermano, exigencia, futuro, esperanza, mundo, encuentro, desarrollo, parecen pertenecer a esas palabras clave en que la fe es existencialmente realizable para el hombre actual. Desgraciadamente la palabra providencia no está entre ellas. Sin embargo, no ha sido olvidada en la autocomprensión cristiana. El contenido del concepto de providencia no puede excluirse de la imagen cristiana de Dios y del hombre, sobre todo hoy, en el tiempo del tedio y de la angustia.

El hombre actual se rebela contra toda clase de injusticia. Por eso se rebela contra la injusticia que consiste en una representación «mágica» de la providencia. Algunos parecen haber encontrado el truco. Les basta con decir una palabra a su íntimo, al buen Dios, para tener buen tiempo en la excursión... Se pone a Dios al servicio de la seguridad de una costumbre, del éxito y del bienestar. Precisamente ésta es la definición de «magia», que se condena continuamente en la sagrada Escritura como inclinación del corazón egoísta. En su revelación Dios ha prohibido explícitamente a los creyentes — el libro de Job no trata de otra cosa — esta concepción de la providencia. Decir que el hombre bueno es el que alcanza todo en esta vida, no es cierto. Existen hombres piadosos, consagrados a Dios, que llevan una vida mísera y sin éxitos, que se encuentran en todas las desgracias, que están expuestos a toda clase de desesperación y de amenazas, que en todo momento de su existencia se encuentran en situaciones angustiosas, que están siempre allí donde «el rayo cae». Si la providencia fuese un medio de seguridad terrena y de bienestar temporal, entonces no se trataría de una verdad revelada por Dios, no sería un mensaje de liberación y de alegría, sino más bien una injusticia que clamaría al cielo. El mensaje de la providen-

cia no ha sido dado para los ricos en éxitos, sino para los oprimidos, los angustiados, los desanimados y disgustados. ¡Para todos nosotros! Dice lo siguiente: si no posees a nadie que te ayude, si te sientes perdido en el mundo, si te oprime tu propia debilidad y el peso de tus pecados, si verdaderamente no ves ninguna salida, entonces acuérdate de Dios. Él es tu amigo. Él está siempre contigo dispuesto a ayudarte.

Por tanto, la providencia no sería otra cosa que lo que Pablo llama «esperar contra toda esperanza», la última salida de los oprimidos y humillados. Los otros no «necesitan» providencia. Allí donde la fuerza humana está realmente acabada sólo puede ayudar Dios. Y a esta última y por tanto santa ayuda de Dios se le llama sencillamente providencia. Es la síntesis de la redención. La providencia afirma: los infelices son los predilectos de Dios. Precisamente ellos, por ser los más necesitados de este amor. Y entre ellos el más infeliz es el pecador. Por esto Dios le rodea con su bondad sin límites y con su infinita benevolencia.

Lo esencial de la providencia consiste en esta conversión del pensamiento y no tanto en que Dios intervenga milagrosamente en nuestra vida, ni en que aleje las amenazas e impida y aniquile los ataques del mundo enemigo. La providencia es más bien una metamorfosis actuada por la gracia en todo el mundo interior de las vivencias humanas. Esto significa que en todas las situaciones de la vida, en toda confusión existe aún una salida. Todo puede convertirse en gracia. Toda situación vital, toda necesidad, está ya resuelta por la misericordia de Dios que todo lo abraza. Es posible que todo permanezca igual. La amenaza no desaparece; el niño por el que rezo, muere; tengo que seguir sobrellevando aún mis angustias y defenderme de un mundo extraño y enemigo. Pero en todo ello y precisamente a través de todo ello Dios está contigo.

En todo ello —por inconcebible que esto parezca— se manifiesta su amor. Si logras comprender esto, entonces vives la providencia divina. Te puedes decir: hace sufrir terriblemente, pero esto en realidad no cuenta.

Ya en el antiguo testamento existe una profunda corriente de comprensión salvífica, sobre todo en los libros proféticos y sapienciales. En ellos se habla continuamente de una gran consolación:

No temas nada (Is 41, 10). Nada temas, yo te he rescatado (Is 43, 1). Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tú vas conmigo (Sal 22, 4). Yavé es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré? Yavé es la defensa de mi vida, ¿quién me hará temblar? (Sal 27, 1). Descansarás sin alarma, te acostarás y el sueño te será dulce. No te asustará el terror imprevisible (Prov 3, 24). El que me obedece vivirá tranquilo, seguro y sin tener ningún mal (Prov 1, 33).

De estas revelaciones de Dios, de su fidelidad y de la constancia de su afecto, nace en el pueblo de Dios una nueva dimensión existencial, hasta entonces desconocida, la *serenidad* en los momentos de necesidad, a la que consagraremos una meditación. Bien sabemos —y esto es decisivo para interpretar el concepto de providencia— que Dios probó duramente a este pueblo y que no apartó de él los golpes del destino. Sin embargo ha dejado siempre, dentro del mundo de sus vivencias, una puerta abierta a lo otro, a lo que está alejado de la necesidad. Lo más importante es accesible a todos en todas las situaciones. No existen «proletarios» en la salvación. El amor de Dios me rodea en todas las situaciones de mi vida.

Este júbilo por haber sido liberados encuentra su expresión más poderosa en la carta a los romanos:

¿Quién nos arrebatará el amor de Cristo? ¿La tribulación, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro, la espada?... Estoy persuadido que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni lo presente, ni lo venide-

ro, ni las virtudes, ni la altura, ni la profundidad, ni ninguna otra criatura podrá arrancarnos al amor de Dios en Cristo Jesús, nuestro Señor (Rom 8, 35-39).

En este texto está sintetizada toda la doctrina de la nueva alianza sobre la providencia: no hay nada en el mundo, ningún poder, ningún pecado, ninguna culpa, ninguna dificultad psicológica o de carácter que pueda detener la irrupción de la gracia, es decir, el amor de Dios a nosotros en Cristo. Todo lo demás carece de importancia. El cristiano debe manifestar su confianza en la liberación final, en el mundo concreto de sus experiencias. Incluso, contra el propio corazón. Y contra lo que continuamente nos acusa, nos intranquiliza y nos hace pusilánimes. El mismo Dios nos lo exige: debemos conversar con nuestro corazón. Pero delante de Dios. «Porque si nuestro corazón nos arguye, mejor que nuestro corazón es Dios» (1 Jn 3, 19-20).

Pero todavía profundiza más en el misterio de la providencia la siguiente frase de la carta a los romanos: «Dios hace concurrir todas las cosas hacia el bien de los que le aman» (Rom 8, 28). Sencillamente todo. Agustín añade al comentar esta frase: también los pecados. Para la experiencia cristiana de la providencia no es decisivo lo que ha ocurrido en nuestra vida, lo que somos en el presente y lo que nos espera en el futuro (tanto por culpa nuestra como de los que nos rodean). Mientras conservemos una pequeña llama de amor a Dios, todo es aún posible. Todo puede aún cambiar su sentido superficial y convertirse en un escalón de acercamiento a Dios.

En todo esto hay que mantener siempre fija una cosa en nuestra atención: que el que aquí habla es Jesucristo. En él aparece entre nosotros la bondad y la misericordia de Dios. De él proviene la revelación definitiva que dice: «He puesto ante ti una puerta abierta que nadie puede

cerrar» (Ap 3, 8). Esta frase es la síntesis de la providencia. Bajo este punto de vista se puede afirmar que en el fondo el mensaje de la providencia es un *anuncio de la resurrección de Cristo*. Los apóstoles fueron testigos de la muerte de un hombre que durante su vida sólo irradiaba comprensión y bondad. Existió por fin alguien que no se dejó condicionar por ningún poder, que se puso incondicionalmente de parte de los débiles y oprimidos. Un hombre sencillo que ante todo fue «grande» al aceptar todas las estrecheces y al encontrar siempre, a pesar del cansancio que le oprimía, una palabra de ánimo para sus amigos. Nunca odió ni condenó ni devolvió mal por mal. No quebró la caña inclinada ni apagó la mecha humeante. Se le mató. Había hombres que no podían soportar tal dureza de bondad.

Sus amigos conocieron por medio de su fe en la resurrección que el modo de pensar del redentor tenía validez absoluta y que también el mundo debía pensar según él. Éste es uno de los momentos más esenciales de la experiencia de la resurrección: la bondad, la afabilidad, el perdón y el afecto son la última medida de la vida. Este hombre, Jesús de Nazaret, con la actitud mantenida durante su vida terrena, se convirtió en contraseña de todo lo que es verdaderamente humano. De ahora en adelante todo aquel que permanece fiel a su realidad humana, realiza el modo de pensar de Cristo, por tanto, es en el fondo un cristiano explícito o anónimo. No existe poder en el mundo que nos pueda separar de Cristo. Aunque nos hagan sufrir y pasar necesidades los que tienen como ley inexorable de vida el egoísmo y la despiadada autoafirmación, sin embargo en lo más profundo de nuestra existencia no poseen ningún poder sobre nosotros. Cristo ha pronunciado en su resurrección un sí definitivo a toda buena intención del corazón humano, a todo perdón y mansedumbre, a toda bondad y esperanza:

En el todo se ha convertido en un «sí», en el todas las promesas han recibido un «sí», y por el podemos responder «amen» a Dios (2 Cor 1, 20)

Cuanto de mezquino y envidioso existe en nuestro mundo ha sido definitivamente vencido

Cristo, resucitado de entre los muertos y sentado a la derecha de Dios en el cielo, esta por encima de todo principado, potestad, fuerza y dominación, y por encima de todo nombre conocido no solo en este mundo sino en el futuro (Ef 1 20 21)

Hemos visto que el elemento esencial del ser humano es una tendencia hacia lo grande, una magnanimidad de alma convertida en actitud. Pero esta es continuamente amenazada en nuestra existencia por el tedio espiritual y por una angustia incontrolable. Dios nos ha ofrecido en Cristo la posibilidad de salir de nuestra estrechez hacia la amplitud de la plenitud total. Nos ha dado la capacidad de poder «salir» de todas las situaciones que se nos presenten en la vida, de poder comenzar siempre de nuevo, de crecer por encima de nuestros límites y estrecheces. Pero, ¿cómo sucede esto de manera concreta?

El punto de concentración de todas las esperanzas del corazón humano que se dirigen al absoluto es, según el mensaje cristiano, el *hermano*. El que se da al hermano encuentra a Dios. De nuestra reflexión fundamental brota directamente la siguiente consecuencia: solamente encontrarás tu verdadera grandeza en el servicio al hermano, en esto lograrás superar la estrechez y limitación de tu vida.

Al hablar aquí del *amor al prójimo* no pensamos en la acción político social — por muy provechosa e importante que sea — a la que alude el Apóstol, «Podría repartir en limosnas lo que tengo y aún dejarme quemar vivo,

si no tengo amor de nada me sirve» (1 Cor 13, 3). Aquí el lo que se trata es de aclarar el misterio escondido en la palabras de Cristo:

Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu ser. Este mandamiento es el principal y primero. El segundo es semejante a él: amarás a tu prójimo como a ti mismo. Estos dos mandamientos sostienen la ley entera y los profetas (Mt 22, 37-40).

Conforme a la palabra de Cristo, el observar estos dos mandamientos, que explícitamente pone a la par, equivale a decir: «Haz esto y vivirás» (Lc 10, 28). Cuando Cristo en el evangelio de Mateo habla sobre el juicio final, el amor al prójimo es presentado como la única medida según la cual se juzgará al hombre (Mt 25, 31-46). Pablo considera el amor al prójimo como la plenitud de la ley (Rom 13, 8) y como «el vínculo de la perfección» (Col 3, 14). E incluso llega a equiparar la fe con las pequeñeces de cada día en las que vamos consumiendo nuestra vida: «Quien no se interesa por los suyos, y particularmente por los de su casa, ha renegado de la fe y es peor que un infiel» (1 Tim 5, 8). ¿No se podría invertir la lógica de esta frase? Surge entonces una oferta de salvación de insospechada eficacia: «Quien se interesa por los suyos, y particularmente por los de su casa, posee ya la fe, es un creyente». Pablo en su «himno al amor» presenta sin más el amor al prójimo como la forma cristiana de existencia (1 Cor 13, 1-3). Juan radicaliza este pensamiento de un modo inaudito: Dios nos ha amado solamente para que nos amemos los unos a los otros (cf. Jn 13, 34). Éste es el nuevo mandamiento que hasta entonces no pudo ser promulgado, ya que solamente se hizo posible mediante la encarnación de Dios: «Éste es *mi* mandamiento: que os améis unos a otros como *yo* os he amado» (Jn 15, 12). No le interesa que le conozca-

mos o le amemos explícitamente. Basta el amor al prójimo. No nos ha amado para que le amemos, sino para que nos amemos unos a otros:

Queridos, amémonos unos a otros, ya que el amor de Dios, y todo el que ama, ha nacido de Dios y conoce a Dios. Quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor... Si Dios nos amó de esta manera, también nosotros debemos amarnos unos a otros (1 Jn 4, 7-11).

Amar a Dios resulta muy fácil si le hemos conocido realmente. En cambio, amar al hermano es difícil. Sin embargo lo segundo es la medida de lo primero: «Quien no ama a su hermano a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve» (1 Jn 4, 20). Y sobre todo la frase insuperable en la que se expresa la esencia del cristianismo: «Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros» (1 Jn 4, 12). ¿Por qué? Debemos meditarlo detenida y exactamente. Nos vamos a apropiiar una idea de Karl Rahner.

¿El amor al prójimo es sólo un mandamiento? ¿Ha equiparado Dios arbitrariamente el amor concreto con el amor a él? ¿Es el prójimo únicamente un material, una ocasión para el amor a Dios? Esto sería un fatal malentendido. En la medida en que amamos al prójimo, amamos a Dios. Las dos cosas son, verdadera y no arbitrariamente, una sola. El amor al prójimo es siempre un movimiento hacia Dios. En el amor hacia un hombre se realiza el misterio del ser humano. En él se concentra todo lo que el hombre es y lo que todavía puede ser: su insondabilidad, su ser incompleto, su encuentro con el misterio, su esperanza y desesperación, su riesgo y también su muerte.

El hombre no ha visto jamás a Dios. Esta palabra de la revelación debe ser tomada radicalmente en serio. El hombre no podrá nunca ver a Dios, puesto que el

misterio absoluto es humanamente insondable. Incluso en el cielo el hombre verá a Dios solamente como misterio, como algo de lo que vive y en lo que puede internarse eternamente, amándole y conociéndole siempre mejor. Como imitación concreta del absoluto amor de Dios le queda al hombre únicamente el «prójimo». Está fundamentalmente dependiendo del amor al prójimo como de la única posibilidad de autorrealizarse. El prójimo no es como una tarea que se impone desde afuera sino que es la condición de posibilidad del «yo», de la plenitud y de la propia autorrealización, de la autenticidad humana existencialmente realizada. De estas reflexiones podemos deducir dos tesis que determinan nuestra posición respecto al prójimo y respecto a Dios.

1. *El amor al prójimo
es el hecho central de la existencia humana*

El acto de amor personal a un tú hermano es el más fundamental del hombre, el que da sentido, medida y dirección a todos los demás actos. Todas las demás afirmaciones sobre el hombre deben considerarse como afirmaciones sobre su amor hacia el tú. Solamente mediante el tú personal llega el hombre a la auténtica posesión de sí mismo; solamente en el otro amado se reconoce el hombre en su esencia original, en su capacidad de amar y ser amado. Todo lo demás, todas las obras y progresos del ser humano no pertenecen a nuestra esencia. Solamente el amor, ese último desprenderse de sí mismo, es lo que nos permite dirigirnos hacia esta autenticidad que es imposible conseguir replegándonos en nosotros. El ser sí mismo supone siempre entrega. Pero la entrega se da sólo allí donde no se mide por el enriquecimiento propio, allí donde no se controla ni tasa, allí donde la propia vida pierde su importancia: en el amor. Esta tesis

no se puede demostrar, sino sólo intuir con el corazón; ciertamente con una evidencia inmediata. Esta intuición es el fruto del ejercicio.

Si el amor tiene posición tan central en la realización de la existencia humana, entonces Dios únicamente puede «venir» al hombre por medio del amor al prójimo. No existe otro camino que le pueda llevar al centro del ser humano.

2. *El amor al prójimo*

es el único medio para llegar a la experiencia de Dios

Ya antes hemos indicado que Dios no nos es accesible de manera experiencial alguna, sino que se deja barruntar como una exigencia hacia algo más, como una insatisfacción con lo alcanzado, como anhelo de un corazón inquieto. Pero esta experiencia de inquietud esencial solamente puede producirse allí donde el ser humano se hace central y esencial, en el amor a un tú. Si el amor al prójimo condensa todo el misterio del ser humano, entonces *a priori* también contiene el más íntimo de todos los misterios de la existencia: Dios. Solamente en el amor vive el hombre la radicalidad de su existencia: los abismos de la felicidad, del fracaso y de la esperanza. Precisamente cuando el amor no quiere ser otra cosa que un amor hacia un tú finito, experimenta que *a priori* ha supuesto más de lo que puede ofrecer y de lo que puede intercambiar como amor recíproco. De este modo, el amor al prójimo, incluso en su realización más oscura y confusa, es un acto primario del amor a Dios. El viaje más largo en la vida es el que realizamos hacia un tú querido, ya que nunca acaba sino que debe ser continuado en la eternidad, en Dios, para desarrollar todo aquello que desde el comienzo estaba contenido en él como meta y posibilidad.

No se trata por tanto de amar al prójimo porque Dios así lo ha mandado, como si fuese un medio o un instrumento para conseguir la propia salvación. Esto no sería amor sino egoísmo. Nuestras reflexiones van en una dirección radicalmente opuesta: la entrega finita, el amor, que no quiere ser otra cosa que afecto al tú finito, amenazado y sin embargo portador de felicidad, es siempre ya amor a Dios, incluye la plenitud final del cielo, es una prueba de que existe un Dios, y todavía más, de que ese Dios se hizo hombre. Quien ama percibe intuitivamente la realidad de Cristo incluso sin haber oído jamás hablar de él. Dios ha santificado de tal manera el amor que al fin de la existencia humana — incluso de la existencia cristiana, de la fe, de la esperanza, de los sacramentos, de la Iglesia — no quedará otra cosa que el amor, que nos ofrece la única posibilidad de vivir en Dios sin fin.

La única grandeza del hombre se fundamenta en el amor al prójimo. El impulso hacia lo grande, la magnanimidad, se prueba como verdadera e inviolable solamente en el riesgo de la entrega. Cuando en el sencillo servicio al hermano probamos que la vida tiene una insondable profundidad, experimentamos nosotros mismos que nuestro ser llega también hasta profundidades de tal magnitud. Esta experiencia vence nuestro tedio y nuestra angustia. Solamente el que se ha comprometido a dar nuevos ánimos a la vida del tú querido y a protegerlo de la amenaza del mundo, puede experimentar que lleva consigo algo que se substraerá a toda desidia y angustia, es decir, la última profundidad del ser, que nos coloca por encima de las demás criaturas. La magnanimidad que se realiza en la banalidad de lo cotidiano y que únicamente se experimenta en la servicial ayuda al tú querido, nos da la prueba de que nosotros — a pesar de todo lo que en nuestra provisionalidad somos y hemos hecho — formamos realmente el «vértice del universo». Somos más que los

ángeles. Somos hombres que hemos sido insertados, *en* Cristo hecho hombre, hasta las profundidades de la Trinidad.

Tomás de Aquino dice:

Los hombres que se encuentran aún de camino en esta vida, son de una condición superior a la de los ángeles. No han llegado todavía a superarles pero poseen la capacidad, por medio de la fuerza del amor, de alcanzar un grado más alto de felicidad que el de los ángeles. Es como si decimos que la semilla de un árbol grande es potencialmente superior a un árbol pequeño, aunque dicha semilla vista en su actual realidad sea mucho menor.

Actualmente todavía no somos grandes — esto lo experimentamos diariamente en una amarga humillación —, sin embargo la grandeza a la que estamos llamados es inconmensurable.

MEDITACIÓN SOBRE LA SERENIDAD

HAY dos modos de pensar. El *pensar* calculador y el *reflexionar* contemplativo. Ambos son a su manera justos, buenos y necesarios. Por una parte hoy se planea, se investiga y se proyecta apasionadamente. Este dispendio de ingenio es indispensable y aporta una gran utilidad para el dominio de la vida. Cuando investigamos, planeamos y ponemos orden en nuestra vida, contamos siempre con unas circunstancias dadas. El pensar calculador, calcula, tiene que calcular. Valora las posibilidades de éxito. Pero aprisionado en lo provisional, no puede llegar a la contemplación. No es un pensamiento contemplativo. No es un pensamiento que reflexiona sobre el sentido que impregna todo lo que es.

¿Qué sucede cuando un hombre reflexiona? Mira a lo lejano, a lo inalcanzable y sin embargo lo único necesario, mira hacia aquello que no puede dominar, pero de lo que depende su destino humano. Reflexionar es pensar silenciosa, expectante y serenamente. Es extraordinariamente sencillo y silencioso. No se trata de algo difícil o profundo. Se puede reflexionar sobre todo. Para reflexionar no necesitamos en manera alguna «subirnos a las alturas». Basta detenernos en lo que nos rodea y contemplar lo más cercano a nosotros. Ciertamente tal clase de contem-

plación no sirve demasiado para resolver los asuntos corrientes. Sin embargo sirve para poner orden en nuestra existencia y crea la base para el dominio del mundo.

En esta actitud vamos a reflexionar ahora sobre una virtud que apenas aparece en la lista de virtudes pero sin la que no podemos soportar nuestra vida. Se llama serenidad. Hace sencillo lo más difícil, confiere un equilibrio interior al alma que está arraigada en el mundo y en Dios. Es la incondicionada apertura de toda la existencia; la más sublime realización de la pureza en nuestro mundo; la apertura temeraria de un corazón audaz: apertura al mundo y apertura a Dios.

Para estar tranquilos cuando las contrariedades del mundo y la lejanía interior de Dios nos agitan el alma y todo nuestro ser, para conservar disciplina y mesura cuando en nuestra vida todo nos sale mal, se requiere mucho dominio propio y mucha finura. Resulta fácil el permanecer tranquilo cuando uno es apático, cuando las situaciones de la vida no le alcanzan a uno, cuando no es profundamente agitado por la pena o el dolor o por una desbordante alegría. Eso es fácil. Pero es sólo falta de interés, insensibilidad. ¿Qué hacer, sin embargo, cuando la propia vida se vive intensamente, cuando se está totalmente expuesto a las exigencias del ser, cuando se sienten el dolor y la alegría hasta en las fibras más íntimas de nuestra existencia, cuando se intenta estar cerca de todas las cosas, sucesos y personas? ¿Cómo permanecer entonces sereno?

De este modo la serenidad se convierte en virtud, en actitud pacientemente ejercida y sufrida en el mundo. Si hemos luchado por esa actitud que Gertrud von le Fort describe en su poesía «A la alegría», entonces es uno un hombre imperturbable que puede ofrecer sostén y esperanza. Se dice en la poesía:

Aunque queme el dolor;
dolor, estoy preparado.
Te llamaré alegría,
alegría de traje oscuro.

Intentamos así encontrar una nueva patria en el mundo, que se ha hecho tan poco acogedor. Pero esto sólo nos es posible si nos esforzamos en ello. La patria es siempre algo conquistado. La patria es un acontecimiento interior: la silenciosa seguridad de un alma abierta a la eternidad en el ámbito terreno. Una patria de esta especie no está ligada a ningún sitio. Es una actitud. Actitud, que Martin Heidegger describe acertadamente de la siguiente forma:

La serenidad ante las cosas y la apertura al misterio coinciden. Nos ofrecen la posibilidad de comportarnos de una manera totalmente distinta en el mundo. Nos prometen un nuevo fundamento y un nuevo terreno sobre el que, dentro del mundo, podamos estar y subsistir sin peligro alguno.

Un texto significativo. El filósofo busca aquí un fundamento y un nuevo terreno, una nueva patria para el hombre moderno. Afirma que solamente se pueden conseguir en el mundo actual de forma espiritual. El hombre tiene que enraizarse en su propio ser. Y este enraizarse en su propio ser se llama serenidad. Por medio de ella y únicamente por su medio podemos estar y subsistir en el mundo. A través de esta serenidad se promete uno a sí mismo y promete a sus amigos «una nueva forma de comportarse en el mundo». ¿Cuáles son las condiciones de este nuevo modo de vivir y de vivenciar?

1. Serenidad ante las cosas. Por «cosas» entiende Heidegger todo el mundo de la experiencia, hombres, sucesos, naturaleza, destino, alegría, sufrimiento, dolor, felicidad y desgracia. Y por serenidad entiende la «cercanía». Tenemos que «comprometernos» en todo esto. Ésta es

nuestra tarea más esencial en el mundo: experimentar el mundo, estar cerca de todo lo que vive y muere. Somos radicalmente «criaturas de la tierra».

2. En esta patria de las cosas tenemos que sentirnos sin embargo como desterrados. Solamente así podremos dominar nuestra existencia. A esta actitud la llama Heidegger «apertura al misterio». Es una apertura interior hacia lo totalmente otro, hacia un misterio al que quizá no podamos darle nombre alguno (de lo contrario cesaría de ser misterio) y que sin embargo experimentamos íntimamente en todos los impulsos de nuestra existencia y en todas las situaciones vitales.

3. Cercanía de las criaturas y cercanía de lo absoluto. Brota de aquí una nueva patria en el mundo; una patria interior. Un tranquilo estar junto a todas las cosas del mundo y a la vez un tranquilo estar disponible ante cualquier exigencia que venga de un poder absoluto. Es la actitud oscilante de un ser que está inmerso en el mundo (en un mundo de necesidad, de alegría y de muerte) y que sin embargo siempre aspira hacia lo totalmente otro, de un ser al que no le está permitido perder su cercanía a lo absoluto en su cercanía a las cosas y al revés. Es la actitud de un ser que está tranquilo en el mundo, que puede dejar acercarse a todos los sucesos del destino y a la vez permanecer en Dios, firme en la esperanza de una absoluta plenitud. «Serenidad ante las cosas y apertura al misterio»: ésta es nuestra nueva patria en el mundo que se ha vuelto poco acogedor. Heráclito de Éfeso, llamado «el oscuro» y del que solamente conservamos algunos fragmentos de sus escritos, describe una vez la tarea del filósofo (un hombre que penetra hasta la esencia de las cosas) con una sola palabra: *anchibasia*, que significa acercamiento, aproximación. Esta palabra expresa admirablemente la esencia de la serenidad, de la virtud que intenta crear una cercanía tanto a las criaturas como al

absoluto. Más exactamente significa: «ir hacia la cercanía» o «dejarse penetrar en la cercanía». Es decir, regalar a todo una cercanía a pesar de ser una criatura indigente. A todas las cosas, tanto a las de este mundo como a Dios. ¿Cómo puedo hacer esto? ¿Cómo puedo ser lo suficientemente sereno, es decir, comprometido en una cercanía existencial con todo?

Aquí nuestro pensamiento tiene que abandonar el recinto de la filosofía. Solamente un hombre vivió en una cercanía absoluta a las cosas y en una cercanía igualmente absoluta a Dios. Este hombre era justamente Dios, Jesucristo. Por eso él es el único hombre que nos puede enseñar la auténtica cercanía, un auténtico «ir hacia la cercanía». Nos ha dicho palabras que nos abren lo más íntimo de las cosas y lo más íntimo de los misterios.

Consideremos un poco de cerca *el hablar de Cristo*. Habla en un lenguaje formado en un difícil destino humano, y por tanto totalmente traslúcido. Fue María quien enseñó este lenguaje al niño Jesús; quizás incluso ha tomado de su madre el acento y la pronunciación característica. Después, tras largo silencio, llegó el momento en el que comenzó a rasgar el velo de lo terreno. A través de lo terreno se iluminó de repente lo divino, lo impalpable. Cada vez más a menudo sus palabras sorprendían a los que le escuchaban, así nos lo cuenta el evangelio. Su lenguaje maduró, cargado de un sentido eterno y poderoso. Con la fuerza de su lenguaje podía curar enfermos, poseídos, intranquilos, pecadores. Es lo que anhelamos en las horas difíciles cuando deseáramos ayudar a otros. Ansiamos esa esencial cercanía del lenguaje que pudiera romper cadenas y disipar oscuridades. Cristo lo podía. Después vino sobre él el peso de su destino humano-divino. Entonces su lenguaje se hizo cada vez más tranquilo, cada vez más envuelto en silencio. Hasta la cruz. Y desde la cruz oímos solamente unas pocas palabras

de su boca seca y atormentadora. Estas palabras exhaladas por el agonizante Dios-hombre en un mundo que esperaba la salvación, nos demuestran que en el mundo existe una radical cercanía. Se trata de palabras de cercanía logradas en el silencio, en la agonía, en la oración, en las horas más difíciles de la vida.

Los evangelios consignaron siete palabras de Cristo en la cruz. Si queremos reflexionar meditando sobre la virtud de la serenidad no existe otro camino que acoger silenciosa, amable y abiertamente en el alma estas palabras del Redentor agonizante, en cuanto nos sea posible. En estas siete palabras se da la unidad del mundo, la cercanía a las cosas y la unión con Dios. En ellas se realiza nuestra salvación.

Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen

Esta palabra nos la ha consignado el evangelista Lucas (23, 34). Cristo no puede hacer más. Sus manos y sus pies están clavados a la cruz. Todavía puede hablar, aunque penosa y entrecortadamente, pero desde un alma que busca la cercanía. En estas palabras da un perdón radical, una gran simpatía hacia todo ser. Cristo pide perdón para los que le han condenado y crucificado. Encuentra para ellos una última disculpa y dice que los hombres no sabemos lo que hacemos.

Debemos tomar en serio esta palabra. Vivimos en una ignorancia existencial. Algo pesado y obtuso domina nuestro pensamiento. No sabemos qué es lo esencial y lo insignificante, de dónde venimos y adónde vamos. Suspiramos por algo grande y cuando está delante de nosotros no sabemos reconocerlo. En la última tragedia de su vida se le hace evidente a Cristo que no es lícito condenar

a ningún hombre. No sabe lo que hace. Sobre todo aquellos que dicen saber perfectamente lo que hacen. Todos andamos a tuestas; no precisamente por maldad, sino por una extraña pesadez de nuestra sensibilidad y de nuestras vivencias. Todos somos todavía niños que nos perdemos en un mundo lleno de inestimables misterios. Ningún hombre debe ser juzgado en su esencia eterna. Lo que debemos decirle es siempre una palabra de disculpa. Esta es la actitud de la serenidad última. Estate preparado para disculpar en tu intimidad a los demás, aun en contra de pruebas y argumentos firmes. Un hombre que encuentra todavía una disculpa para los demás está cercano a todos los hombres. No cierra los ojos, sabe dónde y cuándo viene el mal. Pero no condena. Sabe cuánta oscuridad reina en el alma humana y lo poco que conocemos los motivos por los que se hace una acción, quizás una mala acción.

Trata de disculpar a los demás; si es preciso inténtalo desesperadamente; siempre encontrarás algo con lo que puedas disculpar al otro. Cuando no encuentres nada di la palabra de Cristo: «No saben lo que hacen».

Por eso la *disculpa* es el primer requisito para acercarse al mundo de los hombres. Ningún hombre puede soportar el peso de su propia culpa si no disculpa a los otros y les declara inocentes. Ésta es la auténtica cercanía a los hombres, cercanía incluso en su propia culpa; la actitud de quien sabe que es radicalmente débil; un amor a esa criatura ignorante, que somos todos nosotros. Nuestro mundo tiene necesidad de estos sacerdotes en el confesonario; tiene necesidad de hombres como Cristo que al final puedan decir todavía, aunque hayan agotado todos los argumentos: «No saben lo que hacen».

Pero esta disculpa radical no es humanamente posible. Para ello hay que superar el odio, la antipatía, el afán de dominio, el resentimiento. Por eso la disculpa radical

de nuestro ser viene de Cristo en la oración. Esta esencial cercanía a la criatura precisamente en su fragilidad, solamente puede conseguirse en una apertura al misterio absoluto, a Dios. Es la otra cara de este proceso misterioso. La serenidad únicamente es posible cuando el hombre 'piensa a partir de Dios. A partir del Dios al que nadie puede engañar, que incluso ha incluido el pecado en su plan divino de salvación y cuya Iglesia puede cantar en la noche de pascua: *felix culpa*, feliz culpa.

Bajo este aspecto no es tan importante lo que nos sucede en la tierra. Tanto en el pecado como en la virtud no nos damos perfecta cuenta de lo que hacemos. Nuestra auténtica vida no se ha manifestado aún totalmente en la tierra. Lo importante, lo único significativo en nuestra vida es que aportemos al mundo más bondad y amor; y no la insistencia en nuestro derecho de desquite y condena. ¿Para qué nos serviría esto? ¿A quién hace esto feliz? Creemos que hoy es el tiempo de realizar la simpatía universal que rezuma esta dolorosa y desolada oración de Cristo: «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen». La infinita bondad de Dios cubre nuestra fragilidad humana. Por eso Cristo, el Dios-hombre, ha venido a nosotros para pronunciar esta palabra. De esta actitud de disculpa incondicional surgen la felicidad, la tranquilidad y la silenciosa comprensión. Comprensión incluso con aquellos que quizá quieren destrozarnos nuestra existencia. Estamos serenos en el mundo. Nada nos altera. Este camino hacia la tranquilidad interior ningún hombre ha sido capaz de encontrarlo, solamente Dios, el Dios-hombre, justamente en la cruz.

*En verdad te digo
que hoy estarás conmigo en el paraíso*

Esta segunda palabra nos la ha transmitido también el evangelista Lucas, el evangelista de la misericordia (23, 43). Brota en ella del alma de Cristo algo todavía más profundo. No sólo disculpa sino *promesa*. En su desolación da una última esperanza a un hombre completamente deshecho. No importa demasiado si este hombre llegó a comprender lo que se le prometió. Lo importante era la palabra «conmigo». Es decir, «yo estoy contigo; no estás abandonado. No me interesa lo que puedas haber hecho. Quizás algo muy malo. Pero esto ahora no tiene importancia. Ahora estamos los dos juntos, los dos clavados en la cruz. Olvidemos lo que ha ocurrido. Los dos tenemos aún una esperanza. Los de abajo, los que nos han crucificado no conocen todavía la esencia de esta esperanza. En los mejores momentos de su vida quizá tienen un oscuro presentimiento de ella: en sus sueños, en sus anhelos, en los instantes en que se sienten felices. Pero nosotros somos infelices. Por eso los dos sabemos que este destino no puede ser el fin. No porque la criatura pudiera vivir eternamente sino por la misericordia de Dios, que ahora te prometo, ahora que estamos expuestos a lo inevitable. Tu vida tiene todavía una última salida; esta salida se llama cielo, en donde finalmente despertaremos. Todo lo demás era un prelude, no carente de importancia, pero insignificante en una visión profunda. ¿Te has imaginado poder ofender a Dios? Es demasiado grande para ello. Solamente te has hecho daño a ti mismo y a tus prójimos. Quizá te queda únicamente un instante de tu vida. Si ahora piensas en todo lo bello, en todos los anhelos y esperanzas que has realizado en tu vida, toma todo esto y todo se convertirá en bueno. Ten esperanza. No dejes subir el odio a tu alma».

Así habrán sonado estas breves palabras de Cristo en los oídos del ladrón. Eran palabras de una promesa total. En ellas ha afirmado Cristo lo más esencial de su ser; no una aparente y cambiante superficialidad, sino su anhelo íntimo. Un anhelo de bondad, plenitud y desinterés. Y a esta intimidad es a la que prometió la eternidad. De este modo ha trastocado todos los conceptos de nuestro orden humano y de nuestra moral. Juzga fundamentalmente al hombre según el anhelo escondido de su corazón, incluso cuando el hombre no puede dar nombre alguno a este anhelo, incluso cuando no sabe nada de Dios. Le basta con que el hombre mantenga escondido en algún rincón de su alma un anhelo puro; o con que desee tener dicho anhelo. Ésta es la realidad más profunda del alma humana. El anhelo es la última medida.

Este anhelo, lo más íntimo y esencial de nuestro ser, llegará un día a ser pleno y perfecto en una vida eterna. Tomás de Aquino describió este estado en una bella oración, en la oración para pedir la gracia de la contemplación: «Concédeme, donador sin límite, la belleza de lo traslúcido a mi cuerpo, la capacidad de penetración, la finura de percepción, la fuerza de la inmortalidad». Esto es la vida eterna: todo despierta a la luz, a lo traslúcido y de esta manera se hace bello y luminoso; el espacio y el tiempo son superados; el hombre está siempre allí donde apunta su anhelo; todo se hace delicado y sutil; el sufrimiento es definitivamente desterrado; solamente una alegría infinita que nunca termina permanece en nosotros. La belleza traslúcida, la capacidad de omnipresencia, la finura de la percepción, la fuerza de la inmortalidad: esto es el cielo, nuestra eterna patria. Y todo esto nos es prometido por un hombre totalmente sincero, por un hombre que sufre y que está al borde de la muerte. Deberíamos tener siempre en cuenta lo que dice un hombre que sufre.

Extrañamente el sufrimiento es en nuestro mundo el recipiente del amor. En el sufrimiento llegamos a un límite; uno se ve obligado a ser sincero y a comunicar algo a los demás — quizá balbuciendo — de las experiencias sufridas. Y la comunicación esencial del sufrimiento suena así: ten esperanza, la vida no puede ser únicamente lo que vivimos aquí; estate tranquilo, incluso en el dolor, incluso ante la muerte. Ningún destino puede destrozarnos porque nuestra vida es solamente algo provisional e inacabado, comienza cuando entramos en el cielo. Intenta amar, sembrar alegría, irradiar bondad en el mundo. Entonces es seguro que entrarás en el cielo. Todo lo demás carece de importancia. Esto es la serenidad. Tranquilidad alcanzada por un alma que está expuesta a tantos golpes. Obtenemos esta radical tranquilidad del alma únicamente cuando damos esperanza a los demás.

*He ahí a tu hijo
he ahí a tu madre*

Con la disculpa y con la promesa no hemos agotado todavía el contenido de la palabra serenidad. Aquí se expresa una nueva característica de esta actitud. Cristo confía su madre a su discípulo Juan. Lo da todo. Incluso lo que le es más querido. El *dar* es por tanto una condición esencial de la serenidad. Solamente se acerca uno a los hombres cuando se les da algo. Y el don más importante es nuestra presencia, nuestra compañía. Tenemos que darnos a nosotros mismos, hasta lo último. Todo lo que tenemos. Quizá lo más difícil que puede conseguir el amor es la donación de sí mismo. Hasta el fin. La decepción, el cansancio, están siempre presentes y corroen nuestra vida. Pero el amor auténtico supera todo esto. Conserva la vida al hacerle donación de sí mismo. Esta actitud

aumenta la esperanza, el futuro, la vitalidad, la espera, la confianza. Si no hacemos esto, ¿para qué sirve nuestra vida? Pero, ¿cómo podemos conservar la vida de los demás? ¿Cómo podemos regalarlo todo? ¿Cómo se puede dar esta última cercanía al ser finito?

Viviendo del misterio. Del misterio que hace que no podamos dar nada que no vuelva a nosotros convertido en un don infinito. Del misterio que hace que perdamos todo lo que nos hemos quedado para nosotros y que no perdamos nada de lo que damos. Pero esto solamente se puede hacer a partir de Dios. Todo lo que hemos dado queda guardado en Dios y conforma nuestro futuro eterno. Se puede vivir también de otra manera. Se puede quedar uno con todo lo que ha conseguido en la vida. Pero, ¿es feliz por esto? Un hombre «ha dado» a su misma madre, lo más precioso de su existencia. Ahora no posee nada más, realmente nada. Esta es la felicidad de la cruz, el no tener nada. Sin embargo, la disculpa, la promesa, el don, todo esto era todavía demasiado «fácil».

Dios mío, ¿por qué me has abandonado?

El Señor regala su cercanía a todos los hombres y él mismo asume la soledad absoluta. Se siente abandonado por aquél con el que era una sola cosa, para poder estar unido de esta forma a nosotros. Penetra en la tristeza del hombre. Dios toma partido: el partido de quien está solo y abandonado, de aquellos que no tienen ya ninguna esperanza. Por muy extraño que aparezca, el abandono es una condición para comprender a los hombres. Todos nosotros estamos solos. Con frecuencia no sabemos lo solos, lo «dejados de la mano de Dios» que estamos. Según estas palabras de Cristo, los «sin Dios» no son nuestros enemigos, sino nuestros amigos; quienes han

experimentado lo que sufrió Cristo en la cruz. Nadie puede decirnos cómo fue posible el que Dios se sintiera abandonado por Dios. Sin embargo nuestra experiencia nos confirma que únicamente el que se siente totalmente abandonado, puede dar a los hombres una total cercanía. ¿Por qué?

Porque precisamente en el abandono humano — en el abandono humanamente *vivenciado* — experimentamos una última seguridad; una seguridad que ya no pertenece a nuestra naturaleza humana. Se nos da una esperanza contra toda esperanza. Experimentamos que Dios es más grande de lo que podemos imaginar. Que Dios es precisamente aquél al que únicamente podemos experimentar en lo que no somos. Éste es el mensaje de Cristo en la cruz: es bueno el sentirse solos y abandonados, completamente «in-comunicados», sin cercanía. Si supiéramos todo esto, si a pesar de todo expresamos el «sin embargo» de la esperanza que surge de la desesperación, entonces hemos conseguido algo. Entonces hemos superado la oscuridad por propia fuerza, pero donada. Inmersos en lo más oscuro y amenazador del mundo hemos dicho no a esta estructura fundamental del «mundo». En el abandono encontramos tranquilidad porque — precisamente en este abandono — podemos liberar a los demás de su soledad. Les podemos decir: he pasado por todo esto y he experimentado en ello que Dios está aún más cercano. Está tan cercano que no le podemos ver. Ten confianza, todo terminará bien; no tan bien como te lo has imaginado, sino mucho mejor. Ésta es la serenidad que brota de la miseria de la existencia humana.

Para que se cumpliera hasta el fin la Escritura dijo: tengo sed

Para los presentes se trataba sólo del grito de un hombre cuya garganta se había secado por la muerte y pedía una pequeña ayuda, un alivio. Para algunos escogidos estas palabras poseían un sentido más profundo; para aquellos que sospechaban o sabían que este hombre era también Dios. Dios nos pordiose ayuda, para darnos una nueva e indescriptible cercanía. Podemos y debemos ayudar a Dios que nos pide un sorbo de agua. De este modo nos señala un camino: debemos dejar que se realice en nosotros la bondad humana. Debemos aceptar humildes el don de la bondad y de la benevolencia.

El *dejarse-ayudar* forma parte de la serenidad. La soberbia rechaza la ayuda, aparta la mano misericordiosa. Dios se deja ayudar y pide ayuda. Comprende que el hombre únicamente puede llegar a serlo si le es permitido ayudar. Hace esto, como expresamente lo dice la revelación, «para que se cumpliera hasta el fin la Escritura». La Escritura quiere decir aquí los planes de Dios sobre la humanidad; la autorrevelación de lo absoluto y la revelación del corazón humano ante lo absoluto. Esta unión total de la criatura con su creador solamente puede darse en plenitud, cuando la criatura puede recibir el don de la ayuda de otra criatura. Cuando el hombre tiene el valor suficiente para dejarse ayudar corporal y espiritualmente por un amigo, un sacerdote o un buen hombre; cuando no se atrinchera detrás de sus preocupaciones; cuando agarrándose a una mano dice: ¡ayúdame, estoy perdido! Este grito desesperado despierta vida en el mundo, despierta misericordia y bondad. Solamente puede ser sereno un hombre que se abandona a la ayuda de sus amigos. Ahora puedo dormir tranquilamente. Mis amigos velan; custodian mi vida mejor que yo mismo. Ningún amigo

de Cristo pudo ofrecerle en su agonía un sorbo de agua. Lo hubieran hecho de tan buena gana... Y él hubiera agradecido tanto esta ayuda... Quizá fue mejor así. En el anhelo de querer ayudar y no poder, quizás el alma de los amigos de Cristo penetró más profundamente en el misterio.

Es ya mucho desear ayudar, aunque no se pueda. Es suficiente que llevemos siempre en el alma el deseo de ayudar donde sea posible. Si verdaderamente no es posible, acompañamos al hombre amado con nuestros deseos y con nuestra oración. Convencidos de que con eso le ayudamos porque acepta nuestra ayuda y porque nos hace capaces de poder ayudar. No le damos en este momento un presente, sino que le regalamos nuestro propio ser. De esta manera se realiza en el mundo — en modo realmente humano pero solamente a partir de lo divino — una tranquilidad, una silenciosa unión en la cercanía, una nueva dimensión de la serenidad.

Todo está cumplido

El significado inmediato de esta palabra era: he llegado al fin; no puedo más; estoy acabado, exhausto, perdido. Ya no queda nada de mí. No puedo hacer más. Mis manos y mis pies están clavados en la cruz. He hecho todo lo que un hombre podía hacer. He perdonado a mis verdugos; he dado una última esperanza a todos los hombres, incluso al criminal más malvado; he entregado todo lo que me era querido, incluso a mi madre; he cargado con todo abandono para poder estar cercano a todos los hombres. Ahora basta, he llegado al fin. ¡No puedo hacer nada más! Sin embargo persevero. Porque sé que no existe ningún fin; porque sé que tú, Dios mío, me vas a aceptar en la plenitud.

Dios ha vivido nuestra existencia hasta el fondo. Hombres, dejadlo ahora solo. Nos ha dicho todo lo que nos podía decir. Ahora está cara a cara con el Padre. No le estorbéis. Está al otro lado, con el Padre. En el misterio absoluto. Su obra ya se ha cumplido. El mundo, nuestro ser humano y Dios mismo, «han llegado al final». Nunca estuvo tan cerca de nosotros como en este momento de su total lejanía. Todo lo grande se consuma en la *soledad*, en la cercanía de lo absoluto al final de una quebrantada existencia. Quien está cerca de Dios está cerca de todos los hombres, de todas las criaturas. Cristo ha vencido en este momento toda mezquindad humana; pero su triunfo se consumó en el precipicio de la muerte, en una soledad insondable. Lo ha dado todo, a sí mismo, sus pensamientos, sus juicios, incluso su Dios. Ahora está solo. Y dice: todo está cumplido. ¿Quién puede comprender este misterio? La última palabra nos da un indicio.

Y dando una gran voz Jesús dijo:

Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu

¿Qué ha ocurrido en la cruz y a su alrededor? Aparentemente muy poco. Un criminal ha muerto entre otros dos criminales. Algunas mujeres han llorado. Un hombre insignificante, condenado a muerte, ha pronunciado unas palabras balbucientes. Y sin embargo aquí ha sucedido lo decisivo para el ser humano. Un hombre ha concentrado en sí, todo lo que los hombres somos en las horas de soledad, de meditación, de tranquilidad y de evidencia. Desde esta existencia ha marchado hacia una lejanía inalcanzable. Nunca le volveremos a ver en nuestra vida. Solamente en la muerte. Ha marchado al más allá. Hacia algo o alguien que él mismo nos ha podido sólo describir con palabras balbucientes. Nos espera.

Es decir, espera que realicemos e irradiemos su espíritu en el mundo. Inclino su cabeza; en la indigencia de la muerte ha dicho sí a todo lo que somos: hombres, seres miserables, pero continuamente anhelantes de una plenitud eterna. El es el sí de nuestro ser. Y su espíritu está en las manos de Dios. Es decir, está en todas partes. Allí donde se da la cercanía humana, donde se da el perdón, donde se da esperanza a los hombres, donde un hombre se da a sí mismo, donde alguno se siente totalmente abandonado, donde uno se confía a la misericordia de los amigos, donde un hombre soporta la soledad de su destino y finalmente allí donde un hombre se aventura a entregar su vida para obtener algo inalcanzable, está presente Cristo. Cristo está en todas partes y también la Iglesia. Carece de importancia el si están ya todos los sacramentos, todas las prescripciones del derecho canónico, todo el conjunto de testimonios. Cristo está presente, su espíritu está presente.

Queríamos hablar sobre la virtud de la serenidad y hemos hablado de Cristo. Quizás ha sido mejor así. No hemos desarrollado nuestros propios pensamientos, sino que hemos presentado al hombre que pudo ser totalmente humano porque era Dios.

MEDITACIÓN SOBRE LA SINCERIDAD

QUÉ es sinceridad? ¿Quién es un hombre sincero? Precisamente en el tiempo actual debemos meditar sobre estas preguntas. ¿Cómo ser sincero en esta vida, en este mundo?

Cuando preparaba esta meditación consulté como siempre sobre todo a Tomás de Aquino. Buscaba la palabra *sinceritas*, sinceridad. Pero no la encontré en ningún sitio. Al principio me sorprendí. ¿Cómo era posible que no apareciese ni una palabra sobre esta virtud en el más grande de los maestros que ha tenido la Iglesia? Seguí buscando y encontré la palabra *simplicitas*, sencillez. Era la pista segura. Esta pequeña desviación del significado de la palabra nos introduce más profundamente en el filón de nuestras reflexiones. No se trata únicamente de una actitud ética, sino de una propiedad del ser. Se trata de la claridad, de la transparencia, de la pureza y de la lucidez del ser humano.

Un día se acercaron los discípulos a Jesús queriendo saber qué jerarquía existía en este ámbito del ser humano que él llamaba *el* reino. Jesús tomó a un niño de la mano, lo puso en medio y dijo: «En verdad os digo, quien no recibe el reino como un niño no entrará en él». Tenemos ya una medida. Para penetrar en lo más profundo del ser

tenemos que hacernos como niños. ¿Qué piensa Cristo cuando da esta importancia a la actitud del niño? Seguramente no piensa en algo frágil o infantil. Ni tampoco en una dependencia de pésimo gusto. Frecuentemente se ha abusado de estas palabras de Cristo sobre la actitud del niño. Se ha entendido como algo sentimental, insensato y decadente. En cambio, la actitud exigida por Cristo como medida última de la autenticidad humana, toca las raíces de nuestra existencia. Se llama «candidez de corazón». ¿En qué consiste?

En la conciencia de un niño no está todavía presente el propio yo, o al menos no en primer plano. El movimiento fundamental de su existencia sale de él hacia fuera. Está «abierto». En su conciencia hay cosas, sucesos, hombres, más relevantes que su propio yo. La actitud por la que el niño entra en esta comparación de Cristo, es la de una fundamental falta de segundas intenciones. Es un ser joven, creador, que permanece abierto, que «mira hacia delante» y que cuando algo o alguien le sale al encuentro va hacia ello; es la capacidad de mirar hacia lo abierto, de sentir lo auténtico y de aceptarlo sin complicaciones; la falta de «segundas intenciones».

Conforme a la palabra de Cristo tenemos que superar nuestra edad adulta, en la medida en que supone hipocresía hacia uno mismo, terquedad, relación artificial con el mundo y sólo corrección externa. Este convertirse en niño es un proceso interior. Hay que cambiar profundamente. Como cristiano me comprometo en todo sin reservas. Solamente cuando no me cierro en mí mismo, acepto y amo plenamente lo auténtico como realidad. Los niños juegan a veces así en la candidez de su corazón. Y así debería vivir un cristiano.

La expresión «candidez de corazón» despierta hoy malestar y repulsa. Precisamente por eso debemos explicarla. En el primitivo cristianismo esta candidez era el

distintivo del cristiano. Es una virtud que no sólo es alabada en el evangelio, sino que está en su núcleo. Una virtud sin la cual no se puede entrar en el reino, en la cercanía de Cristo.

El cielo surge del corazón de los sencillos. Éste es un principio fundamental de la escatología cristiana. En la piedad del cristianismo primitivo «candidez de corazón» significa lealtad incondicional del hombre respecto a Dios, entrega total del hombre a Dios. Un estado de la existencia en el que el alma y el corazón de un hombre están totalmente presentes en todo lo que hace. Este hombre posee un gran corazón, se entrega totalmente, es totalmente honrado, se da completamente en el amor y en la amistad. Un hombre cuyo corazón no está dividido ni «repartido»; en donde no predominan los dobles fines.

¿Es difícil vivir en el mundo con esta actitud de sencillez, luminosidad e incandescencia? ¿Es difícil la sinceridad? Yo diría que sí. Pero Dios dice que no. ¿Cómo hacerse tan sencillo que la verdad y la plenitud de la vida resplandezcan en uno? ¿Cómo convertirse en un hombre que, como dice Tomás de Aquino, «no aparenta sino lo que realmente piensa»? ¿Cómo convertirse en un hombre sin doblez, sin ese desequilibrio existencial que falsea toda la esencia del hombre? ¿Cómo es posible salir hacia adelante sin hacer comedia? Hemos vuelto a la pregunta de antes, ¿cómo se convierte uno en un hombre auténtico, de una sola pieza? En el antiguo testamento se dice:

No está en el cielo..., ni está al otro lado del mar..., se encuentra en tu corazón de forma que puedes conseguirlo (Dt 30, 12-14).

¿Qué significa esto? Quiere decir que todos los hombres pueden alcanzar la autenticidad. Incluso aunque no se tenga idea alguna del cielo, aunque no se haya visto

la magnitud del mundo. La autenticidad es una «actitud del corazón». Por eso se puede decir que todo hombre *en cuanto hombre* es ya un cristiano. La existencia humana, vivida honrada y sinceramente, lleva consigo la posibilidad de una relación positiva con Cristo, aun cuando un hombre determinado no sepa explícitamente sobre Cristo. Todo hombre — bautizado o no, «ateo militante o ateo despreocupado» — puede ser confrontado con la dimensión cristiana. Así, por ejemplo, la silenciosa rectitud de cada día puede ser la forma bajo la que los llamados paganos aceptan al Dios desconocido. Quien no tiene acceso a los sacramentos ni a la revelación explícita de Dios, pero acepta y lleva a su plenitud todo lo que humanamente le es posible, es ya un cristiano anónimo y tiene parte en la salvación traída por Cristo. De este modo el apostolado será el intento de llevar a su desarrollo pleno y reflejo el cristianismo ya impreso en cada hombre y realizado en forma anónima. Donde quiera que un hombre viva sinceramente como hombre y como él mismo, donde sienta anhelo, donde experimente descontento e insuficiencia, la felicidad del amor o de la amistad, donde se encuentre ante un misterio mortal, «comprende» ya lo incomprensible y se pone bajo la gracia de Cristo, aunque no lo sepa objetivamente y aunque llegue incluso a tenerse por un ateo. Tiene un *votum implicitum* de miembro de la Iglesia. Es un cristiano.

El que honradamente ha aceptado su ser humano, ha aceptado al Hijo del hombre. En último término hay que explicar al hombre a partir del «autoenajenamiento» de Dios. Se expresa aquí en germen una comprensión fundamentalmente cristológica del ser humano. Dios está «presente» en todo movimiento sincero del corazón humano.

Pero, ¿de qué manera? Ésta es una pregunta que va a causar muchas dificultades a los teólogos de las próximas

décadas. Por una parte tenemos que sostener que cada hombre puede ser cristiano en la medida en que es un hombre sincero; por otra parte nos preguntamos: ¿entonces por qué somos cristianos?, ¿por qué pertenecemos a la Iglesia? La respuesta, a mi parecer, es sencilla: porque hemos sido elegidos. No elegidos para la salvación. Ésta la puede alcanzar todo hombre. Hemos sido *elegidos para el testimonio*, para transparentar lo absoluto. Tenemos la tarea de «concentrar» en nosotros la presencia de Dios. Somos, como dice Hans Urs von Balthasar, el «caso auténtico»¹. En nosotros se ha de notar que el espíritu de Cristo está presente no sólo de manera anónima sino también explícita.

Tomamos aquí una idea de Mario von Galli: el Espíritu Santo bajó sobre todos los que estaban reunidos en el cenáculo. Allí estaban, como la sagrada Escritura dice explícitamente, mujeres, los parientes de Jesús, José el justo. Todos hablaron según el Espíritu les movía. También hoy se da el sacramento de la confirmación a cada cristiano para que bajo la dirección del Espíritu Santo dé testimonio de Cristo. Nadie está exceptuado. Todos tienen que realizar en su vida esa transparencia de Dios, lo que trasluce, lo sencillo, lo carente de doblez, es la tarea auténtica del cristiano en el mundo. Esto es un hecho carismático.

El *carisma* es un efecto del Espíritu Santo en un creyente, algo que no se puede conseguir por la fuerza del hombre, ni tampoco predecir por los órganos oficiales de la Iglesia, ni siquiera recibir por los sacramentos. Sin embargo pertenece a la esencia de la Iglesia, puede acontecer en cualquier parte, pero debe ser descubierto y aceptado siempre de nuevo. Es siempre un nuevo im-

¹ H. URS VON BALTHASAR, *Seriedad con las cosas*. Sígueme, Salamanca 1968.

pulso del Espíritu de Dios que confronta a la Iglesia con el nuevo presente.

Ignacio de Loyola en la nota 15 de su *Ejercicios* pide al director de los ejercicios que «deje comunicarse directamente a la criatura con el creador y al creador con su criatura». Con ello formuló la ley fundamental de la gracia individual en la Iglesia. Y si existen estos efectos inmediatos del Espíritu Santo en la existencia de cada uno de nosotros, entonces cada uno tiene el deber y la tarea cristiana de reconocerlos en su vida. Pero para eso debe estar preparado. La Iglesia oficial no puede liberar a cada uno del peso de esta tarea. Y ningún cristiano tiene el derecho de atrincherarse detrás de las órdenes de la Iglesia oficial.

Pero, ¿están preparados los cristianos para reconocer en su vida individual las inspiraciones inmediatas de Dios? La formación espiritual de la persona, el obedecer a la voz del Espíritu Santo y la discreción de espíritus, no son en manera alguna ejercicios esotéricos y exclusivos, sino formas cotidianas de realizar la vida cristiana. No basta con ser un cristiano piadoso, conservador del orden y obediente, si queremos cumplir nuestro individual destino cristiano. El Espíritu Santo se ha reservado el revelar este destino. La formación espiritual puede intentar desarrollar individualmente en cada cristiano la apertura del corazón que se percata de la presencia del Espíritu y le acoge prontamente.

Como cristiano tengo la tarea de rendir algo más; he de transformar lo individual e insustituible que hace traslúcida mi vida en una transparencia de Dios. Tenemos que convertirnos en una gracia inmediata e insustituible, porque es carismática e individual, para los demás hombres. Tenemos que ser un don de Dios para nuestros amigos. El reino de Dios tiene que ser construido en nosotros por medio de la gracia. Quizá sea este el sentido

más profundo de esa virtud que llamamos sinceridad. ¿Cómo se consigue esto? ¿Cómo es la estructura interna de esa sinceridad carismática?

En la segunda carta a los corintios (6, 2-10) el apóstol Pablo define de la siguiente manera el verdadero testimonio de lo absoluto en el mundo:

Ahora es el tiempo de la gracia; ahora es el día de la salvación. Nunca damos un paso en falso, para que no se *desacredite nuestro servicio*. Al contrario, *nos acreditamos en todo como servidores de Dios: con mucho aguante, con luchas, infortunios, apuros, golpes, cárceles, motines, fatigas, insomnios, ayunos; con pureza, ciencia, comprensión, amabilidad; con Espíritu Santo, con amor sincero, con la palabra de la verdad con la fuerza de Dios. Con la derecha y con la izquierda empuñamos las armas de la justicia. Pasamos por la honra y por el descrédito, por la mala y por la buena fama. Nos toman por impostores y somos veraces; por desconocidos y somos famosos; nos dan por muertos y estamos bien vivos; nos dan suplicio sin llegar a matarnos; nos tienen por gente triste, y estamos siempre alegres; por pobres, y enriquecemos a muchos; por indigentes, y lo poseemos todo.*

El punto central de este pasaje construido de forma dialéctica lo constituyen cuatro propiedades de la sinceridad carismática: la pureza, la ciencia, la comprensión y la amabilidad. Vamos a comentarlas brevemente.

Pureza

En el texto griego se emplea la dura palabra, casi intraducible, *hagnótes*. Se trata de algo *deslumbrador*, de una fuerza que deja al corazón temblando. Realizarla es un deber cristiano. Todas las realidades que están en contacto directo con lo absoluto se llaman *hagnoi* en la sagrada Escritura. A través de ellas Dios obra inmediatamente, como en los sacramentos, de manera radiante,

conmovera y cautivante. Son lugares de signo, de confesión abierta y de sincera presencia. La luz es su mismo ser.

Esta propiedad de la ardiente existencia sincera se condensa en la sagrada Escritura en la descripción del diácono Esteban, un hombre de impetuosa fuerza espiritual. Por el capítulo 7 de los Hechos de los apóstoles sabemos cómo Esteban fue llevado y acusado ante el tribunal. Habla sobre los planes salvíficos de Dios. Todos sienten la fuerza de sus palabras. Se dice: «Fijando los ojos en él todos los que estaban sentados en el sanedrín, vieron su rostro como el rostro de un ángel». Se llega a un paroxismo de odio contra este hombre, lleno de la luz de Dios. Se unen todos en el odio y le apedrean hasta que desaparece esa luz insoportable de su rostro. Es un pasaje altamente impresionante, que nos muestra cómo esta luz de Dios, esta sinceridad actúa en el hombre: estamos ante un hombre lleno de la fuerza deslumbradora de lo divino; hace temblar a los demás; su ser está caracterizado por lo extraño, por lo impresionante e inconcebible; está lleno de fuerzas que resultan incomprensibles a los demás. Este aspecto impresionante le viene de su entrega a Dios. Lo luminoso se convierte en él en actuación de su ser: ha llegado a ser íntimamente luminoso. Se hace realidad un sacrificio total de la existencia que no se puede explicar psicológicamente. Arde una llama. Trozo a trozo arroja este hombre su vida a ella. En su sacrificio está sencillamente todo; toda la existencia cristiana, toda la vida humana. Este hombre es recto. Es sincero. Sabe que en su sacrificio está la plenitud; la existencia luminosa y ardiente que testimonia por medio de su sinceridad, la santidad de lo absoluto. A tal existencia estamos todos llamados en el «caso auténtico», pero también diariamente.

Ciencia

En griego es empleada la palabra *gnosis*. No se trata de una ciencia que conduzca a «grados académicos». Lo que se expresa es una visión interna de las cosas. Una familiaridad con la totalidad de la vida y con lo absoluto. Una ciencia que sólo puede provenir de la oración. Es una ciencia envuelta en amor. Una ciencia en la que el hombre «comprende» cada vez más en la fe lo incomprendible del amor de Dios y se deja poseer siempre más por este amor como por lo auténtico y definitivo. Una ciencia de su propio destino eterno. Una ciencia que se dirige desde su ser a la contemplación, a la tranquila demora del hombre en la presencia de lo inconcebible e indecible, en presencia de quien llamamos «Dios». No es sólo ciencia, es sabiduría. ¡Qué pocos hombres verdaderamente sabios hay hoy, ahora que son tan necesarios! La sabiduría conoce la realidad que sale de Dios y vuelve a él. Interpreta el conocimiento de Dios. En este sentido la ciencia cristiana nace al ser poseídos por el amor de Dios.

Pero esta ciencia de Dios no viene principalmente a través del entendimiento, sino que es el resultado de una acción vital. Por medio de una praxis paciente, efectiva y vital, se llega a una «connaturalidad», a una «afinidad existencial» con Dios. El hombre se convierte en confidente de lo absoluto, de su misterio absoluto. Experimenta la presencia de lo infinito en la realidad finita. Ve a Dios en todas las cosas. En todas las acciones y las decisiones de su vida está siempre encerrado — aunque quizá todavía de forma débil y cambiante — un «sentimiento de lo absoluto». Este saber de lo divino empapa poco a poco todos los demás conocimientos. Se convierte en destino. El anhelo del corazón se hace vital; se escucha la voz de Dios; se le llama, se está disponible para él.

Ésta es pues la «ciencia que supera a todas las ciencias», de la que habla la sagrada Escritura. Solamente esta ciencia nos hace verdaderos testigos y nos eleva: nos convertimos en cristianos que han entrado en una intimidad esencial de amor y conocimiento con Cristo y junto a los cuales Dios se hace perceptible.

Comprensión

La comprensión es algo más que ser paciente. Se trata de una peculiar «lentitud»: lentitud en el enojo, amplitud de tiempo que se necesita para enojarse. En el Éxodo se dice de Dios que es un Dios misericordioso y compasivo, lento a la ira y rico en bondad y fidelidad. El eco de esta primitiva revelación recorre todo el antiguo testamento. Ser comprensivo significa para Dios incluso el soportar ofensas sin castigarlas. Por tanto un hombre lento a la ira y al desánimo, un hombre que sabe esperar y soportar, es un especial testigo de Dios que realiza la transparencia de lo absoluto que hemos llamado sinceridad.

La comprensión es una característica del amor desprendido. Es justamente lo contrario de la apatía. Es el dominio del corazón convertido en bueno. Consiste en no desquitarse de la injusticia, en no buscar la venganza, en renunciar al castigo, en contener en el corazón el sentimiento de ira y rencor, más aún, en no permitir que aparezca.

La «desesperación» de los hombres superada internamente y transformada en misericordia, es ciertamente uno de los grandes hechos del amor carismático, del testimonio de Dios, de la sinceridad cristiana. Es ser sincero en el testimonio. En esta existencia resulta claro, o al menos puede resultarlo, el que lo totalmente-otro, huma-

namente inexplicable, es decir, Dios, existe verdaderamente y tiene poder sobre el corazón del hombre. El hacer esto no solamente cuando un impulso interior nos empuja a ello, sino siempre, también cuando estamos cansados, agotados, hastiados, incluso cuando anida la náusea en el fondo del alma, cuando el propio ser palidece ante la ofensa, cuando el corazón está abatido, es en lo que consiste el testimonio cristiano.

Amabilidad

La amabilidad es expresada por Pablo con una palabra que suele usar al hablar de Dios. Se podría traducir la palabra griega *chrestótes* por amabilidad, recalcando su aspecto más suave y dulce. Existe un poder triunfal de la gracia, una belleza del ser que proviene de Dios. El ser se hace «vigoroso en el amor», y precisamente por eso testigo de un amor absoluto. Como testigos de Cristo tenemos la tarea de ser tan amables que resplandezca en nosotros algo de lo que los apóstoles sintieron en Cristo: «La amabilidad de Dios con los hombres resplandecía en su rostro». Se trata de una de las tareas más importantes del cristiano, que debe preocuparse por dar testimonio de esta propiedad esencial de Cristo. El ser noble, el tener delicadeza con el otro, es uno de los momentos esenciales del testimonio carismático. De este modo el cristiano se convierte plenamente en un don de Dios para los demás hombres, que eleva la figura de Cristo en medio del mundo. Solamente así tiene lugar el juicio de uno mismo y también el juicio del mundo. El juicio se lleva a cabo por medio de la amabilidad.

Sinceridad como juicio

El hombre tiene que tener la posibilidad de poder regalar una vez todo. Toda tu existencia tiene que someterse a este examen. Vivimos todavía en un mundo extrañamente enmarañado. No sabemos para qué es buena nuestra vida, qué va a ser de nosotros. No vivimos aún lo auténtico. ¿Podríamos, tal como somos, entrar en el cielo; en un cielo que significa transparencia total del ser?

Por eso el hombre tiene que pasar por un fuego, el *purgatorio*. El fuego es aquí una imagen. Imagen de purificación, de limpieza, de acceso a un estado en el que todo es abierto, claro, visible hasta lo profundo de su ser. ¿Podríamos soportar esto? ¿Podríamos vivir felices en un mundo así? No. En esta transparencia de nuestro ser, sucumbiríamos. ¿No resultaría entonces el cielo para nosotros un «infierno»?

Si Dios nos diera una vez la posibilidad de encontrarle totalmente, de permanecer ante él en una total sinceridad, entonces podría y debería reconocer todo hombre que Dios está «ahí», el Dios de la amistad absoluta y nunca superable. ¿Qué diría entonces el hombre a este Dios? Yo creo que le diría: «No soy nada, no soy verdaderamente nada. No soy capaz de recibir lo que tu amor me cree capaz de recibir, lo que me quieres dar. Me he vuelto total, definitivamente humilde». Esto es en esencia el purgatorio.

Sin embargo nada se nos va a negar después de que nosotros hayamos rehusado. En el purgatorio todo puede ser salvado y consolado hasta el fondo. El hombre tiene finalmente la posibilidad de dar todo lo que es. Será un milagro de luz, las formas oscuras se harán claras y lo rígido se suavizará, lo total y misteriosamente confuso resultará sencillo y claro. El hombre se convertirá en don de Dios al universo y al corazón de todos los hombres.

Aparece la «existencia radiante». Allí el ser humano se hace «recto» y sincero. La dura y sofocante insinceridad y los sedimentos del amor propio y del egoísmo, serán demolidos. Toda la existencia humana se abrirá.

Todavía no vivimos en sentido auténtico. Nuestra vida está al comienzo. Es un devenir hacia el cielo. Hay un devenir de todo, desde las formas primitivas de ser, hacia la vida que culmina cuando se transforma en espíritu en nosotros los hombres. El espíritu se hará fuerte en la medida en que reconoce a Dios y se entrega a él en el amor. La unión con Dios arrastra el universo hacia la plenitud eterna. Es alcanzable para nosotros los hombres precisamente a través del fuego del encuentro con Dios. El ha creado el mundo dándole la capacidad de evolucionar y de elevarse hacia él en un proceso de miles de años. El final es el verdadero comienzo, el comienzo de la sinceridad total. Por una parte se dice: «lo que ningún ojo ha visto, ni oído ha escuchado, lo que no está en corazón alguno, eso es lo que Dios ha preparado para los que le aman». El cielo está todavía lejos. Es un «todavía no». *Es algo radicalmente distinto. Pero por otra parte, el cielo está cercano. Ya ha comenzado con la resurrección y la ascensión de Cristo. Nos poseen ya las fuerzas del mundo futuro.*

El cristianismo considera la resurrección de Cristo no sólo como un destino privado de nuestro Señor, sino también como el primer signo de que en nuestro mundo todo se ha hecho diferente en la verdadera y decisiva profundidad de la realidad. El acontecimiento pascual no es un fenómeno aislado y limitado, sino que es el destino santo de todo el mundo. En su resurrección pronunció Cristo sobre todo el universo su palabra creadora: ya ha comenzado, «mira, hago todo nuevo». El cielo está, por tanto, todavía lejano, pero a la vez está cercano, radicalmente íntimo. En esta tensión vive el cristiano

en cuanto cristiano. De algún modo está ya en el cielo, en un cielo que sin embargo todavía no ha llegado. El cielo se nos aparece bajo formas indescifrables, como en un espejo.

El cielo es un estado de autenticidad humana. Hay que acentuar ambas palabras. El cielo es humano. El Señor promete a cada uno su felicidad, aquello que más anhela. A la samaritana, agua; a las gentes de Cafarnaún, pan de vida; a los pescadores, redes repletas; a los pastores, grandes rebaños y pastos abundantes; a los mercaderes, perlas preciosas. Y a todos nosotros, un banquete eterno de bodas: símbolo de la infinita alegría que tendremos al poseer a la persona más querida de nuestra vida. Más tarde los apóstoles prometieron a los griegos aquello que para ellos representaba la mayor felicidad: ciencia, conocimiento, seguridad, un ser traslúcido construido con luminosas piedras preciosas.

Según esto el cielo es vivir de manera total e intensa, de manera honrada y sincera. No un mundo de ideas sino el bienestar infinito del ser humano, de nuestras sensaciones, que en el cielo «captarán» directamente a Dios como regalo. En el cielo se realizará aquel misterio indecible por el que la Iglesia suplica: *Accende lumen sensibus*. La luz de Dios resplandecerá en todos nuestros sentidos. Acaecerá lo que los místicos y las personas profundamente religiosas ya ahora experimentan como en un espejo: oiremos, tocaremos, gustaremos a Dios.

De este modo en el cielo todo lo espiritual se trasladará a la esfera de lo sensible y todo lo sensible a la esfera de lo espiritual. Incluso Dios. Y el hombre descubrirá toda la realidad, el «mundo salvado». Esta última plenitud del cielo, es la definitiva cercanía de Dios, el participar de Dios. Su plenitud infinita no puede ser ciertamente agotada por ninguna criatura. Nuestro ser no puede identificarse totalmente con el ser inagotable de Dios. Por eso

cada plenitud es al mismo tiempo el comienzo de otra plenitud todavía mayor. El cielo es por tanto una dinámica infinita y que se prolonga en lo infinito. La plenitud es cambio eterno. Dios no juzga a nadie. No le es necesario. Revela su amor. Y en la muerte frente a este amor, se juzga el hombre a sí mismo de manera definitiva. Si delante de este amor pronuncia el sí, aunque sea en el último momento, en la muerte, todo está salvado. Dios acoge con amor a su criatura donde y cuando le viene a su encuentro. ¿No se podrían interpretar de forma nueva todas las citas de la sagrada Escritura sobre el juicio a la luz de las siguientes palabras de Juan?:

Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tenga vida eterna. Porque Dios no mandó a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por él. El que cree en él, no será condenado; el que no cree, ya está condenado (Jn 3, 16-18).

Así pues el juicio es en el fondo *autojuicio*. Dios nos dirá en el juicio: «Has hecho muchas cosas malas. Bien. Yo lo he olvidado todo. Ven a mí. Lo que has hecho, hecho está. No tiene importancia. Ven solamente a mí. Te acepto. Tal como eres. En tu indigencia». ¿Acaso no es ésta la verdadera grandeza de Dios? ¿No es un testimonio de lo que nos dice la sagrada Escritura cuando afirma que Dios es mayor que nuestro corazón? Es un Señor demasiado grande. Solamente nosotros podemos condenarnos. Desde nuestra decisión propia se manifiesta el ser juzgado, «sincero».

Nadie será condenado solamente porque el destino, la casualidad, así lo ha querido. ¿Cómo puede depender la condenación eterna de una casualidad? Todo hombre tiene que tener la posibilidad de encontrar, al menos una vez, en la muerte, a nuestro Señor, al Resucitado; de reconocerlo personalmente.

¿Qué significan por tanto el purgatorio y el juicio? En primer lugar quieren decir que todavía no somos en nuestra vida lo suficientemente «justos» y que por tanto no podemos todavía adentrarnos en la esfera de la autenticidad; pero también que nos es imposible adentrarnos porque nuestro ser es débil. Esto es verdad. Debe ser elevado al cielo, a una plenitud infinita. Según esto el purgatorio y el juicio no serían acontecimientos míticos, mitológicos, sino lo que cotidianamente experimentamos en nuestra existencia: el anhelo, la exigencia de verdad, es decir, de existencia ardiente, de un ser traslúcido, de sinceridad. Hay que poner de una vez nuestra vida radicalmente en orden.

El centro de la existencia cristiana consiste en conseguir este cambio, esta transformación. Aquí se ha presentado un criterio. Es una piedra de toque más esencial que el martirio. Es la piedra de toque, la característica esencial de la cruz. Una realización total de sí mismo, en la que el propio ser se hace traslúcido, transparencia de lo absoluto. En su núcleo es humildad.

MEDITACIÓN SOBRE
LA HUMILDAD

EL centro de la existencia humana, de la existencia sinceramente vivida, es la humildad, la modestia. La *modestia* es ya un reconocimiento implícito de Dios. Es la capacidad, la virtud adquirida quizá con mucho esfuerzo, de no colocarse dentro de los sucesos y del interés. Tomamos aquí un bello pensamiento del cardenal Journet: en un sentido verdadero, aunque difícilmente definible, la humildad es ya adoración. Ninguna vida es suficiente para poder hablar de la humildad, para ponderarla de forma adecuada. Y tampoco es suficiente la fuerza de una vida para realizar radicalmente la humildad, es decir, para penetrar totalmente en la sencillez y simplicidad del ser.

La humildad es por tanto el reconocimiento pleno de un límite absoluto.

Hablar sobre la humildad quiere decir en el fondo hablar sobre Dios. ¿Qué significa someterse a Dios, reconocerlo de tal manera que la propia existencia se empequeñezca en su presencia, pero que precisamente entonces se haga grande? Para esto es necesaria grandeza de ánimo y es necesaria tanta que lleguemos a ser modestos ante todo lo que es grande. ¿Cómo se puede ser de tal manera grande que uno se haga humilde?

La humildad es una experiencia de lo absoluto, la experiencia del límite absoluto y de la grandeza absoluta. La actitud de la humildad es sólo justificada y digna de ser vivida, cuando existe algo absoluto, el absoluto. La humildad no es «bajeza». Está anclada a la misma profundidad del alma que la generosidad y la liberalidad. De todos modos no se trata de un desprecio de uno mismo. Al contrario, es el respeto de lo infinito que vive en nosotros pero que no somos. Para ser humildes hay que vivir en la presencia de lo absoluto; en la amistad y en el amor. Todos vivimos, consciente o inconscientemente, en la presencia de Dios. Pero esta presencia aparece en una existencia frágil. Por eso la humildad consistirá en soportar la tensión del propio desamparo y fragilidad.

¿Cómo es este Dios ante el que nos encontramos desamparados? ¿Cómo es su rostro? Es un Dios al que experimentamos en todas partes, en todos los movimientos del corazón, pero que sin embargo no pertenece a la contextura de nuestro mundo. ¿Cómo vive un hombre que ha experimentado a Dios? ¿Cómo realiza su existencia en la presencia de este absoluto siempre cercano y a la vez ausente? ¿Cómo puede el hombre soportar lo que llamamos presencia de Dios? No se puede hacer otra cosa que decir con sinceridad cristiana cómo he experimentado yo a Dios, describir el ser de Dios y su presencia en el mundo, entonces podemos decir con pocas palabras lo que es la humildad humana. Hay cinco tensiones fundamentales entre Dios y el hombre de las cuales surge la humildad.

Dios es a la vez luz y oscuridad

El apóstol Juan dice de Dios: «Dios es luz; en él no hay oscuridad». El profeta Isaías, sin embargo, dice de

Dios: «Eres verdaderamente un Dios oculto; Dios salvador de Israel». ¿Quién de los dos tiene razón?

Intentamos acercarnos a esta paradoja de la revelación. ¿Dios es luz o Dios es oscuridad? Hay dos clases de oscuridad. Hay una oscuridad que proviene de un exceso de luz y hay al mismo tiempo una oscuridad que significa tinieblas. Tanto la mucha luz como la poca engendran oscuridad. Se puede estar también totalmente cegado por la luz, de forma que no se vea nada. La pureza del ser se nos revela y nos ciega. Está tan cerca que no la podemos ver. El ser de Dios es demasiado intenso y penetrante para nosotros. Aquí comienza la paradoja de la claridad de Dios, el misterio de su cercanía. Su cercanía deslumbrante nos produce oscuridad. Sobre todo en el tiempo actual el mundo está lleno de esta oscuridad. El hombre busca un apoyo. Busca cosas que pueda tocar y sentir. Busca un programa de existencia, un arte que le permita dominarla. Pero de esta manera no se puede encontrar a Dios. Dios está oculto precisamente por su cercanía. Está oculto en su luz. Se puede ir a su lado como los discípulos de Emaús sin darse cuenta de ello. Se trata de una luminosa oscuridad. Es demasiado brillante para nuestros ojos, para que podamos notarlo. Delante de su ser hay siempre un velo, una «cortina».

Por eso el hombre nunca puede estar tranquilo en el mundo. Ve las cosas, conoce el mundo, la amistad, el amor, la felicidad de la existencia, y busca detrás de ello algo distinto, algo oculto. En una bella oración litúrgica del tiempo después de pentecostés, dice la Iglesia: «Señor, ten misericordia de nosotros que no podemos vivir sin ti y tampoco vivir contigo». Esto es nuestra existencia. No podemos vivir sin Dios. Y tampoco podemos vivir con él. Es demasiado luminoso y a la vez demasiado oscuro. Los hombres hablan tanto y tan fácilmente de Dios... Quizá todo resultaría más sencillo

si no se hablara tanto de Dios. ¡Noche de Dios en el mundo! Pero, sin embargo, noche luminosa. ¡Bendita noche! Continuamente nuestra ceguera interna nos impide mirar la luz de Dios. ¿Por qué permite Dios todo esto? ¿Por qué es su ser tan cegador? La pregunta permanece: ¿quién es ese Dios ante el cual tenemos que ser modestos para ser verdaderamente hombres? ¿Ante quién estamos desamparados en tal humillación? Es un Dios de la oscuridad y de la luz.

Dios es a la vez silencio y palabra

El silencio es uno de los acontecimientos más extraordinarios de nuestra vida. Santo Domingo visitó una vez a san Francisco de Asís. Se abrazaron y no se dijeron una sola palabra durante todo el tiempo de su visita. Ni una sola palabra. Se separaron sin haber pronunciado una palabra. Un suceso conmovedor. También Dios se nos entrega en el silencio y a través del silencio. Pero es difícil el soportar este silencio de Dios en nuestra vida. Le tenemos miedo.

Las más bellas palabras de un hombre son engendradas en el silencio. Es como el horno incandescente de la palabra, el crisol de las palabras, de los sentimientos y del pensar sustancial. Solamente en el silencio nace un movimiento generador, en el silencio largamente soportado. Cuando la música es muy bella, entonces acaba. En estos momentos se siente un misterio. Se quiere proteger este misterio y no mezclarlo con las cosas del mundo. Por eso se calla.

Lo inconcebible es que, sin embargo, el misterio absoluto, Dios, a pesar de todo, nos habla. Pero, ¿cómo? En el profeta Oseas este Dios silencioso dice: «Te conduciré al desierto y allí te hablaré». Los hombres a los que

Dios habla y a través de los que Dios nos habla, son siempre aquellos que han sido conducidos por Dios al desierto, a la soledad del sufrimiento, del hambre interior, del anhelo insaciable y que allí se han vuelto totalmente silenciosos. En este silencio, empapado de dolor y anhelo, brotan esas palabras esenciales que hay que desenterrar con las manos ensangrentadas de la profundidad del misterio. Dichas palabras no se pueden olvidar si se han oído una sola vez. Como las palabras de las bienaventuranzas. Se pueden comprender en seguida, con evidencia inmediata y acogerlas, aunque en el fondo no se las entiende jamás del todo. Son demasiado profundas para nosotros y sin embargo se entienden. Se entienden por ejemplo qué quieren decir las palabras de Cristo de que los pequeños y humildes son felices, verdaderamente dichosos. La palabra esencial es siempre un suceso interior, un acontecimiento del amor. «Mis ovejas conocen mi voz», decía Cristo pensando en los humildes.

Jesús era la palabra de Dios. Y sin embargo, o precisamente por esto, qué silencio dominaba en su alma. Estaba solo entre nosotros, solo con aquel misterio que llamaba «Padre». Durante mucho tiempo los apóstoles no le comprendieron y le pidieron explicaciones incluso cuando hablaba con más claridad. Él no se ponía nervioso ni se irritaba. Le animaba una gran calma interior. El evangelista Lucas dice:

Aconteció por aquellos días que salió él hacia la montaña para orar, y pasó la noche orando a Dios. Cuando llegó el día llamó a sí a los discípulos y escogió a doce de ellos (6, 12-13).

¡Silencio de Cristo, silencio de Dios! ¿Qué dijo Dios a su Hijo cuando éste le llamaba en la cruz? Cuando Juana de Arco era ajusticiada en la plaza mayor de Rouen gritó: «¡Jesús, Jesús!» En toda la ciudad se pudo oír este grito desesperado por lo fuerte, sobrehumano y desesperado

que era. Pero la respuesta fue sólo el silencio de Dios. Soportar a este Dios es santa humildad.

Dios es paz que engendra intranquilidad en nosotros

Leemos en el evangelio que Cristo, al entrar en una casa, saludaba: «La paz esté con vosotros». O también: «Yo soy, no temáis». La Iglesia manda al sacerdote que cuando lleve la comunión a un enfermo, al entrar en la casa diga: «La paz esté en esta casa y en todos cuantos la habitan». La palabra paz, o más exactamente el deber de decir «la paz esté con *vosotros*», es decir, el hablar de esta manera a una persona o a los amigos, es una expresión característica, una palabra clave de nuestro cristianismo y de nuestra predicación. La paz es la fuerza más poderosa del mundo. Normalmente uno se imagina lo eficazmente poderoso que pueden ser el amor y la benevolencia. Pero la paz de Dios que debe habitar en nosotros puede ser una difícil obligación. «Dios de los cielos, eres terrible», casi irresistible, porque la intensidad del amor y de la amistad nos obliga a algo que humanamente apenas podemos soportar.

Dios exige de nosotros amabilidad y nos obliga con ello a la cruz. Desde la crucifixión de Cristo sabemos lo que significa ser totalmente bueno y amable en este mundo desconcertado; cómo le van las cosas a un hombre que pretende llevar paz y amor a los hombres. Pero si del resplandor de la paz divina sube hasta nosotros aunque sólo sea una sombra, entonces vemos las cosas con una luz del todo distinta. Vemos lo que hemos *de hacer* en el mundo. Esto cambia nuestra actitud ante la realidad, cambia nuestras relaciones con los hombres, cambia el

tono de nuestra voz, nuestra mirada, incluso la expresión de nuestro rostro se transforma en una sonrisa.

Podemos observar claramente la paz de Cristo en un acontecimiento de su vida. Cristo duerme en la barquichuela mientras se desencadenaba la tormenta. Está visiblemente cansado. Pero su corazón vela. Los apóstoles han visto su rostro tranquilo y sereno. Ciertamente, el rostro del que duerme parece generalmente tranquilo. Pero en el rostro de Dios hecho hombre resplandecía una tranquilidad extraordinaria. La tormenta no le despertó, ni podía despertarlo; él quería dormir. Y durmió. Cuanto hizo, lo hizo todo como un hombre completamente concentrado. También en el sueño. Todo ocurrió en él con una tranquila naturalidad. Sin embargo, las voces angustiosas de sus amigos lo han despertado. Precisamente ellas fueron las que le despertaron. El filósofo Bergson decía una vez: «La voz de una madre, la más débil de una madre, suena como un trueno para el niño amado». Los apóstoles han despertado a Cristo. Pero también inquietado (Mt 8, 23-27).

Ésta es la otra cara de la paz misteriosa de Cristo: qué intranquilidad; qué cuidados tuvo que soportar Dios encarnado, este Dios tranquilo; precisamente él que intentaba traer la paz. Por un lado conservaba una íntima tranquilidad imperturbable, porque contemplaba a Dios y estaba inmediatamente unido con él. Estaba apoyado en la calma insondable del ser eterno. Pero Blas Pascal dice: «El corazón del hombre es un abismo de intranquilidad e inseguridad». ¡Qué intranquilidad y qué inseguridad sintió en su corazón el Dios hecho hombre! Una impaciencia tal que una vez se vio obligado a decir: «He venido a traer fuego a este mundo y quiero que arda».

La conmoción del redentor ante el sepulcro de su amigo Lázaro es descrita en el evangelio diciendo que «se turbó en su interior». Esto significa que no sofocó violen-

tamente en sí los impulsos del corazón. Podía llorar Y también en el evangelio se cuenta que «Cristo lloró». Lloró realmente, no sólo simbólicamente; lloró con toda la necesidad que se esconde en el lloro. Una afirmación de Cristo que está relatada en los evangelios sinópticos acentúa lo aquí notado hasta lo indecible: «Mi alma está triste, tanto que desearía morir».

¿De dónde viene esta tristeza en un alma infinitamente tranquila? ¿Qué significa esta inseguridad de una existencia completamente pacífica? ¿Este estremecimiento en un alma que mira a Dios? ¿En una existencia inmersa en la paz de Dios? No se trata propiamente de intranquilidad alguna sino de inquietud por los hombres. Una inquietud que culmina en una agonía en la que pide al Padre que no se deje dominar por la justicia, sino sólo por el amor. En esta agonía viene un ángel para consolarlo. ¿Qué significa esto? ¿Una criatura consuela a Dios? Dios aceptó tan intensamente la intranquilidad humana que tuvo que ser consolado por una criatura finita.

Esta paz de Dios que se revela en la intranquilidad y en la preocupación tenemos que realizarla en nuestra vida. Esta es nuestra tarea confiada por la gracia. Si Dios es amor — ésta es la definición de su ser — este amor tiene que revelarse como *preocupación*. La preocupación testimonia que amamos. Una madre está intranquila cuando su hijo está enfermo o se encuentra en dificultades. La intranquilidad del corazón es señal de amor verdadero que comprende la amenaza en que se encuentra la persona amada. Si esa madre no se preocupara, no amaría. Pues intentemos proyectar en Dios, en el amor absoluto, en *el* amor, en el amor *sin límites*, todo lo que experimentamos sobre el amor en nuestro débil ser.

Si el amor absoluto consiste en tranquilidad e intranquilidad, entonces sabemos lo que ocurre con nuestro amor finito. Cristo concentró en su corazón toda la inquie-

tud del amor y la soportó. Porque quería traer la paz tuvo que vivir en el tormento. Tuvo que aceptar todas las necesidades y estrecheces del hombre. No sabemos cómo pudo soportar todo eso. Era Dios. Él lo podía soportar.

Pero la gran pregunta de nuestra existencia es la siguiente: ¿cómo podemos soportarlo *nosotros*? El trato con un Dios así exige en gran medida la humildad. La paz de Dios que se transforma por amor en intranquilidad. Este peso del amor nos oprime. A veces nuestra existencia está como pisoteada y no se puede soportarla por más tiempo. Pero es bueno estar oprimido por el peso del amor. La humildad consiste en amar las preocupaciones de los demás, en aceptarlas pacientemente, en estar con ellos en las necesidades y estrecheces y continuar en esta dirección.

Dios es pureza que toca nuestra impureza

Quizá sea este el misterio más impresionante de Dios. ¿Qué es pureza? Es la actitud existencial de un hombre que dice: quiero lograr algo en el mundo, algo que sea bello, limpio y bueno, algo que consista en puro ser. Esto es lo que Dios quiso, éste fue su plan cuando nos creó. Esta actitud del ser la esbozó Dios como *paraíso*: cercanía inmediata de todo lo que es bello y bueno.

El hombre malogró esta ocasión que se le ofrecía. Los relatos de la Biblia son oscuros en este punto. Ahora se trata de construir de nuevo en nosotros este ser traslúcido, límpido, puro. Ser puro quiere decir adentrarse en todas las preguntas, en toda necesidad o debilidad que nos salgan al paso; quiere decir adentrarnos en la existencia terrena sinceramente, sin dobles intenciones. Cuando un hombre así acepta con sencillez de corazón el peso de

una benévola cercanía, siente las cosas tal como son. Según Tomás de Aquino la pureza es fundamentalmente *firmitas*: constancia en una decisión, perseverancia en el amor en medio del mundo, que en gran parte se compone de necesidad y estrechez. Nuestra amabilidad tiene que abrirse a todos los hombres.

Si un hombre totalmente bueno apareciera entre nosotros no podríamos soportarlo. Su destino sería la cruz. Este fue también el destino de Cristo. Dios elevó el mundo desde la nada hasta el ser puro, traslúcido. Desde la nada. Sobre todo en nuestro interior. Por eso necesitamos hombres que eleven de nuevo este ser a la luminosidad, a la bondad, a la amistad, a la amabilidad, sencillamente al ser. De lo contrario podemos abandonar este mundo. ¡Nada saldrá de él! Pero Dios ha llamado siempre a hombres que han comprendido en su corazón que éste era precisamente su destino y su tarea: no esperar nada, sino darlo todo.

Existen tales hombres; hombres que se han retirado; que en un momento de auténtico valor se han decidido a sacrificarse totalmente por el bien. Hombres que sólo quieren ser misericordia, que sólo quieren estar dispuestos para la llamada y el mandato de Dios. Por ejemplo un san Bernardo que se alejó interiormente del mundo y no quiso otra cosa que permanecer puro ante Dios. Esta genuina intención de vivir para Dios, ha servido para fundamentar muchas cosas buenas, quizá más que los partidos y los movimientos. Sin el humilde sí de María, que no había cometido pecado, no hubiera sido posible la encarnación. Dios quería hacerse hombre, pero no hubiera podido serlo si nuestra tierra no lo hubiera recibido. Por la gracia de Dios pudo concentrarse nuestra tierra en una pura capacidad receptiva: en María. El que ella hiciera esto la hace digna de una eterna veneración y dignifica a todas las mujeres del mundo.

Entonces apareció Cristo entre nosotros: la sinceridad, la amabilidad, la sencillez, estaban presentes para los demás. Esto fue precisamente lo que le acarreó la muerte: esta manera de ser. Fue hacia los pecadores, hacia hombres que no tenían esta manera de ser. Por eso se acercó a nosotros — lo dice continuamente el evangelio —: para darnos a los hombres la cercanía de Dios.

Un hombre despreciado, rechazado, Zaqueo, subió una vez a un árbol para ver a Cristo. Al pasar Cristo se detuvo ante el árbol en el que estaba acurrucado el pequeño Zaqueo. Le dijo que bajase, quizá riéndose interiormente; Zaqueo descendió rápidamente. Quiero ir a tu casa. Marchó a casa de un hombre desacreditado y despreciado por los demás: era de baja estatura y ejercía un oficio mal visto. Fue precisamente a casa de este hombre (Lc 19, 1-10). La pureza se hospeda en la impureza.

Otra vez había una mujer que impulsada por un amor equivocado se había convertido en adúltera. Los demás querían juzgarla y se la presentaron a Cristo. Una pobre criatura perdida. ¿Qué ocurrió? Cristo no miró a la pecadora sino a sus jueces; los miró hasta el fondo de su alma y dijo entonces lenta y enérgicamente: «Quien no tenga pecado de entre vosotros que le arroje la primera piedra». Entonces se arrodilló y empezó a escribir en la arena. En el evangelio no se nos dice qué es lo que escribió. Pero se dice, en cambio, que todos los acusadores se marcharon. La pureza que toca nuestra impureza. Entonces el Señor levantó sus ojos y miró a la mujer. Todos se habían marchado. Le preguntó: ¿nadie te ha condenado? Momento sobrecogedor. Cristo sabía bien lo que era un pecado. Pero era demasiado magnánimo para condenar a esta pobre criatura, para reprocharle algo. Sencillamente le dijo: tampoco yo te condeno. Pero añadió, precisamente porque en esto consistía su misión, en traer la pureza al mundo: no peques más (cf. Jn 8, 1-11).

¿Qué ocurre en nuestra vida? ¿Cómo es esta vida? Llevamos a cuestas, consciente o inconscientemente, demasiadas oscuridades y contradicciones. ¿Cómo podemos en este estado sentir al Dios misericordioso? Hay en nosotros demasiada antipatía, aversión, incluso odio; quizá no en formas violentas, pero sí en pequeños nerviosismos y susceptibilidades. Una palabra desconsiderada, desacertada, una actitud grosera quizá hecha con buena intención, puede hacer daño durante muchos años a un hombre. ¿Cómo nos puede Dios redimir, sacar de este estado? Quizás únicamente por medio de la muerte, por medio del encuentro total con su pureza. En la muerte nos haremos muy delicados y amables. Entonces diremos con todo nuestro corazón: Señor, no soy digno.

¿Cómo osa entonces el hombre acercarse a Cristo en esta vida terrena? ¿Cómo nos atrevemos a comulgar? Dios nos ha ordenado que nos acerquemos a él. Tal como somos. Nuestras faltas no deben impedirnoslo. Pero el hombre debe decir humildemente: Señor, no soy digno. Como un mendigo. Quien pronuncia verdaderamente estas palabras, quien verdaderamente piensa así de sí mismo, no puede nunca comulgar indignamente. Solamente el «orgullosa» recibe a Cristo «indignamente»; el que dice: Señor, soy digno.

Dios es a la vez riqueza y pobreza

Es riqueza que pordiosea entre nosotros. Dar es un signo del amor. Pero nosotros no podemos dar nada a Dios, porque todo es suyo. Sin embargo, Dios nos ha creado de tal manera que le podamos obsequiar. Como los padres que dan dinero a sus hijos para que les compren regalos. Después los padres se muestran sorprendidos y felices. Y verdaderamente lo están. El niño les

ha regalado realmente algo. Esto es el amor: se regala y se es obsequiado. Se regala para que los demás tengan la alegría de poder regalar.

Con Dios ocurre lo mismo. Dios en su ser eterno no depende de nadie, porque en él está el ser en su plenitud absoluta. Es perfecto tal como es, independientemente de nosotros. Entonces, ¿por qué ha creado Dios el mundo? Porque necesita amar. ¿Cómo es posible esto? Es un misterio. Ciertamente ha creado el mundo por puro amor, ya que no puede hacer otra cosa que amar. El último fundamento de la creación del mundo — el amor —, es un fundamento que no necesita de ningún otro. De este amor dice Tomás de Aquino que es «autoenajenante». También un hombre que de verdad es bueno tiene que entregarse siguiendo un impulso interior.

¿Es asunto nuestro el formular preguntas a Dios? El preguntar por ejemplo: ¿por qué nos ha colocado en todas las dificultades del mundo?, ¿por qué hay a nuestro alrededor tanto dolor, necesidad e inseguridad? Sin duda estas son las preguntas que más nos atormentan. Pero no encontraremos una respuesta a todas ellas si antes no reunimos el ánimo suficiente para decir: te doy gracias, Dios mío, porque me has creado tal como soy. En momentos de desesperación es muy difícil el pronunciar estas palabras. Sin embargo incluso al borde de la desesperación tenemos — se trata de una humildad «heroica» — que poder decir como cristianos: te doy gracias por haberme creado. Me has llamado al ser, para que por medio de la amistad y de la amabilidad cree algo nuevo en este mundo. Mi tarea es la de elevar un poco el mundo y permanecer firme junto a mis amigos. Todo lo demás encontrará su solución.

Sin embargo esto no es todavía toda la verdad. Dios nos ha amado aún más. Dios nos ha creado para que demos una respuesta. Por eso viene y pordiosea nuestra

respuesta, nuestro amor. Dios nos ha visitado, más aún, nos ha buscado. Dios llama a nuestra puerta. Por eso se encuentra tremendamente cansado. En la secuencia *Dies irae, dies illa* de la misa de difuntos, hay una estrofa muy bonita que se podría traducir de la siguiente manera: «Cuando me buscabas, te cansaste tanto que tuviste que sentarte. En la cruz me has redimido sufriendo. Este dolor no puede ser inútil».

Una vez Jesús estaba sentado junto al pozo de Jacob, durante el bochorno del mediodía. Estaba muy cansado. Fue allí para encontrar a una persona. Una pecadora. Si se siguen los recorridos y los caminos de Cristo en el evangelio, se ve que de Judea a Galilea había dos caminos. Uno era transitado, más cómodo, menos peligroso y más corto. El otro era un rodeo. El camino que eligió, el más largo y peligroso, era el que había de conducirle a este encuentro con una pecadora, con la samaritana junto al pozo. Eligió precisamente ese camino porque buscaba a la pecadora.

Si decimos que Cristo pordioseó nuestro amor, afirmamos al mismo tiempo que somos libres de devolverle su amor. Tenemos que advertir en esto la noble delicadeza de Dios. No pordioseó nuestro amor por medio de grandes prodigios o signos sorprendentes de su omnipotencia. No hizo que bajara fuego alguno del cielo. Nos invita con su existencia pura, su ser bondadoso, sencillo, lleno de comprensión. Indefenso y lleno de abnegación. Se le podría escupir a la cara. ¿Por qué? Porque no quería cegarnos con su poder, porque quería obtener nuestro afecto en plena libertad. En los momentos más grandes de la historia del mundo, cuando se hizo hombre, en la anunciación a María, un hombre tenía que decir sí, con entera libertad, para que la encarnación fuera posible.

Cuando un mendigo es despedido una vez, generalmente no vuelve más. Pero Cristo vuelve. Viene de nuevo.

Volverá en la muerte con una claridad deslumbrante, aunque también entonces en forma de mendigo. Dios nos ha creado dos veces: la primera por el desbordamiento de su amor, la segunda en su insondable decisión al dejar a su Hijo pordiosear nuestro amor.

Éste es también nuestro destino cristiano: regalar y mendigar. Dar el regalo para que los demás puedan regalarnos algo. Dios quiere de nosotros que pordioseemos de los demás. Nos exige que nuestra humildad tome la figura de un mendigo. En todas las situaciones de la vida. Incluso cuando nuestro amor es rechazado. Debemos permanecer, no endurecernos, regalar a los demás nueva presencia, encontrar ocasiones de hacerles bien sin que se den cuenta. Permanecer en el puesto del mendigo. ¡A qué humildad nos conduce el Señor!

¿Qué significa por tanto humildad cristiana? Quiere decir soportar a Dios tal como es. Es decir:

- soportar la oscuridad de nuestro mundo y transformarla pacientemente en luz;
- ser silenciosos y encontrar en este silencio una palabra de ánimo para los demás;
- realizar en nuestra existencia intranquila, más aún, irradiarla en el mundo, una calma esencial;
- confesar nuestra indignidad y reconocer que en esta confesión radica nuestra auténtica dignidad;
- sentirse mendigos para poder obsequiar a los demás.

Fundamentalmente la humildad es experimentar que la propia indignidad, aceptada sencillamente, se transforma en dignidad. Al confesarme pecador, me purifico. Éste es el último riesgo de una existencia frágil, la experiencia fundamental de la gracia.

MEDITACIÓN SOBRE LA ESPERANZA VIVA

UNA de las manifestaciones más trascendentales de la revelación sobre las preguntas «de dónde» y «adónde», las encontramos en la primera carta de Pedro:

Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, quien, por su gran misericordia, mediante la resurrección de Jesucristo de entre los muertos, nos ha reengendrado a una esperanza viva, a una herencia incorruptible, inmaculada, inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros, a quienes el poder de Dios, por medio de la fe, protege para la salvación, dispuesta ya a ser revelada en el último momento (1 Pe 1, 3-5).

En esta carta de profundo y difícil contenido, el ser del hombre, historicidad hecha esencia, es definido como «desarrollo de la esperanza». Se trata de un aspecto esencial de nuestro carácter creador. La carta comienza con la palabra «bendecir». Este término, según la etimología de la palabra griega *eulogein* y de la latina *benedicere*, expresa, en una lengua hermosa y noble, una vivencia esencial y al mismo tiempo existencial. Tal vez debía hacer alguna reflexión, como hace el teólogo en un misterio cuya interpretación le ha sido encomendada. Así pues, quisiéramos encargarnos gustosamente de averiguar el sentido de la palabra «bendecir». Este texto de la revelación,

que hemos citado y que intentamos descubrir, podemos dividirlo en tres partes semejantes. Estas tres partes constituyen la estructura fundamental de nuestra creación. La primera parte habla del nacimiento y del carácter vivo de la esperanza; la segunda, de la resurrección y la tercera del cielo. Creación, resurrección y cielo son tres «palabras claves» que apuntan en dirección al misterio del ser de la existencia del hombre como criatura.

Dinámica de la creación

Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, quien por su gran misericordia... nos ha reengendrado a una esperanza viva. En primer lugar observemos racionalmente nuestra situación en el mundo. Nos damos cuenta perfectamente de que «vivimos»; lo sentimos a través de todas las fibras de nuestra existencia. Además, sabemos que la vida, ese impulso del mundo que se condensa en nosotros, no la realizamos inconscientemente, sino que la transformamos a la luz y claridad de la conciencia y la «experimentamos».

Más claramente aún: sabemos que tanto nuestro impulso a la vida como nuestra experiencia, cuanto más se desarrollan, más se resisten y oponen al aniquilamiento y más se afirman e incrementan; que de la profundidad de nuestra base existencial surgen continuamente nuevas energías que nos impulsan a hacer frente a lo desconocido y a lo que aún no hemos vivido y experimentado; que los latidos de nuestro corazón tienden «hacia arriba» y que sentimos, aún en nuestra frágil existencia, algo así como un júbilo que se ha hecho existencial y que exige una palabra, un término.

El júbilo de la criatura se condensa en el hombre en una palabra: «bendecir». Sin embargo, el «objeto»

de la bendición humana se llama, desde siempre, Dios. Una frase que ha de expresar el esencial acontecimiento de la creación del hombre solamente puede empezar con estas palabras: «Bendito sea Dios».

La constitución interna de una creación consciente y responsable podría ser esbozada del modo siguiente:

Nuestro ser creado se encuentra en un «movimiento existencial». De un pasado que ya no existe se va a un futuro que todavía no existe. Si se toca el lugar donde late el corazón o se escucha el sordo palpitar que da ritmo vital a nuestras arterias, se puede ver que un latido ha pasado y el siguiente aún no ha aparecido. La primera «parte» ha de pasar, irse extinguiendo, desaparecer, convertirse en una acción pasada, para que la segunda «parte» pueda aparecer, surgir. De tal modo que cuando llega el segundo latido, el primero ya ha pasado. ¿Adónde ha ido? A «ninguna parte», a la nada. Lo que ya ha pasado, transcurrido, solamente vive en el recuerdo, en ninguna otra parte; ya no existe, ha caído en la nada. Pero, ¿dónde está el futuro? Todavía no ha llegado, aún no existe. ¿Qué es, pues, nuestra vida? El presente. Un rayo de luz, un instante entre el pasado y el futuro. Lo que ahora es presente, en el próximo latido del corazón ya es pasado. Así «late» la vida; éste es su mecanismo: salir de la nada y caer en la nada. Es una «llama fugaz del ser». ¿Hacia dónde «corre» este movimiento del ser? ¿Cuál es la estructura de este surgir de la nada y caer en la nada? ¿Para qué futuro es creado el ser en nosotros cada instante? La fe cristiana nos dice que la meta, la perfección y el contenido de la creación son la resurrección y el cielo.

Este punto de vista de la creación parecerá, tal vez, insólito e incluso extraño a muchos. La resurrección y el cielo no son, en la creación, fenómenos aislados y apartados de la evolución del mundo, sino más bien la culmina-

ción de una legitimidad que, desde el principio, actuaba en todos los campos del espíritu universal. Esta legitimidad puede observarse en el «fenómeno de la creación», fenómeno que, en el plano de la experiencia, aparece como «devenir evolutivo». La evolución del mundo está basada en la ley fundamental de la neo-evolución, expresada de una forma abstracta, y en la ley de la autosuperación.

El universo se construye sobre sí mismo partiendo de un núcleo esencial primitivo, pero tiende a sistemas cada vez más complicados. Al principio las formas de vida son primitivas, sencillas; después se van haciendo cada vez más complejas. El perfeccionamiento y complicación del sistema molecular permiten y dan origen finalmente a la aparición de una intimidad molecular que llamamos conciencia. El desarrollo del mundo se dirige a una complicación cada vez mayor del ser material y por consiguiente a unos sistemas nerviosos de superior categoría. Desde este punto de vista, la realidad del mundo es una unidad del devenir. En relación con esto hay algo significativo:

La existencia del mundo va más allá de sí misma, está en continua evolución y se renueva vigorosamente.

Puede decirse, en sentido figurado, que es una «resurrección». El anuncio pascual, «ha resucitado y vive», se encuentra ya en el origen del universo. En cualquier parte del cosmos aparece continuamente algo nuevo, que no se origina de lo que ya existía anteriormente, ni procede de ello. Aquí se encuentra la estructura básica y fundamental de la creación, del devenir evolutivo del universo: la producción de algo que no se deriva ni procede de un estado anterior. Este algo se llama, en principio, hombre.

Pero tampoco el hombre se encuentra «definido» en el mundo. Es solamente un «proyecto» de su propio

ser, un esbozo. El autodesarrollo de la naturaleza prosigue en él y a través de él. La evolución del mundo produjo solamente aquella materia de la cual debía formarse el hombre mediante su propio esfuerzo y fatiga hasta constituirse en «punta del universo». El impulso de la evolución adopta una nueva forma en él, aunque su orientación sea la misma: la autosuperación. La energía vital acumulada en el hombre es la causa que «graba» poderosamente los deseos, ideas y presentimientos y que se desarrolla en nuestra conciencia en forma de sueños, inquietudes y apetencias. Ningún hombre puede escapar al deseo secreto ni evadirse de la estrechez de la realidad concreta. La confianza en alcanzar algo mayor, imposible por los medios humanos, es un rasgo esencial de la existencia humana. Por consiguiente «el esperar» pertenece al ser de la existencia humana. Ese «esperar» es una apetencia e incluso una avidez de grandeza, una capacidad de «averiguar el futuro en sueños».

La creación total y toda la historia de la humanidad son, por tanto, un único «punto de partida». Sin embargo aún no hemos llegado a lo más característico del misterio de la creación. En este punto la alabanza humana ha de transformarse en una adoración, que constituye la actitud fundamental de la existencia religiosa. Dentro de esta existencia, el hombre se inclina ante lo incomprendible, cuyo límite se encuentra en la frontera última de la existencia, allí donde nuestro ser total termina, «acomodado» en la nada. A pesar de ello, y precisamente por eso, está sostenido por la mano de Dios. Todo acto humano trascendental y profundo, todo día que significa realmente futuro, comienza con la adoración, con una concentración del hombre en lo absoluto, origen y meta de toda la existencia; haciendo presente la existencia; permaneciendo tranquilamente en la deslumbrante luz de un amor impenetrable. La adoración significa que

la criatura se aviene, con toda su sensibilidad, a un enfrentamiento santo con lo absoluto.

Esta actitud, que es una verdad realizada y reconocida, origina el júbilo del espíritu, la irrupción de alegría de un alma liberada y la conciencia, manifestada a través de todas las conmociones y sacudidas de la vida, a pesar de todas las fuerzas que se nos pudieran oponer, de estar firmemente apoyados en el amor de Dios.

Expresar júbilo interior sería verdadera teología, sería denominar a Dios por medio de la alegría a través de una boca humana que se manifestase con ternura.

Aún más profundamente: Dios crea de la nada. Esto significa, expresado positivamente, que Dios saca a la criatura de sí mismo, de nada más. No la crea de acuerdo con ninguna imagen, con ninguna ley y bajo ninguna influencia. Por consiguiente, todo está creado a imagen de Dios, todo vive como pensamiento de lo absoluto. Esto quiere decir que todas las criaturas están unidas con Dios por un lazo que es Dios mismo, de tal modo que Dios mismo nos ilumina a través de tanta hermosura. Incluso el mundo es una manifestación, un reflejo y una emanación de Dios. Nosotros no podemos penetrar este secreto de la creación, este misterio fundamental de nuestra existencia. Su profundidad nos produce vértigo. Nos encontramos dentro del proceso de la santísima trinidad. Hay en Dios, en su vida interior y eterna, una «imagen» de sí mismo que está frente a él y que sin embargo es él mismo. Dios se reconoce perfectamente en ella y ama de tal modo este objeto de reconocimiento que este amor es una persona: el Espíritu Santo.

Toda la creación se encuentra en una relación misteriosa con esa imagen de Dios, o sea, con la segunda persona de la trinidad. De este modo podemos comprender la significación y alcance de las palabras de Pablo cuando dice que todo fue creado por él y para él. Esta presencia

misteriosa de Cristo en el mundo es una de las experiencias más dichosas y felices de la meditación cristiana. Sin embargo, tenemos que procurar comprenderla para poder experimentar, poco a poco y después de un proceso lento de maduración interior, aquello que Pablo exponía en su carta a los de Efeso cuando dice que Cristo había llenado el mundo entero con su presencia (Ef 4, 20). Por consiguiente la encarnación de Cristo es el acto culminante de la creación (de la «encarnación» primitiva del logos). Cristo se hizo hombre porque desde toda la eternidad, por su posición en el seno de la santísima trinidad, es el modelo y la culminación de toda creación.

Sin embargo, nuestra «alabanza a Dios» no acaba con esto. En realidad debería comenzar en este punto, a pesar de que la lengua se haga cada vez más pobre y concisa. Ahora, preguntamos: ¿quién era Cristo, ese ser que es la conclusión de todos los impulsos y movimientos del ser, alrededor del cual gira el universo, al que no se puede «escapar» el alma humana y que en definitiva es la «esencia de nuestra esencia»?

La fuerza de la resurrección

Dios... por su gran misericordia, mediante la resurrección de Jesucristo de entre los muertos, nos ha reengendrado a una esperanza viva, a una herencia incorruptible, inmaculada e inmarcesible.

Si observamos la figura de Cristo con imparcialidad, sin prejuicios, según está descrita en los evangelios, experimentamos una sensación difícil de expresar: la profusión y la entereza de una vida terrenal. Para comprender esta originalidad propia de Cristo, el hombre actual tiene que

dejar de ver en él esa «imagen del amado salvador», que corresponde muchas veces a una figura dulce y sentimental, elaborada a través de los siglos, y empezar a descubrir y percibir el misterio que encierra su persona. Hemos de volver hacia atrás, desaprender, hasta conseguir asombrarnos ante la figura de Cristo.

Nos han repetido sus palabras mil veces y nos han contado sus hechos otras tantas. Por eso ya no podemos ver cómo resplandece e ilumina su ser. Ante pocas figuras históricas nos hemos vuelto tan ciegos y sordos como ante la figura de Jesús de Nazaret. En este punto hemos de hacer una consideración: ¿qué significa que este hombre fuera enteramente humano y que agotara por completo la vida humana?

Apareció entre nosotros como un hombre lleno de comprensión y sabiduría, como un hombre que protegió a los pecadores y a los débiles. San Pablo define la actitud existencial y la aparición de Cristo como *charis* que significa amistad, bondad e irradiación íntima de benevolencia, como la gracia salvadora de Dios que se manifiesta a todos los hombres (Tit 2, 11). A través de los evangelios se percibe esa gran fuerza de atracción de su persona, ese poder sobre los corazones humanos que hace que Pedro y Andrés dejen todo al oír una sola palabra de Cristo. En el nuevo testamento nos encontramos con un «Señor» que siente compasión de los hombres, que se compadece de nuestra miseria, que llama a los oprimidos y humillados y que conoce nuestra necesidad interior y exterior. Él «era» el amigo, el pacificador, el reconciliador. Una alegría serena emanaba de su persona. Toda su existencia estaba dominada por una compasión que le hacía incapaz de odiar, condenar o devolver mal por mal. Esta existencia humana ha realizado algo inimaginable: el amor hacia todas las criaturas. Ni siquiera las palabras duras que tenía que pronunciar, para permanecer fiel a su

verdad interior, sirven al impugnador, al enemigo, sino a la mentira y a la deformación. Una evidencia interior sobrecoge el alma de quien las considera: solamente puede ser tan humano el que está por encima de lo que es sólo humano. Su existencia estaba regida por la «otra totalidad», pero al mismo tiempo su poder sobrenatural se inclinaba a la bondad.

En la teología sistemática se toma en consideración esta totalidad con que está realizada la existencia humana. Se dice que con Cristo la vida humana alcanzó totalmente su carácter original; él realizó su existencia sin «autosuperación» (concupiscencia); en todos sus actos era «él mismo». Lo que hacía o sentía era su existencia. «Era» lo que «experimentaba» y no podía expulsar de su conciencia ni la alegría ni la compasión. Tenía todo muy cerca de sí mismo: la felicidad bienaventurada y la tristeza mortal. Sin embargo sólo él podía ser tan perfectamente «él mismo», ya que pasó toda su vida sin separarse de lo absoluto. Ésta es la significación existencial del concepto teológico de «la visión inmediata del Padre» (*visio immediata*). Vivía en presencia de Dios con todas las fibras de su existencia terrenal. Su «otra totalidad» penetraba inmediatamente las cosas, los hombres y los acontecimientos. Todas sus experiencias estaban inmersas en el misterio íntimamente vivido de la divinidad. Se sentía Dios por encima de todo. Poseía, en cuanto Dios, una vivencia inmediata de todas las cosas que experimentaba.

Ahora vemos la extraña lógica del texto bíblico que constituye el objeto de nuestra meditación: Dios ha creado el mundo por su infinita bondad, lo ha sacado de su ser eterno. Le infundió la fuerza para desarrollarse y alcanzar vida y conciencia, para que surgiera el ser humano y pudiera alabarle; esta vida se realizó totalmente en Cristo y vive eternamente. De este modo el mundo «se eleva» continuamente por esa fuerza de Dios, hasta llegar con

Cristo a la inmediatez divina vivida entera y totalmente. Esta presencia total de Dios en nuestro ser se llama *resurrección*. El ser del hombre, en su forma definitiva, está basado en la resurrección de Cristo; ella es su origen y fundamento, el principio de la esencia humana. Ya en su vida en la tierra Cristo superó la miseria de la existencia humana. Por eso, la muerte no supuso para él una ruptura, sino un comienzo. Aquello que había dominado y regido su vida terrena se convirtió con la muerte de Cristo en definitivo; fue la irrupción de la vida en la presencia de Dios. Con la resurrección, la existencia de Cristo alcanzó dimensiones universales. La realidad de Cristo «inundó» el mundo; se hizo omnipotente, cósmica.

Por consiguiente, Cristo se constituyó en el centro del universo, en su soberano. Gracias a él la creación recibió el ser eterno de Dios, quedó inmersa dentro de él. Cristo resucitado es el símbolo de un mundo que se ha hecho nuevo. De este modo, el misterio del universo se cumple en la resurrección: Dios vino al mundo y tomó nuestra naturaleza para elevarse con ella sobre todas las cosas que el mundo puede producir. Todo el universo imitará algún día, según se expresa en la revelación, al cuerpo resucitado y transfigurado de Cristo. Con el mismo poder con el que hizo su cuerpo de la materia de este mundo y lo transformó por medio de la resurrección, dignificará toda la materia al fin de los tiempos. San Juan intenta describir ese mundo nuevo, nuestra patria eterna. Utiliza para ello imágenes, las relaciona y las mezcla unas con otras. Tenemos la impresión de que intenta describir algo que es, en realidad, inexpresable. Habla de «mares de cristal», de calles de oro cristalino, de puertas de una sola perla, de muros contruidos de piedras preciosas. Intenta describir ese mundo nuevo en el que toda esa luz y brillo revela la presencia del resucitado.

Encontramos, en la revelación, dos puntos de apoyo

que nos sirven para comprender realmente el sentido de la última perfección.

El primero es «la eficacia milagrosa de Cristo». Los milagros de Cristo son unas señales que permiten juzgar, salvando la realidad momentánea y aparente, la perfección del mundo debida al resucitado. En principio, las curaciones de Cristo no son solamente una manifestación de su compasión; son el comienzo de la nueva configuración del mundo. A través de estas acciones, Cristo se revela como restaurador de un «mundo sano», como renovador del universo. Sin duda alguna, los milagros pertenecen, dentro de esta categoría, a la naturaleza. No se trata de intervenciones arbitrarias en las leyes naturales, sino de indicios de una perfección definitiva. O bien, se ve en ellas la «relación amistosa» entre las fuerzas de la naturaleza y el hombre (como calmar la tempestad, andar sobre las aguas y la pesca milagrosa) y, entonces, o caen bajo el concepto de la reconciliación bíblica, o bien, el poder divino-humano del Hijo del hombre llega hasta los orígenes y raíces de la naturaleza y proporciona así a nuestra condición terrena unas posibilidades que permanecían ocultas y que solamente gracias al poder de Dios entran en función: la conversión del agua, la multiplicación de los panes. Estos milagros «profetizan un nuevo orden del ser». Dentro de ese orden todo está en armonía y las posibilidades más fecundas de la creación divina salen enteramente a la luz, se manifiestan.

También los sacramentos son una referencia al estado final de la nueva creación. La temporalidad del mundo se encuentra tan inmersa en el ser de Cristo, especialmente en la eucaristía, que pierde incluso su propia sustancia dentro de él e infunde gracia en cuanto promete y representa realmente la perfección de esa gracia en el reino definitivo de Dios. En la comida eucarística se nos promete un mundo en el que todas las criaturas nos mues-

tran a Dios y nos unen íntimamente con él. La temporalidad del mundo se convierte, después de la resurrección, en la eucaristía del universo. La creación total, el reino de nuestra imagen del mundo, alcanza una gran dimensión, llega a la amistad íntima del hombre con Dios. Todo se hace nuevo, no por encanto, sino por aquella obra divina que comenzó ya con la resurrección de Cristo. Algo semejante representan los otros sacramentos, especialmente el santo bautismo, el sacramento de la nueva creación. El signo de la inmersión en el agua expresa claramente un proceso que, a no ser por las audaces palabras de Cristo, no nos atreveríamos a formular. Se trata de una inmersión en la vida íntima divina. Dios mismo, y con él el «poder de la resurrección», vive en nosotros gracias al bautismo. Nos hemos convertido realmente en Cristos resucitados, con nuestro cuerpo y alma, con toda nuestra realidad humana; somos verdaderamente un nuevo cielo y una nueva tierra. «De manera que el que es de Cristo se ha hecho criatura nueva y lo viejo pasó, se ha hecho nuevo» (2 Cor 5, 17). Por medio de la gracia bautismal el cristiano vive ya en el cielo, en un mundo definitivamente nuevo. Por consiguiente, es el «mediador» de una esperanza universal. Este es el misterio más profundo de la vida y conducta cristianas.

Después de esta meditación podemos comprender, ya, aquella «corriente profunda del origen y devenir del mundo» y explicarla con unas cuantas palabras que están contenidas en la tercera parte de este párrafo de la primera carta de san Pedro.

Testimonio del cielo

La herencia está reservada en los cielos para vosotros, a quienes el poder de Dios, por medio de la fe, protege

la salvación, dispuesta ya a ser revelada en el último momento. Este conocimiento de la vida cristiana quiere decir, en el fondo, que Cristo ha venido al mundo y que permanecerá entre nosotros hasta el fin de los tiempos. Si la «medida de Cristo» es satisfecha y todos los hombres, los cuales han de realizar ese cumplimiento o satisfacción del ser de Cristo, entregan su vida a Dios, la creación se realiza plenamente. A lo largo de esta meditación hemos ido tensando el arco de la creación desde la nada hasta la realización plena. Sinceramente creo que vale la pena entregarse al prójimo, servirle. El hombre no puede perder nada de su esencia eterna y profunda, al menos aquello a lo que renuncia por amor. Dios, por medio de la resurrección de Cristo, ha hecho que nuestra vida participe en esa fabulosa aventura del cielo. Por eso nos lo ha reservado para siempre, para la eternidad. ¿Puede decirse algo más digno y elevado del ser del mundo? Este ser ha nacido del amor; por tanto jamás fracasará, sino que triunfará «como cielo» tras un proceso que se prolonga más allá de la muerte.

Por ello nos extraña tanto ver qué poco piensan los cristianos, de una manera consciente, en el cielo y qué poca esperanza hay en su vida. El testimonio del cielo es una de las funciones esenciales de los cristianos en el mundo. En el cielo, el hombre se encuentra próximo a Dios y experimenta y siente totalmente esta proximidad. El mayor regalo que puede hacer un cristiano es ser testigo, ya en la vida terrena, de ese acercamiento de Dios a la criatura. Sin embargo frecuentemente fracasa en esta tarea de ser testigo del acercamiento de Dios, y de la ruptura del mundo hacia lo absoluto. Niega sentirse vacío y triste e incluso, a veces, se esconde de su Dios exigente y huye de él. Sin embargo, el amor le hará doblegarse y sentirse débil. Muchas veces percibimos, sentimos, la dureza y miseria de nuestra vida, la falta de compasión y de

piedad. Raramente nuestros esfuerzos se ven premiados con el éxito. Precisamente por ello, el testimonio del cielo puede ser una virtud cuya práctica exige muchas renunci-
cias y resignaciones.

Por consiguiente, esta consideración desemboca en una «espiritualidad del testimonio del cielo», en un intento por que la experiencia del cielo presida, a través del propio esfuerzo, la vida de cada día. ¿Cómo vive el cristiano de hoy, después de la promesa del cielo? ¿Cómo vence la estrechez de esta existencia terrena ante la esperanza de una satisfacción infinita? Pueden intuirse aquí algunos motivos fundamentales de esta espiritualidad:

La no intencionalidad. A la persona humana y a su conducta les corresponde una dimensión de infinitud en un mundo que busca el cumplimiento divino. Dios se apropió de un modo tan radical el ser del hombre en la encarnación y resurrección que la esencia y la conducta humanas adquirieron un valor que supera totalmente las aspiraciones y las metas inmediatas. A través de la pureza, sinceridad y desinterés de su ser, de su noble mentalidad y pensamiento, de su encuentro y de una vida llena de bondad que infunde esperanza, Cristo da testimonio de que el hombre y sus obras tienen un valor que supera las aspiraciones y alcances inmediatos. Cristo, con su comprensión del ser humano, hace ya presente el cielo en nuestro mundo. Reconoce totalmente el mundo del hombre, su conducta y sus obras. De esta forma nos demuestra que el cielo es un bien mayor que cualquier otra satisfacción terrenal. Ese noble comportamiento cristiano, basado en la no intencionalidad, en el desinterés, es como un «crecimiento de grandeza interna» en la tierra y, por consiguiente, también un «crecimiento de lo totalmente grande», del cielo.

Apertura. En este «paso» de la vida terrenal, que es como «un impulso que se opone al cielo», uno de los

testimonios más profundos y trascendentales de lo eterno en una vida cristiana, sería alcanzar todas las verdades. El cristiano, precisamente, que ha experimentado la caducidad de todas las cosas terrenas y la promesa de la eternidad, ha considerado una virtud el buscar la verdad claramente, de un modo manifiesto, sin reservas. La verdad es siempre de la divinidad; por consiguiente lo es también del cielo. Sólo a través de una búsqueda profunda y clara de una verdad puede superarse el carácter opaco de la temporalidad. Puesto que toda verdad es la expresión de una esencia divina no es posible fundamentalmente que la fe contradiga una verdad. Sin embargo esto no significa que no existan tensiones entre las verdades parciales y sus representantes, cuya depuración sólo es posible con una lucha larga, y a veces trágica, por la consecución de una verdad. El cristianismo, puesto que es la fe en el cielo, en el ser puro y limpio, encierra un amor ferviente a la verdad. Sin embargo, para adoptar una postura objetiva e imparcial, una posición abierta frente a toda verdad, y sentirse conmovido íntimamente por ella, el cristianismo tiene que aprender nuevamente a rezar y a practicar con asiduidad.

La meditación es, en nuestros tiempos, una necesidad, e incluso se ha convertido en una virtud. La oración no quiere arrastrar al mundo a un sistema donde predomine la lucha y las superaciones, no quiere hundirlo, en propio provecho, en los convencionalismos, sino que lo quiere como es, con su propia fuerza y santidad. San Agustín consideraba que la necesidad existencial es un aspecto esencial de la oración: *Redeamus ad cor et inveniamus eum* (si penetramos en el corazón, encontraremos a Dios). En la oración hay que volverse hacia dentro, hacia aquel círculo central de la existencia al que san Agustín llama «corazón». Este centro de la existencia concreta es la esencia del hombre. De aquí, de este punto central, se derivan

los pensamientos esenciales que deciden incluso el destino. A causa del abandono, el hombre normal, poco a poco, deja de adentrarse en sí mismo, de recogerse íntimamente, y de esta forma, sin recogimiento, es incapaz de relacionarse con el prójimo. Así, la oración, en cuanto que es «una vuelta al propio ser», supera el aislamiento y proporciona una mayor sinceridad en las relaciones con el prójimo y la sociedad. Por tanto, la oración es un acontecimiento central de la evolución de la personalidad, un suceso que alcanza plenamente el corazón humano. Pero el centro del corazón del hombre es Dios, que se nos reveló a través de Cristo. Por eso, la oración cristiana significa una «vuelta» a la esencia de la propia personalidad, una abertura en la relación con el prójimo y una inmersión en el ser absoluto de Dios a través del encuentro con Cristo.

Sin embargo, para poder mantener esta postura en el mundo actual es necesario que el hombre se sumerja en el *silencio*. Dios y su misterio son suaves, no hacen ruido. La llamada de Dios se oye en un estado de tranquilidad y desinterés y en una despreocupación y equilibrio serenos de la existencia. Si olvidamos los recuerdos, aunque sólo sea durante un momento, el futuro no nos ocupará en absoluto. Viviremos en el presente y en presencia de lo absoluto y así se tranquiliza el corazón del hombre. Algo nuevo y profundo comienza a desarrollarse íntimamente. Nos sentimos próximos al misterio, es decir, vemos lo invisible, palpamos lo impalpable, conocemos lo incognoscible y comprendemos lo incomprendible. El ser total se hace «escuchando». El mundo entero está en silencio, tranquilo. Del análisis lleno de esa tranquilidad contemplativa surge la palabra esencial. Basándose en la forma, el hombre deduce un fondo que ilumina, reconforta y es la base de un entendimiento íntimo y de una perseverancia tranquila. En esa existencia fugaz, penosa y limitada de la tranquilidad resplandece

algo que no puede ser creado por la actividad del universo. Es el testimonio de la calma, de la tranquilidad y de la predisposición. La calma, la tranquilidad, capacitan al hombre para que pueda experimentar en otro hombre que el mundo es, en su esencia, más profundo y amplio que nuestra existencia diaria. Unos minutos de tranquilidad reflexiva, ¿no sería lo más adecuado para nuestro desarrollo espiritual? Sin embargo, ¿cuál es el testimonio que nos proporciona la tranquilidad del cristianismo?

Ese testimonio son las *virtudes* esenciales de la existencia cristiana dentro de las cuales la vida concreta se hace transparente gracias a todo lo existente, gracias al cielo. La virtud se manifiesta en todas las acciones, pero su esencia consiste en su carácter. Es la corriente profunda del destino realizado y cumplido, del sentir, del conocer y del decidir. ¿Cómo demuestra el hombre, realmente, que existe en el mundo algo comprensible por sí mismo y que es distinto incluso al «mundo», a ese mundo de intereses, de dominio, de represión y de progreso? Esa demostración real que caracteriza la vida cristiana está en el desinterés, con todas sus manifestaciones: en esa decisión para sufrir con los que sufren, reír con los que ríen, alegrarse con los que se alegran, ponerse al lado de los oprimidos, liberarse de las necesidades superfluas de una existencia extraña, no considerar a nadie insignificante, agradecer todas las cosas, escuchar la verdad íntima del hermano. Esa actitud es lo que caracteriza la humildad cristiana y demuestra que el hombre está dispuesto a entregarse totalmente, que cree en algo que predomina en su vida y en su mundo, que sobresale por encima de su propio yo y de la vida de relaciones inmediatas. Es el testimonio del hombre que considera que la categoría humana consiste en *penetrar*, recapacitar sobre todas las limitaciones de la vida. Esta forma de pensar vivida conscientemente, que fue la que vivió y experimentó Cris

to, es una de las tareas más importantes de la renovación cristiana.

Finalmente, la *perseverancia*. Nuestro Señor se manifestó como el sembrador en cuyo campo crece la cizaña y el trigo y prohíbe a sus criados arrancar la cizaña «para que no arranquen el trigo con la cizaña» (Mt 13, 24-30). No quiere muestras de impaciencia, sino que retengamos su palabra con corazón noble y generoso y demos fruto por la perseverancia (Lc 8, 15). ¿No ha de ser así nuestra vida: dar fruto por la perseverancia? Vivimos en una época de cambios continuos y radicales. Un nuevo mundo se aproxima. Si no construimos una forma de vida dentro de nosotros mismos a través de la oración y la renuncia, seguiremos vacíos y nuestra propia vida continuará hundiéndose como hasta ahora. La auténtica revolución del espíritu supone una «renovación de los corazones»; es el fruto de una actitud cargada de una gracia que se proyecta hacia el futuro, protegida por una forma de pensar sana y noble y que fructifica a través de la existencia total. Se trata, en definitiva, de una decisión y ternura que son el fundamento de la perseverancia. Dios advirtió a los que carecían de perseverancia: «Así, pues, el que cree estar en pie, mire no caiga» (1 Cor 10, 12). El cristiano jamás debe pensar que él es la medida de todas las cosas ni preciarse demasiado. Nunca ha de decir: Señor, te doy las gracias porque yo no soy como los demás hombres. Deberíamos preparar el camino al «Dios de la esperanza», ser la voz del que clama en el desierto, precursores de Dios y no considerarnos dignos de desatar sus sandalias. Dios no espera de nosotros nada extraordinario, pero sí mucha humildad y perseverancia, acciones pequeñas, sin trascendencia, pero positivas, palabras de consuelo para el hermano y un comportamiento sencillo y recatado.

En vista de la «magnitud y grandiosidad» de la creación, acontecimiento sobre el cual hemos intentado refle-

xionar en esta meditación, tenemos que preguntar qué busca nuestra insignificante vida en esa fantástica transformación del mundo. La respuesta es simplemente: *misericordia*. Jamás ha enmudecido, desde los primeros tiempos del cristianismo, la llamada a la misericordia. Ésta es la «continuación del origen del mundo» en el ámbito de lo humano. El Señor ha colocado el amor al prójimo bajo la misma ley del amor divino. Las obras del amor misericordioso y caritativo son las que determinan en última instancia la esencia y carácter del cristianismo y no las pesadas cargas, a veces insoportables, que los fariseos y aprendices de escritores ponen sobre nuestros hombros.

MEDITACIÓN SOBRE LA PLENITUD

Los días entre la resurrección y la ascensión al cielo, que se repiten en la propia vida a través de una existencia contemplativa, son una época misteriosa y llena de una significación eterna y trascendental. Es un período de calma, de permanencia entre nosotros y de perfección: una época de meditación. Cristo se aparece, en diferentes ocasiones, a sus amigos. Su figura, cada vez con más intensidad existencial, «se alza todopoderosa», salvando todas las aclaraciones. Las experiencias a que nos referimos son tan fáciles de comprender que a veces creemos oír la voz de Cristo y ver sus gestos. Están llenos de recuerdos y sin embargo encierran un misterio que nos atraca inconscientemente e involuntariamente. Jesús no es solamente un «encuentro exterior», se hace íntimo; se convierte en una fuerza de la que emana la vida, en un «Dios próximo». De aquí surge una nueva dimensión de la «vivencia divina», una dimensión siempre nueva que convence y arrastra, una nueva «atmósfera de la vida y la experiencia». San Pablo describe esta nueva experiencia:

Que el Dios de la esperanza os llene de todo gozo y paz en vuestra fe, hasta rebosar de esperanza por la fuerza del Espíritu Santo (Rom 15, 13).

Que el Dios de la esperanza...

En primer lugar sería interesante reflexionar sobre el hecho histórico: Dios no quería solamente ser reconocido por los hombres. Quería más. La Biblia no pretende que el hombre sea racionalmente consciente del misterio divino, sino que viva *en comunidad con Dios*.

El conocimiento de Dios es totalmente distinto de aquel que se basa en la relación entre causa y efecto o en «los factores del mundo». No se trata de ninguna teoría sobre la esencia de Dios, ni tampoco de una participación del saber, sino de un acontecimiento que coloca al hombre en una situación existencial. Es una respuesta a la pregunta sobre la incertidumbre y las dudas de la vida. Dios es reconocido en la Biblia de acuerdo con su carácter de ser-para-los-hombres, como el creador del universo, el rector y el salvador. Su carácter de ser-para-sí está oculto tras una falta de fundamentabilidad, una independencia y una incomparabilidad, así como también tras una *no cognoscibilidad*, tras el misterio. Dios se nos manifiesta en su proximidad viva y cálida como «presente de lo indecible».

La experiencia siempre nueva de ese devenir salvado y regido, crea una imagen de Dios que no era resultado de demostraciones concluyentes o producto de una superación reflexiva de los problemas insolubles. El «Dios de Israel» significa relación, unión íntima, entrega, confianza y temor. Era una «experiencia» de la historia más personal con alguien cuyo nombre no podía ser pronunciado. Isaías expresa de forma sencilla lo que sucedía en el interior de la existencia humana: heterogeneidad, trascendentalidad y gravedad (*gravitas*) existencial y una comprensión de la majestad (*maiestas*) de Dios dominan esa experiencia divina.

Este Dios exige una total «entrega del corazón».

Es un Dios que no soporta ninguna injusticia, pero que da también su amor a aquel que se ha hecho indigno de él. Él crea y salva, da vida, envía su espíritu. Su nombre es Yavé. Hay muchas interpretaciones de este nombre, precisamente porque es tan misterioso. En el fondo probablemente significa: «Yo soy aquel que está para vosotros». *Deus hominibus*: un Dios para los hombres. Es el-que-deviene-permanente, consuelo, impulso y guía. Tal vez, «Yavé» debería ser interpretado de esta forma: «yo soy tu futuro»; o, como dijo Cristo: «yo estaré con vosotros siempre hasta la consumación del mundo» (Mt 28, 20). El hombre vive en esta experiencia divina. Sin embargo aún queda algo más profundo.

...os llene...

Ante el hombre existe una plenitud. Un horizonte de extensión ilimitada se abre ante su espíritu. Quisiera comprender, saber quién es ese Dios misterioso. El espíritu humano es también un misterio oculto como Dios. Ambos forman un conjunto. Uno es un abismo, una profundidad que crea y origina el otro abismo, la otra profundidad: *abyssus abyssum invocat*. Por eso, tal vez es mejor no hablar de «espíritu», sino de hombres en los que hemos reconocido y experimentado los «efectos del espíritu».

A ese hombre podríamos describirlo así: objetivo y sensato. Su tono es suave. Es tranquilo y no se preocupa de las palabras impresionantes. No considera necesario hacer más grandes, mediante palabras, «las cosas grandes» de las que habla. Es paciente consigo mismo y con las cosas, prudente y noble con sus contrarios, en tanto les tenga o pueda tenerlos a su modo de ver. Así se hará «objetivo», no «recitará» ningún principio; escuchará

honradamente la opinión de los demás aunque no esté de acuerdo con el *leit motiv* de su pensamiento y experiencia. Sin embargo, en esta sensatez objetiva se esconde un profundo respeto: el afán de conocimiento y luz. No quiere impresionar con su pensamiento, sino que razona objetivamente y le impresiona la «cosa en sí». Medita e intenta hacerse dueño de la situación allí donde quiere intervenir y hablar; incluso se anima a sí mismo.

Sin embargo es un hombre de vida interior. Sus pensamientos expresan mucho para él. No cree que la vida pueda desarrollarse en el plano de la lealtad. Habla con profundidad y sencillez. Su lenguaje no se «alimenta» de presunciones o ilusiones vagas y exageradas. A pesar de eso puede componer himnos como Tomás de Aquino. En él la vida y espíritu son realmente una sola cosa; piensa, porque es una condición esencial para su vida. Sin embargo es plenamente «responsable» de sus pensamientos. Y así llegamos a una tercera cualidad del espíritu humano.

Este hombre es un místico. Su vida es una adoración del misterio, pero no quiere causar la impresión de que conoce el secreto de la esencia de Dios. Quiere que los hombres participen del misterio divino partiendo de la sencillez de la existencia diaria. Él no «supera» nada, el misterio le «supera» a él. Por consiguiente, el *adoro te latens deitas* (te adoro deidad escondida) no es «lírica» para él, sino el principio del pensar y conocer. Este hombre «vivirá, con todo su ser, en el secreto». Someterá la pereza y comodidad al dolor de la lucha y se dará cuenta, gracias a la inmediatez de su ser, de la infinitud de Dios y de la inmensidad de la existencia humana. Una corriente de fuerza y luz se deriva de su vida clara y sencilla. Cuando se convive durante cierto tiempo con estos hombres se sabe perfectamente, sin definiciones, qué es el espíritu humano: irrupción de la vida, origen

y nacimiento de la luz, fuente de auxilio y de razón. Sin embargo esto no es toda la existencia humana. No consiste solamente en el misterio divino y en la profundidad del espíritu humano. Falta aún algo esencial.

...de todo gozo...

El hombre ha nacido para estar alegre, porque es *sensibilidad*. El espíritu y la vida libre y abierta a todas las realidades posibles están encerrados en los órganos de los sentidos. El hombre no «tiene» solamente órganos sensoriales, sino que «es sensibilidad». Si esta tesis es atrevida, debemos considerarla en relación con el espíritu, ver a éste como una proyección hacia lo absoluto, inmersa de forma permanente en la sensibilidad. El espíritu, desde su origen, tiene que retornar continuamente a la configuración concreta de las cosas (esto es también un modo de «conversión»), tiene que formarse imágenes y aprender a ver y oír. Hay que exigirle al hombre no solamente el «esfuerzo de comprender», como exigía Hegel, sino también el «esfuerzo de imaginar». Quien lee la palabra de Cristo: «¡dichosos vuestros ojos porque ven y vuestros oídos porque oyen!» (Mt 13,16), tiene que estar de acuerdo con Angelus Silesius y proclamar con él que «los sentidos son en el espíritu un uso y un sentido; quien contempla a Dios le saborea, le siente e incluso le oye».

En esa tensión creada por la imposibilidad de imaginarse a Dios, por la proyección existencial del espíritu humano y por las limitaciones sensoriales de toda la experiencia humana, podemos hacernos una idea de lo absoluto. De repente todas las cosas se convierten para el hombre en un medium de la experiencia divina. Tal vez no se trata de su imagen, sino de la forma primitiva de aquella imagen, de la palabra primitiva de aquella palabra,

de aquello que está oculto en todas las cosas. Así se origina una de las experiencias divinas más esenciales del cristianismo: «el hallazgo de Dios en todas y cada una de las cosas». De esta forma el hombre llega a las últimas relaciones de su esencia terrenal al mismo tiempo que se produce un enfrentamiento entre su vida y lo infinito e indecible. Sin embargo debemos aclarar una cosa: para conocer a Dios es necesaria la santidad de la acción. Tal vez la mayor necesidad de la Iglesia actual es que los santos escuchen a los teólogos y los teólogos sean santos. Quien nos habla de Dios debería hablarnos de aquel ser que él siente y percibe en todos los momentos de su vida a través de los acontecimientos e imágenes de su existencia. Por eso se dice en el ruego del apóstol que Dios nos llenaría de alegría, ya que la alegría es la «presencia sentida de Dios». Un proceso misterioso es la «toma de conciencia de Dios» en nuestra alma. De esta forma se origina un círculo de numerosas referencias, relaciones y posibilidades que son, tal vez, «trozos insignificantes de nuestra vida» y que nosotros hemos fusionado. Sin embargo, surge de ellos, poco a poco, una imagen compleja, un mosaico como en el ábside de las catedrales románicas, la imagen del ser supremo, del Pantocrator. «Penetrar en Dios» significa vivir sucesivamente las experiencias importantes de nuestra existencia y los momentos en que sentimos la profunda emoción de lo absoluto, cumplir nuevamente aquella misión primitiva que se encuentra en las palabras de Cristo: «levántate y ve», adentrarse en la propia alma para sentir vivamente el desconocimiento e ignorancia que existen en el fondo de nuestras experiencias, pensar en lo que sucedía cuando hemos guardado silencio ante los hombres, cuando hemos perdonado por bondad y comprensión humana, cuando hemos permanecido fieles a una amistad, a un amor, aunque no fuesen correspondidos, cuando experimentamos

la soledad interior, la falta de misericordia humana, las largas horas de deseos insatisfechos, el ansia de amor y de pureza, y cuando hemos asimilado íntimamente las experiencias de la tristeza y de la propia imperfección. En medio de estas vivencias y emociones misteriosas Dios se nos ofreció como promesa. Y así se cumple aquello que el apóstol nos desea: «Dios nos premiará con la paz».

...y paz...

Meditar sobre Dios, sobre nuestra búsqueda de la rectitud y autenticidad de una existencia libre, aunque en ocasiones cargada de temor, ha de ser una labor pacífica y tranquila. Como consecuencia surgen del alma, inconscientemente, muchas imágenes. En cierto modo «convertimos» a Dios en nuestra propia sangre. Vamos a intentar dar nombre a algunos «signos de Dios» que brotan de esa experiencia fundamental del hombre, ya descrita, como de una fuente de la presencia y actualidad existenciales.

Dios es luz. Los santos han visto a Dios como luz, la han experimentado y la han sentido. Los teólogos han explicado siempre el efecto de su gracia por medio de la imagen de la luz. La Biblia nos habla de la primera obra de la creación del universo: «Dijo Dios: “haya luz”; y hubo luz. Y vio Dios la luz que era buena, y la separó de las tinieblas» (Gen 1, 3-4). El relato sobre la «nueva creación» dice: «La ciudad no había menester de sol ni de luna que la iluminasen, porque la gloria de Dios la iluminaba y su lumbrera era el Cordero» (Ap 21, 25). Desde el principio hasta el fin la Biblia es una «historia de luz». El salmista dice que el mismo Dios «está envuelto de luz como de un manto» (Sal 104, 2). «Su resplandor es como la luz; de sus manos salen cuernos, con que vela su poder» (Hab 3, 4). «Había una semejanza de firmamento, como de portentoso cristal, tendido por encima de sus cabezas»

(Ez 1, 22). Cuando Moisés y Aarón subieron a la montaña divina contemplaron al Dios de Israel y vieron «bajo sus pies como un pavimento de baldosas de zafiros, brillantes como el mismo cielo» (Ex 24, 10). La sabiduría es «el resplandor de la luz eterna... más hermosa que el sol, supera a todo el conjunto de las estrellas y comparada con la luz, queda vencedora» (Sab 7, 26-29). Isaías nos dice: «Cuando des de tu pan al hambriento y sacies el alma indigente, brillará tu luz en la oscuridad, y tus tinieblas serán cual mediodía» (Is 42, 6). «El Mesías... había de anunciar la luz al pueblo y a los gentiles» (Hech 26, 23). Él es «la luz del universo» (Jn 9, 5). La «luz» es el símbolo del reino de Dios. El cristiano es «hijo de la luz» (Jn 12, 36). Se encuentra ante un futuro próximo y eterno, ante un mundo en el que el «Señor Dios alumbrará» (Ap 22, 5). Hay muy pocas referencias en la Biblia a lo que se oculta tras el simbolismo de la luz.

Pero, al mismo tiempo, Dios se hace presente en la vida humana por la *experiencia de las tinieblas*. La noche, el misterio, la vida errante del hombre muestran también la esencia y carácter de nuestra existencia. Es siempre en «medio de la noche» cuando Dios realiza los grandes actos de la redención y libera al hombre de sus cadenas. En medio de la noche mató Yavé a todos los primogénitos de la tierra de Egipto, «desde el primogénito del faraón, que se sienta sobre su trono, hasta el primogénito del preso en la cárcel, y a todos los primogénitos de los animales» (Ex 12, 29). Dios es, para el hombre, aquel que «vela por él durante la noche» (Ex 12, 42).

Iba Yavé delante de ellos, de día, en columna de nube, para guiarlos en su camino, y de noche, en columna de fuego, para alumbrarlos y que pudiesen así marchar lo mismo de día que de noche. La columna de nube no se apartaba del pueblo de día, ni de noche la de fuego (Ex 13, 21-22).

El libro de Sabiduría expresa la misma vivencia:

Un profundo silencio lo envolvía todo, y en el preciso momento de la medianoche, tu palabra omnipotente de los cielos, de su trono real, cual invencible guerrero, se lanzó en medio de la tierra destinada a la ruina (Sab 18, 13-14).

Otra experiencia humana de Dios la encontramos en Isaías: él es «sombra contra el calor» (Is 25, 4). En un canto simbólico de la Biblia sobre el amor humano y divino se lee: «A su sombra anhelo sentarme» (Cant 2, 3). Los pastores conocieron la noticia del nacimiento de Cristo cuando «moraban en el campo y estaban velando las vigili­as de la noche sobre sus rebaños» (Lc 2, 8). El ángel dijo a María: «el Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra» (Lc 1, 35). La eucaristía fue instituida por el Señor «la noche en que fue entregado» (1 Cor 11, 23). Poco antes de la muerte de Jesús «se extendieron las tinieblas sobre toda la tierra» (Mt 27, 45). Sin embargo, en los Hechos de los apóstoles vemos que incluso la sombra de un amigo de Cristo sana: «Crecían más y más los creyentes, en gran muchedumbre de hombres y mujeres, hasta el punto de sacar a las calles los enfermos y ponerlos en los lechos y camillas, para que, llegando Pedro, siquiera su sombra los cubriese» (Hech 5, 14-15). Los apóstoles que vivieron la transfiguración de Cristo vieron «una nube resplandeciente que los cubrió» y oyeron «una voz que salió de la nube» (Mt 17, 5). «El Hijo del hombre vendrá sobre las nubes del cielo con gran poder y majestad» (Mt 24, 30). San Juan, en su profética intuición, le ve en toda su presencia: «Miré y vi una nube blanca, y sentado sobre la nube a uno semejante a un hijo de hombre...» (Ap 14, 14). Sin embargo, en todas estas imágenes de tinieblas aparece Dios como esperanza, como aquel que, en los momentos más tristes, nos da un poco más de fuerza y ánimo para soportar el destino.

La *imagen de la altura* es también un símbolo de la realidad divina. Dios es aquel que domina y cubre todas las cosas. Solamente podemos llegar a él por el esfuerzo superior del espíritu, «remontándonos» espiritualmente. Es como le describe el libro de los Reyes: «un Dios de monte» (1 Re 20, 23). El piadoso hombre de los salmos suplica a «los montes y todos los collados, los árboles frutales y los cedros todos... que alaben el nombre de Yavé» (Sal 148, 9). Las montañas «saltan (al oír) tu nombre» (Sal 28, 13). Isaías invita a la creación: «cantad, cielos» (Is 44, 23). Moisés vio a Dios junto a una montaña (Ex 3), y Elías en una cueva del monte Horeb (1 Re 19; 9). Se dice que gustosamente «estaba sentado en la cumbre de la montaña» (2 Re 1, 9). Quince salmos de la Biblia cantan la alegría de la «subida de Dios» (Sal 120-134). Isaías imagina la paz eterna:

Y sucederá a lo postrero de los tiempos que el monte de la casa de Yavé será consolidado por cabeza de los montes, y será ensalzado sobre los collados, y se apresurarán a él todas las gentes, y vendrán muchedumbres de pueblos diciendo: ¡Venid y subamos al monte de Yavé! (Is 2, 2-3).

Ahora podemos comprender claramente por qué Cristo «subió a un monte apartado para orar, y llegada la noche estaba allí solo» (Mt 14, 23), y por qué, para evitar la admiración pública, «se retiró otra vez al monte él solo» (Jn 6, 15), por qué las proclamaciones más esenciales de su vida «están relacionadas con el monte» y por qué su agonía tuvo lugar en el monte de los Olivos, su muerte en la colina Gólgota y su transfiguración definitiva y ascensión tuvieron lugar igualmente en un monte. Para el apóstol, Cristo es aquel que «sube» y que «fue levantado» (Jn 3, 13-14). La plenitud y fin de la relación de Dios con el hombre se encuentra aquí: «me llevó en espíritu a un monte grande y alto, y me mostró la ciudad

santa, Jerusalén, que descendía del cielo, de parte de Dios, que tenía la gloria de Dios» (Ap 21, 10).

Por el contrario, otros sienten y expresan a Dios — el silencio, el oculto, el íntimo — con la *imagen de la profundidad* y del abismo. Aquí se comprenden también vivencias gráficas muy diferentes: soledad, vacío, pobreza, desierto, tranquilidad, páramo, sueño, tentación y lucha con Dios, etc... La advertencia del antiguo testamento de que el hombre no debe abrigar en sí malos pensamientos y de que es el centro (profundidad) de la tierra, es muy importante para la interpretación de estos símbolos. Pues en la profundidad de todo lo humano (en «su corazón»: Ef 3, 17) y en la «profundidad de la tierra» (en el «corazón de la tierra»: Mt 12, 40) vive Dios, que «bajó a estas partes bajas de la tierra... para llenarlo todo» (Ef 4, 9-10). Pero, sobre todo, la «profundidad de Dios» es calor, ternura y proximidad viva. Aquí reside la profundidad; no en un «abismo de terror». Es «un Dios para nosotros» (Emmanuel), un Dios que oye «la llamada desde lo profundo» (Sal 130, 1-2) y escucha el grito desesperado de la criatura: «Ten piedad de mí, ¡oh Yavé!, pues estoy desfallecido. Sáname, Yavé, pues tiemblan mis huesos» (Sal 6, 3). En el libro del Éxodo una imagen divina viene a ser el centro de la revelación:

Yo soy un Dios misericordioso y clemente, tardo a la ira, rico en misericordia y fiel, que mantiene su gracia por mil generaciones, y perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado, pero no los deja impunes y castiga la iniquidad de los padres en los hijos hasta la tercera y cuarta generación (Ex 34, 6-7).

Jeremías habla de un Dios que, en relación con nosotros, se expresa así:

¿No es Efraim mi hijo predilecto, mi niño mimado? Porque cuanto más trato de amenazarle, más me enternece su memoria, se conmueven mis entrañas y no puedo menos de compadecerme de él, palabra de Yavé.

Este Dios suplica al hombre:

Vuelve, apóstata Israel, palabra de Yavé, que quiere dejar de mostrarte mi rostro airado, porque soy misericordioso, palabra de Yavé, porque no es eterna mi cólera (Jer 3, 12).

El salmista irrumpe más jubilosamente:

Es Yavé piadoso y benigno, tardo a la ira, clementísimo. No está siempre acusando, y no se aira para siempre. No nos castiga a la medida de nuestros pecados, no nos paga conforme a nuestras iniquidades. Cuan benigno es un padre para con sus hijos, tan benigno es Dios para los que le temen (Sal 103, 8-10-13).

Esta bondad divina se hizo, con Cristo, más próxima al hombre. Los oprimidos y temerosos le gritaban: «ten piedad de mí, Señor, Hijo de David» (Mt 15, 22). «Vino el Hijo del hombre, que come y bebe, y decís: es comilón y bebedor de vino, amigo de publicanos y pecadores» (Lc 7, 34).

Él encontró y comprendió al hombre desde lo profundo de su honradez y de la compasión: el Espíritu Santo me ungió para evangelizar a los pobres (Lc 4, 18), a los pecadores, que dejándolo todo, buscaban la salvación en él y le «seguían» (Lc 5, 20), a la muchedumbre, por la cual «se enterneció de compasión» (Mt 9, 36), a la madre, a quien «devolvió el único hijo» (Lc 7, 11 s), al centurión que le suplicó por su criado (Lc 7, 1 s), a la pecadora, a quien su fe la salvó (Lc 7, 36 s), a Jairo, el jefe de la sinagoga, que creía que su hija estaba ya muerta (Lc 8, 40 s). Con él se cumplió la voz «del que clama en el desierto»: «todo barranco será rellenado, y todo monte y collado allanado... y toda carne verá la salvación de Dios» (Lc 3, 5-6). Los hombres son para él como una oveja que ha encontrado después de haberla perdido, como una dracma que ha buscado en su casa, el mundo

(Lc 15, 1 s), como un hijo al que ha perdido y que cuando «aún está lejos le ve», corre hacia él y compadecido se arroja a su cuello y le cubre de besos, le viste la túnica más rica, le pone un anillo en su mano y unas sandalias en sus pies. Es un Dios que puede exclamar lleno de alegría: «comamos y alegrémonos» (Lc 15, 11 s).

La grandeza de corazón, la bondad serena y tranquila y el entusiasmo lleno de afecto y benevolencia son aquí la manifestación de la esencia divina. Otra muestra de la esencia de Dios es su deseo de que apartemos el mal de nosotros: «Alejad de vosotros toda amargura, arrebato, cólera, indignación... Sed más bien unos para otros bondadosos, compasivos y perdonaos los unos a los otros...» (Ef 4, 31-32). En esto consiste la «profundidad de Dios» y también «la profundidad del espíritu». Aquí radica aquella esperanza que en boca del apóstol se convierte en promesa.

...hasta rebosar de esperanza...

En estos hombres «se manifiesta la gracia salvadora de Dios» (Tit 2, 11). Se enriquecen interiormente y son capaces también de ayudar y premiar a los demás. Su alma se alimenta de las imágenes terrenales, pero también se proyecta hacia la infinitud de lo absoluto. Comprender y asimilar esta existencia y esta visión es una tarea muy penosa en nuestros días. El verdadero arte de la forma y de la palabra nos lo demuestra. Deberíamos volver a la naturaleza y a la relación diaria para descubrir las «imágenes de Dios» y vivirlas nuevamente: el fuego, el desierto, la casa, el camino, el agua, el forastero, la madre, la tormenta, la piedra y otras muchas. Tal vez el mejor camino para volver a encontrar la forma primitiva y originaria de lo esencial y poder hacerse una idea de lo «in

perceptible de Dios» es cultivar las imágenes de la esperanza en nuestra alma o, como decía san Ignacio de Loyola, desarrollar «los sentidos espirituales».

Este enriquecimiento de la vida humana se da especialmente en la realización y cumplimiento de la «actitud eucarística» de Cristo. Con esta expresión no queremos indicar la riqueza total del hecho eucarístico, sino hacer alusión solamente a un importante aspecto subjetivo deformado a lo largo de los siglos por conceptos abstractos.

Este aspecto subjetivo de la eucaristía significa que Cristo, por una noción misteriosa de su muerte, «fue él mismo». Siempre lo había sido, pero lo cumplió y realizó con su entrega y aceptación íntima de la muerte. Se convirtió totalmente en «presencia» para sus amigos. Esta presencia suya la regaló a quienes sabía que sin él estarían solos y abandonados en el mundo. La eucaristía como actitud vital significa, además, «presencia existencial». Por consiguiente, allí donde exista esa presencia, aunque solamente sea humana y se realice fuera del marco de las confesiones de fe formuladas, la eucaristía se cumple realmente, aunque no en su totalidad y en toda su plenitud y riqueza efectiva.

Vida eucarística es también la expresión de una norma de conducta: obra de manera que tú participes, «estés dentro», o al menos una parte de ti, que pongas algo tuyo en tus obras de cada día. En un sentido no exclusivo, sino complementario, la eucaristía es «la mano abierta de la propia personalidad». Aquel que se entrega es eucaristía para los demás, les da de comer y beber. Esta verdad es el fundamento esencial del verdadero amor y la amistad. Sin embargo, tal vez es incomprensible mediante conceptos. El «hombre eucarístico» es «presencia para los demás», hace resplandecer la bondad y dulzura de Cristo. Demuestra, con su vida, que el pensamiento de Cristo

hace nuevamente acto de presencia en nuestro mundo. En el fondo, esta eucaristía subjetiva forma parte de Cristo; es una aceptación incondicional de su pensamiento y una transmisión de su bondad y amor a los hombres. No se puede expresar la presencia intensiva de Dios en el mundo hablando de transubstanciación o, modernamente, de transfinalización. Sin embargo, se experimenta, al menos en los momentos de gracia, una «comunicación» de Cristo, algo para lo cual fue instituida la eucaristía: una nueva riqueza de esta vida terrenal en comunidad con Dios y en unión con los hombres. Sin embargo, este aumento de riqueza se realiza...

...por la fuerza del Espíritu Santo

Vamos a tratar aún un último aspecto de nuestra libre esperanza. Si leemos, profunda y reflexivamente, el relato de la resurrección de Lázaro y percibimos la íntima emoción que recorría el alma de Cristo, veremos claramente que todos los seres frágiles son sus amigos. La fragilidad humana es «el punto fuerte» del hombre, porque cae sobre él la infinita misericordia de Dios.

Sin embargo, Dios no se deja engañar por nuestras debilidades, nuestras infidelidades, ni tampoco por nuestros pecados. Toda la Biblia está regida por una ley misteriosa que podríamos llamar «sobrepujamiento divino». El hombre posee desde siempre la experiencia de que el amor divino es «inmutable». Por tanto no podemos rechazarlo. Dios es «principio» de todas las cosas. Su gracia es después de nuestras infidelidades y pecados, tan grande como antes o quizá mayor. La fuerza del espíritu, esa energía interior que nos impulsa a tomar conciencia del mundo que nos rodea, se apoya en el comportamiento divino: Dios comienza siempre de nuevo. Como dice un

padre de la Iglesia, en él «todo sucede de un comienzo a otro, a través de otro comienzo, hasta un comienzo definitivo».

Este pensamiento lleno de desprendimiento interior y desinterés que busca enriquecer al hombre y vivificar su esperanza es posiblemente la obra más grande que se puede realizar en nuestros tiempos. Se trata, en el fondo, de un «triste consuelo».

Si el hombre contempla el rostro de este «Dios de esperanza» crucificado hallará respuesta a todas sus preguntas. Sabrá que le conoce desde siempre aunque no sabía su nombre. Se dará cuenta del papel que ha desempeñado durante muchas horas de su vida, cuando creía estar solo. En este momento no preguntará: ¿quién eres? Dirá, tal vez sin palabras: ¡tú has existido todo este tiempo y yo no había caído en la cuenta!